
Fray Mocho
FISCALIZACION OBRERA EN LAS FÁBRICAS
EN LAS
FÁBRICAS
¿Derribando
para
construir?

PAGINA INFANTIL.—Aventuras de Pipirí























FRAY MOCHO

Año IX | Buenos Aires, 5 de octubre de 1920 | Núm. 441

El período parlamentario

Llegó a su término el período parlamentario, y, según resulta ser ya una práctica incorporada a nuestras costumbres legislativas, quedaron sin sancionarse leyes urgentes y reclamadas por la opinión nacional, así como exigidas por el orden administrativo del país

Nada digamos de numerosos proyectos, cuya historia se reduce a la presentación en la cámara y al inmediato archivo en los armarios de las comisiones, ni aún de otros que, más favorecidos, llegaron a discutirse sin que les llegara nunca el turno de la sanción.

Queremos referirnos principalmente a los asuntos que absorbieron la atención del congreso, que positivamente interesaron a diputados y senadores, al punto de habilitar horas extraordinarias para tratarlos, y que una y otra vez parecieron quedar definitivamente convertidos en leyes.

Pues bien, es tal el sistema increíble de nuestro parlamento para la discusión y estudio de los proyectos, que, contra toda lógica, ni aún en aquellas cuestiones más apremiantes ha llegado a conseguirse el despacho.

Empezando por la ley de presupuesto, ley impostergable por excelencia, y siguiendo por la de jubilación de empleados particulares, para no citar otras, ya que ambas involucran inmensos intereses públicos y privados, y por consiguiente afectan a la mayoría del país,—es evidente que no debieron quedar rezagadas, a la espera de tardías y dificultosas sesiones extraordinarias, que no impedirán, por desgracia, los perjuicios inherentes a la situación.

Sin duda, se impone un cambio en los reglamentos parlamentarios. No pudiendo, como no se puede, excluir los debates políticos del seno de las cámaras, porque ese es su ambiente natural, debiera dividirse cada sesión del período ordinario en dos partes, una para discutir los asuntos de fondo y otra para tratar las interpelaciones y problemas de actualidad. Si, como en otros países, se utilizara la jornada entera y la puntualidad no fuera un mito, podríamos tal vez evitar los escandalosos duodécimos para el presupuesto y la postergación indefinida de leyes fundamentales.

Sólo falta ahora que el P. E. retrase la convocatoria a sesiones extraordinarias, para que el desbarajuste llegue a los extremos que ya hemos palpado con dolorosa experiencia en años anteriores.



VOCES DE SOLEDAD

A Justo Pastor Benítez.

Dignifícate en un anhelo de vida verdadera;
nunca digas: "¡Señor, no me hagas vivir más! ¿Para qué?..."
pues mientras aliente en tu alma un átomo de primavera,
tu misión no estará cumplida por mucho que lo esté.

La vida se ha hecho para vivirla como un cualquiera,
libre de la vanidad de lo que será o lo que fué,
y no has de decir: "Amigo, partamos, ¿qué nos espera?..."
porque te perderás entonces por la falta de fe.

En cambio, colmarás sin alarde el vaso de tu vida
para que abreve un día en ella la humanidad herida
por la angustia de no tener ya nada más que desear.

Y te prodigarás, como el manantial su linfa clara,
para poder decir al fin, si Dios te lo preguntara:
—¡Señor: hice lo que podía y di cuanto pude dar!...

J. L. Fernandez de la Puente.

Dib. de Macaya.

El lío azucarero

Entre los asuntos que más han preocupado la atención pública en las últimas semanas, se destaca el que se refiere al azúcar. No es un rasgo de "esprit" afirmar que hay pocas cosas más amargas en nuestra actualidad económica y política.

Elevado el valor del producto a precios exhorbitantes en un momento dado, al punto de justificarse una medida extraordinaria de requisa, que el P. E. pensó extender a 200.000 toneladas, y que el senado redujo a la cuarta parte; cuando, al fin, la normalidad parecía restablecida y aplastada la especulación, se generalizó el rumor de haberse realizado maniobras fraudulentas para exportar indebidamente crecidas cantidades de azúcar sin consideración a los consumidores del país.

Concretadas en el congreso las denuncias en un elocuente discurso del diputado Sánchez Sorondo, llegóse al nombramiento de una comisión investigadora de los cargos contra el ministro de hacienda.

La investigación—esperémoslo así—ha de hacer plena luz en este vergonzoso y deplorable tráfico, y el peso de la ley debe caer inexorablemente sobre los culpables.

Homenaje al general Urquiza

La comisión que preside el doctor Ernesto Quesada, y que integran conocidas personalidades de nuestro mundo intelectual, para organizar el proyectado homenaje al capitán general don Justo José de Urquiza, prosigue activamente sus tareas, esperando con todo fundamento que al acto del próximo 11 de noviembre — aniversario del Pacto de Unión de 1859—resulte rodeado de los mayores prestigios.

"Urquiza — dice acertadamente el manifiesto de la comisión—no sólo fué el vencedor de Caseros... Inspiró y presidió, además, el acuerdo voluntario y pacífico de San Nicolás de los Arroyos, registrado como el acto político más prudente y fecundo en los anales de nuestra organización nacional. Convocó al Congreso Constituyente de 1853, que dictó la ley fundamental de la república. Desempeñó con singular acierto una presidencia histórica, que consumó la organización constitucional y administrativa del país, sirviendo de modelo a los gobiernos posteriores; y, finalmente, a la cabeza de un ejército victorioso selló, con un gran acto de paz y de concordia... la reconciliación fraternal de todos los pueblos argentinos."

Es de desear que la exteriorización patriótica de la gratitud de la república sea digna del prócer y de sus [illegible]

Excomunión y cañonazo

(Tradición colonial)

por B. J. MALLOL

El ilustrísimo obispo de Santiago de Chile, don Gaspar Villaroel, en un curioso libro impreso en 1657, que trata de las relaciones entre la autoridad religiosa y la civil, llama a éstas ''cuchillos pontificio y regio''. Aunque ambos cuchillos marchaban en general de acuerdo en la faena, muchas veces se cruzaban y aun ponían punta con punta. Frecuente era el caso en tierras de América, donde mayores fueros pretendían ambos poderes. Con el primer obispo que tuvo Buenos Aires surgió la primer querella, que fué brava y sonada.

Nunca tuvieron los vagos y pilluelos tal día de holgorio y larga recordación, como el 5 de junio de 1627.

Feo y gritón era el motudo negro atado ese día al rollo de la Plaza Mayor, penado con cien azotes por ''hechar barreduras en la calle'', según bando del Cabildo. Al primer golpe de la penca que con nervudo brazo le aplicó el verdugo, lanzó tal voz, que no bastó a ahogarla el clamoreo del chusmerío. ¡Buena era la taifa de pícaros bellacos que rodeaba la picota y coreaba los latigazos, jaleando y haciendo zumba de las muecas del negro! Mejor les fuera mirarse en tal espejo y poner la barba en remojo, que por las hechas y por hacer, en tal sitio habían de verse algún día. Si mucho dolían los vergazos al paciente, ello era debido, aseveraba un zambo chirlado, a no tener entre los dientes un pedazo de cuero de mula bragada, cortado en Nochebuena.

¡Suertudo era el negro! Aun no había recibido la mitad de la ración de vapuleo, cuando apareció en la plaza gran golpe de gente armada, a cuyo frente y a caballo venía don Juan de Vergara, amo del azotado. Apartando los alguaciles, que mal podían defenderse con sus menguados espadines, desataron al negro, a quien ordenó Vergara a grandes voces, se pusiera presto en cobro, que no fué decirlo a sordo ni tullido, según corrió, no sin hacer antes dos bravas morisquetas y una higa al verdugo y a los corchetes.

Aprovechó la chusma la gresca y el barullo que se armó, para dar a su gusto una mano de palos a los alguaciles, de quienes todos tenían algún desaguisado que vengar.

Primer obispo de esta diócesis fué el carmelita fray Pedro Carranza, que mucho adelantó la fábrica de la Catedral, retejándola, construyendo coro y sacristía y regalando una custodia avaluada en cien ducados. Prepotente y lleno de fueros, su carácter arrebatado y colérico, presto, dando fácil oído a chismes de aldea, lo distanció del gobernador, con quien gran amistad había, que, como dice un escritor de esa época, ''no hay amistad tan sólida que no esté sujeta a quiebras si intervienen chismeríos y son poderosos ruines terceros para desunir grandes amigos''.

Ejercía el cargo de gobernador don Francisco de Céspedes, de elogiosa actuación en el amago de los holandeses, el cual ''aunque era un caballero arrojadizo, nunca pasaba su enojo más allá de lo que era justo y templábase tan presto como se había enojado''—dice un cronista.

En cuanto a don Juan de Vergara, notario del Santo Oficio, era de suyo soberbioso, alborotador y pendenciero. Su carácter intrigante, atizó la naciente discordia entre Céspedes y el obispo, a cuyo partido plegóse, fincando en este apoyo la impunidad de sus desmanes.

La osadía de Vergara al arrancar de la picota a su esclavo, no por cierto por humanitario sentimiento, que harto duro era de corazón, sino por hacer befa y burla de los bandos del Cabildo, llenó de enojo al gobernador, quien ordenó la prisión de Vergara, al que con gran rigor puso, aherrojado, en calabozo. Formósele causa y susurrábase en la ciudad que iban a aplicarle un cuarto de rueda en el tormento y quizá finara la causa en horca.

Por humillación y ultraje a sus fueros, tuvo el obispo la prisión de su allegado Vergara, que no faltó quien del rescoldo de la amortiguada querella, avivara la lumbre y levantara hoguera. Furioso de ira, sin curarse mayormente del escándalo y sus consecuencias, tocó a rebato y juntando la clerecía, sus parciales, esclavos y alguna beata que se allegó, ordenó librar por la fuerza al preso. Armóse cada cual a su guisa, con partesanas, alabardas, espadas y aun arcabuces, y con el obispo al frente, arremetieron contra la cárcel, cuyos guardianes, medrosos, no osaron resistir a la sagrada persona del prelado. Sacóse al preso, que en hombros fué llevado con gran griterío a la casa episcopal.

¡Válgame Dios y cuán grande enojo hubo Su Señoría al imponerse del escándalo y atropello! Hombre enérgico y bragado era Céspedes para tolerar tal desmán y escarnio a su autoridad. Aunque con mucha pena, decidió proceder con recia mano, descepando presto tales rebeliones.

Al toque de atambor marchó con sus soldados, cercando la casa del obispo y enfrentando un cañón delante de la entrada, intimó la entrega de Vergara. No acatada la orden, sin mayor dilación, mandó derribar de un cañonazo la puerta, más como demostración de real autoridad, que por ser ello necesario. Al pelotazo del cañón, cayó aquélla en pedazos, sin haber otros mayores daños. Atemorizados clérigos y frailes entregaron a Vergara.

No era hombre el obispo de intimidarse. No pudiendo contestar cañonazo con cañonazo, peleó con otras armas más formidables y terroríficas; las censuras. Lanzó, con todo el solemne ceremonial, la excomunión mayor contra Céspedes y declaró la ciudad en entredicho.

Enardeciéronse los ánimos, hubo Cabildeo y nunca fué tan grande verdad el refrán de ''pueblo chico, infierno grande''. Dividióse la ciudad en dos bandos, aumentaron los insultos, agravios y pasquines, holgando con ello los chismosos de oficio; dijéronse y aun escribiéronse contra el obispo cosas, más para calladas que para contadas, aunque todo ello fué parlerío de viperinas lenguas, que harto notorias eran las virtudes de Su Ilustrísima.

Mediaron luego personas discretas, graves frailes, y a vuelta de muchas andanzas, pláticas y razonamientos, ora apelando al generoso ánimo del gobernador, ora encareciendo al obispo cristiana tolerancia, aquietáronse los turbados espíritus, volviendo a la avenencia, levantándose la excomunión y reinando de nuevo paz y concordia.

Fué Vergara el que salió peor librado, pues fué desterrado de la ciudad, y el negro, que hubo de recibir el resto de los azotes, lo que no es de maravillar, que es cosa averiguada que siempre se rompe la soga por lo más delgado.

Remitióse la solución del conflicto al Consejo de Indias, que calificó de excesos, los del prelado. Tema fué también que doctas plumas, de seglares y eclesiásticos, trataron en voluminosos libros, con gran copia de pavorosas citas en latín. Solórzano, el autor de ''Política Indiana'', condena el proceder del gobernador; en cambio, Villaroel, en su libro ''Los dos cuchillos'', lo aprueba, y es de fuerza su opinión, que era fraile y mitrado, y, por tanto, ''buen sastre para conocer el paño''.

Un idilio truncado y una poesía inédita de Rubén Darío

Veinticuatro o veinticinco años atrás, aproximadamente, llegó a Buenos Aires una familia rusa de alta aristocracia, los Bruville de Grotkofsky, compuesta de un matrimonio y una hija, joven como de 20 años, de extraordinaria y turbadora belleza, a la que llamaban Mima en la intimidad.

En muchos salones de Buenos Aires se recordará aún la honda impresión que esta hermosura produjo y el éxito mundano que acompañó a su presentación en nuestros círculos sociales, en los que se captó sin esfuerzo la admiración general, así por la gracia suprema de su persona como por la exquisitez de su fino entendimiento.

Rubén Darío la conoció en un baile que se dió por entonces en el Club del Progreso, y no hay para qué decir que, como tantos otros, quedó ante ella deslumbrado. Don Arsenio López Decoud — distinguido caballero paraguayo a quien debemos estas noticias y la poesía que damos a continuación—nos informa que, en esa oportunidad, Mima solicitó de Darío un ejemplar de "Prosas Profanas", que acababa de aparecer. Accedió galantemente el poeta, bien que a trueque de un guante de la niña, cuya sorpresa fué ciertamente grata cuando, varios días después, recibió el admirable libro de Rubén encuadernado en la suave piel del guante...

Los Bruville de Grotkofsky pasaron luego a la Asunción, donde pusieron casa, que alhajaron con lujo y elegancia, frecuentaron fiestas y teatros y se vincularon con lo mejor de aquella sociedad, en la que Mima obtuvo con su belleza el mismo éxito que en esta capital.

En octubre de 1877, al regreso de uno de los frecuentes viajes que la familia hacía a Buenos Aires, los padres anunciaron el compromiso nupcial de la niña con un joven argentino de divulgado apellido. La boda debía realizarse en esta ciudad a fines del mismo mes, y los Bruville de Grotkofsky se despedían de sus relaciones en Asunción, en vísperas de emprender viaje a Buenos Aires.

Tres o cuatro días antes del señalado para la partida—un domingo por la tarde—cundió en la capital paraguaya la infausta nueva de que Mima había muerto. La noticia, resistida al principio, pues la joven había sido vista la noche anterior en el teatro y esa mañana en la iglesia, fué, sin embargo, confirmada, ocasionando tierna y profunda emoción en la sociedad asuncena, donde Mima se había conquistado verdaderos afectos.

Y fué en esta ocasión cuando Rubén Darío, que la admiraba tanto, compuso, al tener conocimiento de la inesperada y dolorosa nueva, el siguiente canto, que tituló "Elegía Pagana" y que no figura en ninguno de los libros del poeta, por lo que muy contadas personas deben conocerla.

He aquí esas ternísimas estrofas, dignas por todo concepto de la inspiración del gran maestro también desaparecido:

ELEGÍA PAGANA

¿Sabéis? La rusa, la soberbia y blanca rusa
que danzó en Buenos Aires feliz como una musa
enamorada, y sonrió mucho y partió luego
a dar sol a sus rosas al Paraguay de fuego,
la rusa más hermosa de las rusas viajeras,
manzana matutina, flor de las primaveras,
diamante de los popes y perla de los tzares,
la rusa que tenía su ramo de azahares,
fresco para la fiesta nupcial, Mima! no existe.

Que Menalcas llorando rômpa la flauta triste.
que en desagravio a Venus se maten mil palomas,
rómpase el vaso alegre y los frascos de aromas,
y vierta el dulce Véspero su elegía nocturna,
su elegía de oro doloroso, en la urna
en que descansa aquella gentil carne divina!

¡No descansa! En el lago de la Muerte, patina
la regia rusa: brillan sus patines de plata
al halago lunar; mágica serenata
hace sonar un ruiseñor en lo invisible
y Mima es ya princesa del imperio Imposible.

La llamaron las voces de un coró de rusalkas;
partió y echó en olvido la flauta de Menalcas,
los azahares y las tórtolas sonoras.

¿No recuerdas un día, amante que la lloras,
en que gozosa y orgullosa fué mi rima,
encuadernado el libro con un guante de Mima?
Propiciatoriamente yo invocaba a Himeneo.
Aún veo el libro todo blanco y oro; aún veo
una noche, a la eslava que tú adoraste ciego,
digna de amor latino, como de culto griego,
pues la petersburguesa, parisiense y latina,
tuvo todas las gracias, y, además, la argentina.

Como la Diana de Falguiére ella ha partido
virgen, a lanzar flechas al bosque del Olvido,
como la Diana de Falguiére, blanca y pura,
a cazar imposibles entre la selva oscura!



Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4
BATÓN	**BATÓN**	**KIMONO**	**BATÓN**
forma vestido, muy bien confeccionado en "voile" fantasía, adornado de voladitos "plissé", vainillados de "voile" blanco; elegante modelo, práctico y de gran moda.	confeccionado en "voile" de colores lisos, adornos de voladitos "plissé", vainillados en el escote y mangas, elástico en la cintura; precioso modelo elegante y de actualidad.	confeccionado en riquísimo "foulard" de seda fantasía, extenso y variado surtido en gustos y colores de gran novedad; modelo de gran distinción.	confeccionado en "crêpe de chine" de pura seda, abotonado en los hombros y prolijamente vainillado a mano; modelo sumamente elegante y de gran novedad.
$ 25.00	**$ 29.00**	**$ 59.00**	**$ 79.00**

Los legisladores de La Plata

◇

Caricaturas por Columba





El diputado Pizarro. (Apuntes tomados fielmente del natural).



El senador Martínez Sosa, de oratoria contundente.



Diputado Kaiser, de los buenos del sector conservador.



El diputado socialista Lemos (cultiva la voz de Justo).



El diputado Chocconi, silencioso y picaresco.



El secretario Tarrés ("alegre y confiado").



El secretario Dr. Iramain, del senado. (Hombre inteligente y "alacrán" delicioso).



Zelarrayán (senador).



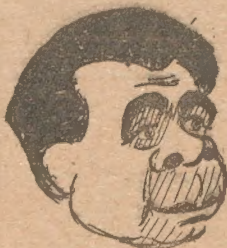
Diputado Güerci. (Non parla, ma se fica..)



Diputado Maino, de San Pedro y Baradero.



Gioja, ex diputado.



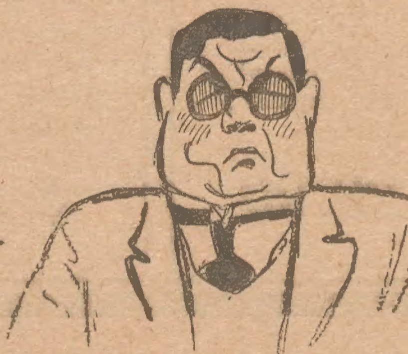
Diputado Machado, de Mar del Plata. Orador inflamable. Ex erotista.



Casarino, el ex ministro interpelado. (Aspecto del paciente).



Diputado González (hace "pendant" con Pizarro).



Diputado Roncoroni (de pocas pulgas).



El eficaz ex diputado Biocca.

POR LA MEMORIA DE LA MUERTA

—El acusado, ¿tiene algo que alegar?

Mi gran camarada Alberto Luna, al oir estas solemnes palabras del presidente, se levantó con lentitud. Antes de hablar, pasó su mirada por aquella sala testigo de tantas culpas y de tantos errores. Sus ojos claros centellaron de desprecio, y con el gesto escupió un insulto a aquella multitud que esperaba anhelante la confesión de "su crimen". ¡Pobres amantes del folletín! El, Alberto Luna, tenía la altivez suficiente para desde su celda de la cárcel, despreciarlos como desde la cúspide de un pedestal.

Era un público muy heterogéneo; burguesitas mustias, golfillos harapientos, criadas sin colocación, modestos comerciantes de pringosa papada y manos velludas, estudiantillos rezagados, periodistas que habían creído encontrar un "caso" interesante, guardias francos de servicio, algún soldado que otro; gentes todas de diversas condiciones sociales que asistían asiduamente a "las vistas" con el mismo placer que a las corridas de toros.

Al murmullo de impaciencia siguió otro de sorpresa; el acusado iba a hablar.

En efecto, Alberto acababa de erguirse. Su gallarda figura de príncipe italiano quedaba recortada en la semioscuridad del estrado. Todos sus movimientos tenían una suma distinción que hablaba bien alto de su linaje aristocrático. Los meses de meditación en el calabozo de la cárcel habían empalidecido su rostro de facciones agudas y, aunque delicadas, varoniles. Sin embargo por su porte intachable y por su indumentaria correctísima nadie hubiera dicho que mi amigo era el preso número 140 de la Cárcel Modelo.

A pesar de su altivez, casi ofensiva, era tan simpática su figura que todo el auditorio sintió la subyugación del acusado. En todos los espíritus nació la misma idea: "Vamos a ver qué dice; me alegraría que se salvase."

Yo, sin embargo, no creí en ningún momento que Alberto Luna, que había ocultado durante un año los móviles que le habían inducido a matar a su amigo Carlos Montalba, se decidiese al fin a confesarlos.

Se hizo un silencio expectante. Si los mil pechos que había allí respiraban, no lo parecía.

—Si vierais cuánto siento—comenzó diciendo el acusado con ironía punzante—frustrar las esperanzas de este "noble" auditorio que aguarda impaciente una confesión de "mi crimen" con pelos y señales... Perdonadme. Esta vez no saborearéis los íntimos detalles de mi tragedia, de la cual sólo hubo un testigo: la luna. Sin embargo, no defraudaré por completo vuestro interés; algo oiréis emocionante para que luego os sirva de comidilla en vuestros hogares.

Hizo una pausa Alberto. Durante ella, con su blanco pañuelo de crespón de seda secóse el sudor de la frente, a pesar de sus treinta años ya surcada por algunas arrugas.

—Yo, en el curso de esta causa—continuó—no he negado en ningún momento que fuese el matador de Carlos Montalba; pero tampoco he dicho cómo ocurrió "el suceso". Antes de que recaiga el fallo sobre mí, no para sustraerme a él, sino para que lo sepan las gentes honradas, quiero bajo palabra de honor relatar el hecho. Ahora bien, no esperéis que os diga los motivos. Estos no podían beneficiar a nadie más que a mí. Confieso, pues, que yo maté al que era mi amigo Carlos Montalba, en la madrugada de autos.

La gallardía de Alberto arrancó un alarido de sorpresa en los oyentes. El, sin hacer caso, y sin reparar en las miradas fulminantes de su defensor, prosiguió:

—Carlos Montalba y yo, por los motivos que oculto, estuvimos de acuerdo en que uno de los dos tenía que caer muerto a los pies del otro. Eran las tres de la madrugada. Todos dormían en mi palacio. Allí, en mi mismo despacho donde celebramos la última entrevista, sorteamos dos pistolas. Una estaba cargada, la otra no. He de confesar en honor del muerto, que era un digno adversario. Si a mí no se me alteró el pulso durante el sorteo, de su rostro no desapareció la perenne sonrisa. Cuando la suerte decidió, salimos con las pistolas empuñadas al jardín. En la alameda de los tilos la luna plateaba un trecho de paseo: aquel sitio era muy a propósito para morir. Carlos se detuvo; yo quedé frente a él. "¿Estamos?"—le pregunté.—"Estamos"—repuso él fríamente.—Se cruzaron nuestros brazos hasta que los cañones adversarios se apoyaron, como un dedo fatal de gigante antíope, sobre nuestros pechos. Hubo un silencio trágico y después sonó una detonación. Yo no supe qué salía de mi pistola hasta que Carlos Montalba rodó por el suelo. Me incliné sobre su cuerpo. Cerraba la boca por última vez. Y ya no respiró más. Entonces me marché a dormir tranquilo. Lo demás lo conocéis. Ya lo sabe, pues, el Jurado. Yo soy un caballero que sabe sortear la muerte con otro caballero. No soy un criminal; no soy un asesino. ¿Por qué Carlos Montalba y yo aceptamos como inevitable este terrible desafío?... Dios y yo lo sabemos. Seguro estoy de que, si lo confesase, vuestro fallo sería absolutorio; pero... ¿para qué? ¡No merece la pena! No necesito vuestro perdón. El del muerto y hasta el de Dios, tal vez los tenga.

Y dicho esto, Alberto Luna tomó asiento en el banquillo de los acusados con la serenidad de un héroe.

La sala quedaba sumida en una confusión espantosa. La declaración del acusado sólo sirvió para espolear más la malsana curiosidad de los espectadores.

Y el Jurado después de deliberar, leyó el terrible fallo: Alberto Luna era condenado a muerte. El escuchó impasible la sentencia.

—¡Oh! Alberto, tú mataste a Carlos por algo muy grave... ¿Por qué?... Dímelo a mí.

Alberto, sentado en el borde de su camastro, me escuchaba impasible, con una impasibilidad un poco idiota.

—Dímelo, Carlos... Todavía quién sabe si podré salvarte.

—¿Para qué?... Me es igual—exclamó al fin encogiéndose de hombros.

Yo continué buceando en su alma.

—Erais grandes amigos, os queríais como hermanos; tú estabas viudo desde hacía un año. Carlos, soltero... ¿Cómo pudo surgir entre vosotros ese espantoso drama?...

—Mira—me dijo de pronto Alberto al mismo tiempo que apoyaba su mano aristocrática en uno de mis hombros.—Carlos fué para mí un canalla.

—¿Qué te hizo?

—¿Me juras callar?...

—Te lo juro.

—Carlos—exclamó Alberto quedamente, pero marcando con rabia las sílabas—Carlos había seducido a Gloria... ¡El canalla!...

—¿A tu mujer?

—Sí, a "ella".

Sinceramente os digo que por un momento creí que mi amigo estaba loco... Sus ojos claros eran dos lancetas. El, adivinando mi pensamiento, exclamó.

—¿Me crees loco porque maté a Carlos un año después de muerta Gloria?...

—En efecto—murmuré.

—Y ¿qué importa? Le maté cuando lo supe. Gloria y Carlos me estuvieron traicionando durante los cinco años antes de ocurrir la muerte de ella... ¡Mi íntimo amigo! ¡Mi mujer adorada!... ¡Canallas!

Alberto se mordía los labios por no romper a llorar amargamente. Estaba encendido en ira y en dolor.

Tras de respetar su silencio de recuerdos crueles, le pregunté:

—Y ¿cuándo te enteraste?

—La noche antes del encuentro con él... Aquella tarde estaba yo más triste que nunca, pensando en la que yo creía "mi santa muerta"... Para mitigar mis pesares con "sus cosas", con sus recuerdos, anduve por primera vez en su "secretaire" de cáoba... Como un trallazo en los ojos tropecé con esta carta. Léela...

Cogí la carta que me ofreció Alberto... No vi más que el principio y la firma: "Mi adorada Gloria de mi alma". "Tu Carlos". Yo, radiante de alegría, vi en ella la salvación del condenado.

—Entrégame esta carta y yo te daré la libertad—le dije.

Alberto, impasible, por toda contestación, encendió una cerilla y le prendió fuego.

—¿Qué haces?—le pregunté sorprendido.

—Ya lo ves—me contestó él sin alterarse y sin apartar los ojos del papel que ardía.—Renunciar a mi libertad; quemar mi vida por no ofender la memoria de Ella...

José María CARRETERO.

El color de los relámpagos

De una estadística presentada a la Real Sociedad Meteorológica de Londres, resulta que el color más frecuente en los relámpagos ramificados es el rojo seguido del azul. El anaranjado y el verde se presentan raras veces. En los relámpagos difusos, el color más común es el blanco seguido inmediatamente del rojo y del amarillo.

Cuando graniza durante una tormenta, predominan los relámpagos azules.

Esto es lo que dice Mr. Spencer C. Russel, y aunque no cabe duda de que sus observaciones son muy precisas, resultaría muy interesante anotar cuidadosamente lo que cada cual observase en el color de los relámpagos, cosa tanto más fácil cuanto que no es preciso auxiliarse de ningún instrumento.

Las hazañas del doctor Chupitegui

Muchas son las hazañas que se cuentan del doctor Chupitegui, y sus prodigiosas habilidades bebestibles le han valido numerosos admiradores, pero nadie le admira con tanta ingenuidad como Luis, que dice del doctor Chupitegui:

—Fíjense ustedes si le gustará la bebida, que, para tomar, visita gratis a los enfermos.

—¿Y eso que tiene que ver?

—Es que le gusta tomar... aunque sea la temperatura a los enfermos.

"ATENCION Y DOS PUNTOS", por Tristán Babuna



El radicalismo. — ¡Mucho cuidado, Mingo, que de ti depende mi porvenir!

UNA AVENTURA SOÑADA

por Binet VALMER

Emilio Chayvrae cogió el periódico y leyó en la sección de "Correspondencia" el anuncio que él mismo había llevado el día antes.

"C. L. 333.—Te espero hoy Acacias frente Tiro pichón. A las tres."

La frase le pareció lo suficientemente seca.

—Comprenderá que todo ha concluído—se dijo.

Había escogido aquel sitio público para definitiva ruptura. ¡Ay! ya no se amaban. De repente la había visto vieja, con todo el peso de sus cuarenta años mientras que él sentía el orgullo de su juventud. Tenía aún mucha vida por delante.

Después se puso a escribir a su madre.

"Ya he sentado la cabeza y estoy dispuesto a crearme un porvenir. Búscame una provincianita de carácter apacible, lo bastante inteligente para dominar mi impetuosidad, sin privar de libertad a mi corazón, y sobre todo que no sea sentimental."

Y se quedó tan contento pensando en el porvenir.

Dos meses antes pensaba que lo único importante que hay en la vida es el placer y la exaltación del amor. Tocaba a su fin el verano, el delicioso verano que había pasado constantemente al lado de Teresa, en continua embriaguez amorosa.

¿Acudirá a la cita?—se preguntaba al subir al auto que le había de llevar a la última entrevista.—Si no acude será señal de que lo habrá entendido.

Aquel modo de liquidar le parecía muy elegante, y si Teresa se presentaba sería también distinguidísimo romper en el paseo casi desierto, al caer de las hojas de otoño.

Había niebla y humedad. Los árboles parecían de cobre y el cielo grisáceo tenía finas tonalidades azulinas.

Hizo parar el auto a la entrada del paseo de las Acacias. Pagó la carrera y disputó con el chauffeur por el precio de la vuelta, pues se había vuelto ahorrativo de repente.

—¡Se va usted a arruinar!—le dijo el mecánico.

¿Qué le importaba? Podía decir lo que quisiere, él tenía plena conciencia de su valer. Sabía que era un buen mozo, y estaba muy satisfecho de su elegancia.

—¿Vendrá?

Sacó el reloj y vió que aun no eran las tres; pero, ¿no era justo que el hombre fuese el primero en acudir a una cita de ruptura? ¿La última reconciliación no fué sincera? "Tú no eres más que un ambicioso"—le había dicho Teresa.—Pues ámame tal y como soy—le contestó—o de lo contrario...—O de lo contrario, ¿qué?—preguntó ella.—Bueno tengamos la fiesta en paz—contestó con dejadez.—¿Hasta cuándo?—No lo sé. Ya te avisaré.—¿Por el periódico?—Sí, por el periódico.

Pero Teresa no había cumplido la promesa y era él quien rompía el silencio con aquella nota lacónica y seca.

Se acercaba ya al Tiro de pichón. No había nadie.

—No vendrá. Miró al cielo; amenazaba lluvia.

—Bueno, mejor si no viene. Sin embargo, sentía herida su vanidad. Recordó el suelto. No era posible interpretar el laconismo como un anuncio de ruptura.

De pronto, en el paseo de enfrente, vió la silueta de una mujer que parecía quererse ocultar detrás de los árboles. Era una silueta desprovista de gracia, de rostro pálido, expresivo y sumamente triste. Como él, no cesaba de mirar hacia el extremo del paseo como si también estuviese esperando a alguien.

A las tres y cuarto, Emilio dijo casi en alta voz:—No, no vendrá. Esto ha concluído.

Atravesó el paseo para cerciorarse de que no venía ningún auto.

Al volver la cabeza vió a su compañera de espera que le miraba fijamente con cara de espanto. En aquel rostro no había color más que en los labios y éstos se entreabrieron para reirse. Sin embargo, no podía ser una...

Dió media vuelta.

Oyó que la mujer le seguía.

—¡Alguna loca!—pensó.

—Las tres y media. Me marcho.

Apretó el paso y vió entonces con asombro que la desconocida se había sentado en su banco y que lloraba a lágrima viva.

La compasión, y la similitud de sus situaciones le hizo acercarse.

—¿Qué tiene usted, señora?

Aquello hizo arreciar el llanto.

—¡Era usted!—murmuró llena de emoción y como con éxtasis. Le esperaba... No quiere usted conocerme...

—Pero, señora, usted se equivoca.

—Sí, sí, me equivoco, ya lo sé. Por caridad, siéntese usted aquí.

Y aquella mirada angustiosa le interesó. Se sentó, sin saber por qué, o tal vez pensando:

"Es una mujer enamorada a quien un desprecio ha trastornado. Debo socorrerla. Casi nos hallamos en el mismo caso."

—¿Qué le pasa a usted? Cuéntemelo todo.

—Oh, si yo le contase...—dijo bajando la cabeza.

Después, exclamó:

—C. L. 333. Te espero hoy Acacias. Tiro de pichón, a las tres.

—No comprendo—dijo Emilio.

—Lo he leído, y he venido.

—¿Para espiar? Eso es canallesco.

—No, no ha sido para espiar.

—¿Entonces?...

—Entonces... ¡Ah, si usted supiera!...

—En fin, ¿quién es usted, señora?

—No pretenda usted saberlo... júreme que no lo pretenderá y en ese caso le contaré...

—Bueno, sí, se lo prometo.

—Toda una historia, toda mi vida, caballero, ¿quiere usted?

Y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Es usted muy bueno.

Y añadió con exaltación:

—Yo soy una mujer honrada, tengo marido, hijos, no estoy loca, pero a veces tengo miedo de volverme, porque todo me parece monótono, monótono desde hace muchos años y ya no puedo esperar más. Me casaron contra mi voluntad, tuve hijos y no me interesan, y no hago más que esperar, esperar. Pero soy fea y el amor es sólo para los demás. Todos tienen algún amor. Todos los libros, todos los periódicos hablan de amor. Y es por mí por quien hablan, o por lo menos yo me imagino que es por mí y a veces que es para mí para quien hablan... Además, hay la sección de "Correspondencia" que no es invención, que es verdad que es real, y procuro enterarme de lo que pasa a los que se aman y algunas veces he asistido a vuestras entrevistas... Le he visto esperar y me he dicho: ¡Si fuese yo la mujer a quien espera!... Tal vez sea yo puesto que ella no viene ya... Pero no; yo lo sé bien, no estoy loca. Ella no ha venido, porque ya no le ama a usted. Es usted desgraciado, señor C. L. 333... ¡Ah, todo el verano le ha estado diciendo usted cosas bonitas y ella le contestaba como le hubiese contestado yo! ¡Se han enfriado ustedes! Le compadezco, caballero... Si usted quiere, yo le amaré... ¡Oh, desde lejos, desde muy lejos, porque soy fea y me da miedo... Pero de lejos, si usted quiere, sí, le amaré mientras esté usted triste!

Ante semejante ruego, lo más lógico era llamar a un guardia para que la llevase a su casa. Pero el caso hirió su sensibilidad. También él, si orientaba su vida como había decidido, también se diría: "El amor es para los demás"... Y exclamó:

—No, no ha venido. ¡Todo terminó!

Le dominó una gran tristeza. Sintió que le cogían una mano y no pensó siquiera en retirarla.

—Perdón, perdón, por haberle pedido permiso para amarle... Lloremos juntos... Yo me callaré... Lloremos como dos amantes que se separan para siempre.

El no la contestó. Tenía el corazón oprimido como un niño.

—¡Concluído, esto ha concluído para siempre!

Empezó a llover. Gruesas gotas hicieron al caer sobre las hojas el suave murmullo del otoño.

—Está lloviendo—dijo la mujer.

—Es verdad. Vámonos.

Y en un arranque de pasión aquella desdichada llevó a sus labios las manos del joven.

—No me siga usted. Le prohibo que me siga.

Y echó a correr.

Pasó un auto. Emilio lo detuvo. Y aquella misma noche, con peligro de comprometer a su amiga, escribió a Teresa una carta llena de súplicas, de perdón.

A los dos días leía la loca en el periódico:

"C. L. 333. Te perdono. Hoy, donde siempre, a las tres."

Y, la pobre lloró, y sus lágrimas cayeron sobre el papel como gotas de lluvia otoñal.

Al recorrer una aldea checoeslovaca, se tiene la impresión de que el pueblo no está habitado sino por mujeres y manadas de gansos, y llama la atención el contraste que forman las chozas de los gitanos con las largas hileras de las casas checoeslovacas.

En el interior se ven en las camas verdaderos montones de almohadones de fina pluma, y colchones sobre colchones de rico plumón. Diez y seis o diez y ocho gansos hacen falta para conseguir la pluma necesaria para cada cama.

La gran trágica Eleonora Duse, en la miseria

Con una brillantísima carrera teatral de más de treinta años, y con el sueño y la ambición de su porvenir aniquilados súbitamente por la pérdida de su fortuna, Eleonora Duse, la más grande actriz de Italia y la única mujer comparable con Sarah Bernhardt, se encuentra hoy francamente reducida a la miseria.

Todas las tristezas y las tragedias interpretadas por ella en sus papeles intensamente dramáticos, se han convertido en reales para esta trágica de indiscutible talento, pero está valientemente aferrándose a la vida, a pesar de su gran adversidad.

Madame Duse, o la Duse como la llaman en las capitales y en las grandes ciudades del Continente europeo, está residiendo ahora en un modesto alojamiento de Roma. Se ha visto reducida a tales circunstancias, que ha tenido necesidad de pedir al gobierno italiano la humilde pensión que se concede a las viudas de los oficiales.

Probablemente el hecho más patético que media en las circunstancias por las que atraviesa, consiste en que antes de perder su fortuna, se había dedicado, desde que se retiró del teatro, a la misión de hacer más seguras y más cómodas las vidas de los que siguen la profesión teatral.

El sueño, la esperanza y la ambición que vinieron por tierra, consistían en levantar algún día en su propiedad cubierta de cipreses situada fuera de la Puerta Nomentana en Roma, una casa en que los actores, y las actrices encontraran la paz, la comodidad y el estímulo personal, profesional e intelectual. De hecho, en una entrevista que concedió poco antes de que estallara la guerra europea, la Duse declaró que su proyecto consistía en fundar un ''asilo intelectual'' para gentes de teatro.

En su patria, la Duse, quizás muy naturalmente, es considerada superior a la Bernhardt, a la divina Sarah. En Francia se declara que es casi tan grande como la Bernhardt. En los países neutrales donde se conocen las dotes de ambas, la opinión se encuentra dividida.

Eleonora Duse hizo famosas las piezas de D'Annunzio, aunque siempre se ha dicho que el poeta y dramaturgo italiano la causó una desilusión con sus ingratitudes. Amaba a D'Annunzio y puso todas sus facultades artísticas en el desempeño de los papeles trágicos que éste la asignara en ''La Città Morta'' y ''La Gioconda''.

En la época en que la Duse explicaba sus proyectos de un ''asilo intelectual'' para actores, o sea en 1914, se la preguntó si no existía alguna probabilidad o siquiera una posibilidad de que volviera a la escena. La gran actriz contestó:

''Durante tres años he permanecido clavada en mi cama. Me siento cansada, muy cansada, no sólo por mi enfermedad, sino también por el trabajo de mis primeros años. Entonces amaba mi trabajo y le consagraba todas mis facultades, entregándome a él por completo. He pasado más de treinta años de mi vida en el teatro, y debo decir que adoro la escena; pero, ya no puedo vencer la fatiga y no me agradaría presentarme nuevamente en el teatro con mis facultades disminuídas.

''Mi propósito es muy firme. Pero la pena que me causa esa decisión trataré de aminorarla al ocuparme de la suerte de mis compañeros, menos afortunados.''

Vino entonces la gran guerra.

Madame Duse ha gozado desde entonces de mejor salud. De hecho, parece que físicamente ha adquirido las fuerzas necesarias para resistir los golpes que la estaban reservados.

Aparte de la ruina de su proyecto, consistente en transformar la villa que habitaba a las puertas de Roma en un asilo de comediantes, la señora Duse tenía la idea de que con el tiempo se crearían centros análogos en todas las ciudades, para las compañías teatrales ambulantes.

''Conozco la vida, —dijo en una ocasión.— Sobre todo, conozco la tristeza de la vida de los pequeños grupos teatrales, porque yo la he vivido. Conozco las lágrimas y las amarguras. ¿Se han preguntado ustedes, cuál es el hogar de la actriz? Un cuarto amueblado... para nosotros el cuarto amueblado es una fuerza y una institución.

''¿Por qué no establecer lugares en las diversas ciudades y poblaciones, donde las compañías ambulantes se encuentren en una atmósfera agradable y en algo mejor y más doméstico que el común cuarto amueblado?''

De la villa situada fuera de la Puerta Nomentana, tenía Madame Duse proyectos muy bien delineados. Había estudiado el problema con los miembros de su profesión; los había interesado por él; y además se había captado la ayuda de los ricos amantes del teatro y de su arte.

''Empezaremos con un salón de lectura, —dijo en cierta ocasión—y después iremos desarrollando nuestra idea. En mi casa de Florencia tengo muchos libros raros, historia del teatro, literatura y poesía. Todos esos libros los donaré desde luego. Quizás muchas personas imiten mi donación, y logremos dar mayor amplitud a la obra, una vez que se encuentre bien iniciada.''

La Duse, ante todo, era una gran trágica. Lo mismo que la ''Divina Sarah'', era igualmente notable como comedianta. Con su voz, sus gestos y su expresión podía tan fácilmente hacer brotar las lágrimas como provocar la más franca alegría del público, por exigente que fuera. Muchos atribuyen sus grandes dotes al profundo conocimiento que tiene de la humanidad y de las debilidades humanas.

Una indicación del espíritu inteligente y simpático de la gran actriz la tenemos en el hecho de que en determinado momento de su carrera aceptó y llevó a la escena, haciéndola famosa, una pieza escrita por un joven que entonces se hallaba en la cárcel acusado de haber asesinado a un abogado.

La pieza, que llevaba por título el de ''Ananke'', era la historia de la vida del autor.

Madame Duse tiene hoy sesenta y dos años. Sus triunfos más grandes los obtuvo en Italia, su patria, pero también en París y en Berlín fué durante largo tiempo la trágica favorita del público. En Suiza, se la consideró siempre como la más alta exponente de la tragedia moderna.

Durante el romántico idilio de la Duse con D'Annunzio, se dijo con frecuencia que la trágica era la inspiradora de varias de las piezas del poeta. Es muy peculiar que varios de sus papeles fueran tan íntimamente personales y que las situaciones fueran de tal naturaleza que el representarlas significaba para la actriz terribles crisis cardíacas.

Transmisión de energía a distancia

Un ingeniero rumano, el señor Constantinescu, ha realizado desde hace varios años una serie de investigaciones sobre una forma nueva de transporte de energía. El resultado se ha mantenido secreto hasta hace poco tiempo, cuando el señor Constantinescu ha realizado experiencias demostrativas en la Royal Society de Londres. En la "Revue Générale d'Electricité" da M. Daval una reseña de estas experiencias.

Las investigaciones a que nos referimos se refieren al estudio y aprovechamiento de la energía mecánica que son capaces de propagar los medios elásticos sometidos a vibraciones, y le han sido sugeridas al autor por los fenómenos de propagación de las ondas sonoras, particularmente en los tubos acústicos. A esta nueva rama de la ciencia se da el nombre de "sonicidad", interinamente por lo menos.

El problema principal que parece haber resuelto es éste: producir vibraciones de gran energía en el extremo de una tubería hidráulica, y transformar estas vibraciones en el extremo opuesto en energía mecánica aprovechable; lo que equivale a transportar la energía a distancia por la doble transformación de energía mecánica en vibración y la vibración en energía mecánica.

El procedimiento tiene una semejanza notable con el transporte de energía por medio de corrientes eléctricas alternas. En el origen se dispone de una forma mecánica de energía (salto de agua, vapor, motor de explosión, etc.). Esta energía mecánica se transforma en energía eléctrica; en el extremo opuesto, la electricidad se transforma en energía mecánica por medio de un motor.

Las semejanzas no quedan sólo en el hecho experimental; todas las variables que entran en el problema hidráulico tienen su semejante en la conducción eléctrica, y las ecuaciones "sónicas" son correlativas y análogas a las de las corrientes alternas. En la transmisión de vibraciones por tubos entran, como elementos principales, la masa, la elasticidad y el frotamiento con las paredes, correlativos de la autoinducción, la capacidad y la resistencia.

El medio transmisor ha sido el agua, rechazándose el aire desde el primer momento, porque la elasticidad y la compresibilidad extraordinaria de los gases no permiten la producción y transporte de vibraciones de gran potencia. Aun con el agua no es despreciable la compresibilidad puesto que se han producido vibraciones por medio de un pistón que se movía con movimiento alterno de tres centímetros de carrera y frecuencia de diez y seis por segundo; y estas vibraciones, transmitidas en un tubo a diez kilómetros de distancia, producían una presión de cuarenta atmósferas, muy inferior a lo que resultaría preseindiendo de la compresibilidad.

Las experiencias han demostrado que es práctico emplear frecuencias de orden inferior a la sonoridad; es decir, de 30 por segundo, a lo más.

La "sonicidad" permite realizar fenómenos análogos a la carga y descarga de un condensador: comprimiendo un líquido en una botella de acero, al dejarlo en libertad devuelve toda la energía. Así se ha podido lanzar una granada de ocho kilogramos a 500 metros comprimiendo en un tubo de acero tres litros de aceite a 2.000 atmósferas. Un cañón construído para esto ha lanzado a 1.500 metros, sin ruido, un proyectil de cien kilogramos.

Se han construído en Inglaterra motores "sónicos" análogos a los motores eléctricos, sincrónicos y asincronos. Su precio es menor que el de los motores eléctricos; el peso, también menor; la conducción de energía es menos peligrosa que la eléctrica, y los aparatos de gobierno e inspección, más baratos.

No puede sustituir a la corriente eléctrica en larga distancia; pero sí usarlo combinado y con ventaja en muchos casos; por ejemplo: en las explotaciones petrolíferas y en los emplazamientos húmedos, aun sobre agua y barro, donde no puede haber motor eléctrico. Permiten todas las bajas frecuencias; por ejemplo: una vuelta por minuto, cosa irrealizable en un motor eléctrico.

Pueden emplearse como órganos de cambio de velocidad en los motores de explosión, como reguladores de velocidad en la tracción y como aparatos de gobierno de las hélices de aeroplano. El señor Constantinescu ha construído un motor para avión de 180 caballos que pesa solamente 30 kilogramos, y estaba recientemente estudiando un aeroplano con ocho motores "sónicos".

Del estudio de la transmisión "sónica" resulta que debe haber una relación tal en la frecuencia del generador, unido a un tubo de transmisión, con la longitud de este tubo, que esta longitud sea un número entero de semilongitudes de onda; igual ley que en los tubos sonoros. Si varios generadores se acoplan a un mismo tubo, sus frecuencias respectivas deben estar en la relación de los números enteros, o sea correspondiendo a los armónicos del tubo común. Esto tiene que ser así, puesto que el fenómeno es en todo semejante al de los tubos acústicos.

Una sirena "sónica", absorbiendo un caballo de energía, produce un sonido tan intenso como un silbato de vapor de 10 caballos.

Produciendo con un martillo "sónico" vibraciones del orden de 100.000 por segundo sobre una barra de acero con mango de madera, se nota sensación de calor, que cesa con el funcionamiento del martillo.

Muchas más experiencias y más semejanzas con las corrientes alternas ha demostrado el señor Constantinescu. Por ellas se aprecia que ha entrado en el campo industrial un nuevo medio de gran porvenir, susceptible de gran desarrollo, y que una nueva vía se ha abierto ante la investigación científica.

M. H. B.

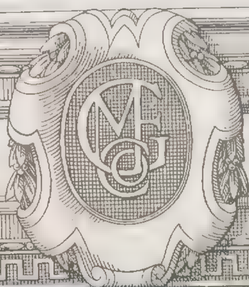
El sentido del gusto en los peces

Al intendente Bronzini, de Mar del Plata.

El sentido del gusto no está localizado en una parte determinada del cuerpo de los peces. Puede decirse que todo él es una lengua, porque no sólo tienen papilas gustativas en la boca y en las barbillas, sino también en casi toda la superficie de su cuerpo.

Hay peces que cuando tocan una presa con un costado se precipitan sobre ella con tanta rapidez como si se les hubiese presentado junto a la boca, por lo cual se ve que en su sentido del gusto intervienen además del nervio facial los nervios espinales.

Estanislao S. ZEBALLOS.

GENERAL MOTORS  EXPORT COMPANY



El SCRIPPS-BOOTH

reune toda la originalidad y elegancia de los coches de mayor precio, con la economía de costo y conservación características de los automóviles pequeños. Es éste el coche ligero de lujo, cuyos detalles reflejan el buen gusto y acertado criterio de su dueño.



POEMAS DE LA MADRE

(Complemento)

A Gabriela Mistral.

YA ERES MADRE.

Ya cantan a tu paso todas las armonías y encuentras desde ahora más preciosa la vida, más buenos los hombres, más digna de llevarse la existencia. Comprendes que hay en la vida de la mujer un don sublime, inmaterial, y tu ser entero exhala un acento, una voz, un himno de bendición a la naturaleza que te hizo madre. A cada instante quieres contemplar a tu hijo, besar sus tiernas mejillas, mecerlo en tus brazos y amamantarlo a tu seno. ¿Verdad?

LA FUENTE DE LA VIDA.

Y bien: mientras el nectario de su boquita succiona con insaciable avidez tu seno pletórico, "el Henchidor de tu ruego", tú abrigas dulcemente el ensueño y crees que esa onda láctea que subió desde tus entrañas a tu blando seno está alimentando un mundo atesorado en el cuerpecito de nieve y rosa que tienes ahí, sobre tu regazo. Y te enajenas de gozo cuando ves que lo ahogan los raudales del líquido nutridor; y en un ímpetu convulso, suelta el rosado pezón y tose, se congestiona, se retuerce hasta que se calma y vuelve otra vez, con encantador afán, a exprimir el seno generoso que lo nutre y colora hasta convertirlo en el más exquisito fruto del huerto de tus amores.

LOS PRIMEROS PASOS.

¡Helo ahí! ¡Como una ramita en flor, columpiándose al más leve soplo de las auras! ¡Crisálida preciosa que aún no puede desplegar sus bellas alitas para lanzarse al espacio! Tú le ofreces la savia y la fuerza que necesita. El círculo que formas con tus brazos para evitarle la primer caída, es el mundo que recorre con sus pasos vacilantes. Mas, tú lo sabes: cuando el horizonte de otro mundo se extienda ante él y ya fuerte y seguro sobre sí mismo pueda recorrerlo ¿podrás tú, ¡dulce madre!, preservarlo igualmente de otras caídas más dolorosas y, lo que es más cruel, inevitables en el escabroso andar de la existencia humana?

MAS TARDE.

A medida que tu niño crezca en bellezas y gracias, se llenará de orgullo y de alegría tu amante corazón de madre. Y cuando antes de cumplir el año de su nacimiento balbucee la primitiva frase de "ma-má", "pa-pá" que la naturaleza pone en boca del niño como para corresponder así al cariño sin igual de quienes, para darle vida, confundieron su voz en una sola y estrecharon sus cuerpos en un arranque espasmódico; condensarás entonces en una sola todas las alegrías e invadirá tu espíritu, como una oleada de luz, un anhelo hacia lo que no puede llegar a ser jamás... ¡La madre sueña más de una vez, sueña un sueño pródigo de encantadoras imágenes!... ¡Pero que es sueño, y nada más!

¿QUÉ LLEGARA A SER?

El hijo de tu amor ha llegado. Es, pues, necesario mirar hacia el futuro. ¿Qué llegará a ser más tarde? ¿En qué faz de la lucha, entablada tan cruelmente entre los hombres, llegará a ostentarse al fin? ¿Será un amante de la Ciencia, que investigue en ella la verdad como el único ideal de la conciencia humana; o simplemente un ciudadano modesto, que se concreta a aceptar la vida, en el desempeño de todas sus funciones, sin analizarla perdiéndose así en el triste vegetar de la impotencia? ¿Qué designio misterioso habrá traído a la vida? ¿Llegará a ostentarse en toda la plenitud de su gallardía como un genio precursor de la libertad de los pueblos, o sucumbirá bajo el impulso de ese enemigo implacable y traidor que, desde el más remoto tiempo devora a los hijos de las dulces madres que pusieron, como tú, sobre su vientre rosas, cuando dormían en él?...

AMOR DE LOS AMORES.

Para ese amor que ahora te envuelve como una onda de acariciadora grandeza, tu hijo lo es todo. Sentimientos, creencias, culto, adoración, ideas, la vida entera, todo a la vez, en admirable conjunto, refractándose en el rostro angelical de tu hijo. Parécete que en el mundo no existe ya nada que pueda absorber tu atención o a la que puedas dedicar las horas de tu existencia.

TU PRESENTIMIENTO.

"Cuando presientes que, aunque estés lejos de tu hijo, en las montañas o en el fondo del mar, el viento que lo azote, te rasgará las carnes y su grito pasará también por tu garganta", ¿sabes que hay algo horrible que se cierne sobre su inocente cabeza con rugidos de fiera que arrancará de su pecho un ¡ay! de agonía? ¡Oye cómo turba el silencio de las noches tranquilas y de los días sonrientes un tumulto espantoso; míralo cómo tala montes; cómo arrasa huertas; cómo agosta jardines; cómo aúlla, vocifera, ruge; cómo esteriliza los fértiles senderos con el casco rudo de sus bestias jadeantes. Es la guerra que pasa. Tiende más allá la azorada vista y mira el montón de cadáveres apiñados, putrefactos, que deja a su paso: ¡montón de carne humana que se hincha y revienta en una conjunción espantosa de sangre negruzca, de músculos deshechos, hasta formar un pináculo apestoso de lo que fué antes encanto y flor de la vida!...

MIRA AHI A TU HIJO.

Míralo, confundido entre los otros que yacen, como él. El, tan sonrosado, ahora está pálido como un lirio marchito. El, que olía a nardos y jazmines, saturado con la esencia de tus besos, ahora hiede. El, que dejaba escapar de su dulce boquita los lácteos raudales desde tu fresco seno, ahora vierte espumarajos sanguinolentos y viscosos. El, tan hermoso, ahora es un monstruo hinchado y putrefacto. Y ¿no sientes que tu entraña maternal protesta? ¿Te parece que, después de haber formado tu hijo, debes entregarlo así a la jauría desenfrenada y loca?...

¡SALVALO!

Cuando aún estás a tiempo, sálvalo tú; tú, que modulas, que cantas, que armonizas tan bien el acento y el ritmo, que sabes arrancar secretos al vocabulario humano para crear emociones dulcísimas en el ajeno espíritu; tú, que has sabido cantar a la maternidad sublime, fraternizando con todo lo que lleva en sí la esencia maternal: derriba el inicuo prejuicio; señala la serena ruta. Logra, con tu dulce, con tu cadencioso y sonoro acento que los hijos todos nacidos de un vientre de mujer — sepa ella cantar o no — se vean al fin libres de ese anatema fatal, doloroso y cruento, que desvanece sus más bellos ensueños y troncha en flor sus preciosas existencias.

ES TU DEBER.

"Ya no es tu cuerpo un velo, tras del cual se oculta un niño dormido". Mañana, bien podría ser un sudario que cubra su cadáver. ¡Pingajo abandonado en el campo, a merced de las alimañas, dispuestas a devorar ese milagroso cuerpo que tú nutriste desde tus entrañas con dulces mieles y esencia de frescas flores y oleadas de aire purísimo! ¡Pulsa la lira y canta! ¡Canta enrostrando, increpando, maldiciendo!... ¡Pero canta! Condensa en ti los acentos más rudos, más firmes, más sonoros, más dulces y más suaves. ¡Ruge impetuosa como el oleaje o como el huracán unas veces, y otras da a su acento inflexiones dulcísimas, como las que se oyen en el susurro del viento al rozar las hojas de los árboles, en el canto de las aves, en el beso de las flores, en el murmullo de una fuente y en la transparencia y hermosura del límpido azul del cielo. ¡Ve a las selvas, a las montañas, a las nubes, al fondo de los mares, a los más recónditos sitios donde pueda hallar fuerza convincente tu inspiración alada y ¡canta!, como una Safo de los modernos tiempos; ¡canta, madre, canta!; no ya por cantar tan sólo, si no para desvanecer con tu acento el error eterno que ha de concluir un día con el milagroso cuerpo de tu hijo. ¡Canta en nombre tuyo y en el de todas las madres!...

¡Y que los hombres puedan, en una invocación de sensatez y humanidad serena, llamárse amorosamente "hermanos", como las aves, que vuelan en el espacio sin fin; como las flores; como las corrientes de agua cristalina, deslizándose entre lechos de guijarros; como las estrellas, que titilan desde lo alto, en conjunto admirable, su colaboración de luces!

Juana María Begino

LOS SUEÑOS DEL DEPORTISTA



La víspera de la regata.

Sección vermouth

¡NO ESTABA DISTRAÍDO!

La mujer observa con extrañeza los actos de su marido. ¿Qué demonios está haciendo?

—¡Pepe Manuel! — le dice. — ¡Qué distraído estás! ¿No ves que te pones el gorro de dormir en el pie en vez de un calcetín?

—No estoy distraído, mujer, lo hago ex profeso.

—¿Pero tú te has vuelto loco?

—No. Es que se me ha dormido el pie.

UN AUTOR NOVEL

Cabrinetti es un joven dramaturgo que se queja constantemente de la gente de teatro. Asegura que todos están confabulados para no dejarle estrenar, a pesar de que él es un verdadero genio.

Asegura que ha escrito una gran tragedia histórica cuyo título es "Cristóbal Colón". Un día da con un empresario ingenuo que se presta a escuchar su tragedia.

Cabrinetti comienza a leer:

—Escena primera. Colón y su criado.

"Colón.—Antes de emprender mi primer viaje para el descubrimiento de América..."

—Basta, joven—exclama el empresario.—Es demasiado trágica su obra.

—¿Qué es lo que le parece demasiado trágico en esta escena?

—Su ignorancia.

EXCLAMACIÓN INGENUA

El ama de llaves de don Ruperto es una mujer muy beata. Cuando su patrón muere se entera con sorpresa de que éste ha dejado un importante legado a una vecina muy linda. Colasa siente una indignación muy grande. Casi tan grande como el legado que a la joven destinó don Ruperto.

—¿Cómo es posible—exclama la beata—que siendo tan viejo mi patrón pensara todavía en ciertas cosas?

Y luego añade:

—Es el caso que mi parte ha disminuído mucho. ¡Ah! ¡Si yo lo hubiera sabido!

PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL



Sensaciones reflejas.

JUGADOR TRAMPOSO

Ranoides es un señor aprovechado, muy ágil de manos.

Ranoides entra a una casa de juego. Al poco tiempo llama la atención ver que la suerte le favorece tanto. El patrón del garito lo observa y descubre que hace trampas. Se arma un gran batifondo y Ranoides es puesto de patitas en la calle.

El conserje que lo acompaña hasta la puerta es algo filósofo y le dice seriamente recriminándole su conducta:

—¡Parece mentira, amigo! ¿Cómo pudo ser usted tan sinvergüenza? ¡Venir a esta casa para abusar de la buena fe de los caballeros que vienen aquí a arriesgar honradamente el dinero de sus familias!

UNA AVENTURA DE TARTARÍN

Tartarín ha regresado de su viaje al Africa y cuenta sus aventuras del desierto. Describe con tales detalles y con tal verismo la presencia inesperada de un fiero león, que todos sus compañeros experimentan la sensación de miedo.

—De repente se me presentó—dice el buen tarasconés.—Aunque ya les consta a ustedes que yo no soy un cobarde, no puedo negarles que cuando vi sus enormes fauces abiertas frente a mí, experimenté una emoción extraña.

—¡Claro! ¡Se quedaría usted blanco como el papel!

—No. Yo no me asusto. Pero me pareció que me habían transformado en carta y que aquella boca era el buzón.

OTRA AVENTURA LEONINA (?)

Tartarín ha explicado una vez más su aventura, pero esta vez entre su auditorio figura cierto forastero, que tiene fama de mordaz.

—Eso no es nada—le interrumpe—cuando el cazador ha terminado de relatar sus heroicidades.

Tartarín se indigna y le pregunta:

—¿Tal vez usted ha realizado hazañas más prodigiosas? ¿Tal vez ha visto usted cosas más notables?

—Sí, señor. También fuí yo a cazar leones y por cierto que en una ocasión me sucedió la aventura más extraordinaria de mi vida:

—¡Que la cuente! ¡Que la cuente!

—Había salido de caza, pero como durante muchas horas no tropecé con ninguna fiera, perdí toda noción del peligro. Dejé abandonado el fusil y me entretuve recogiendo algunos interesantes ejemplares. De pronto ¡paf! se me presenta delante un león. Estaba perdido, no tenía arma alguna para defenderme. Ya me había despedido de la vida, cuando observé que el león me miraba y pasaba de largo. Una feliz circunstancia me había salvado.

—¿Cuál? ¿Cuál?

—Era domingo.

—¿Y eso que tenía que ver?

—En la boca del león leí un cartelito que decía: "Esta casa permanece cerrada los domingos".

CAMBIO DE OFICIO

Mientras afeita a un cliente, Pedro se queja del oficio. Según dice, el invento de las máquinas de afeitar ha arruinado el negocio.

Pedro habla con tal excitación, que su mano le tiembla, y le hace al cliente un corte en la mejilla.

—¡Ay!

—No es nada.

Y luego añade mientras busca un poderoso astringente:

—Eso anda tan mal, que estoy decidido a cambiar de oficio. Pienso abrir una carnicería.

—¿Y no cerrará antes ésta?—pregunta el cliente.

Cosas vulgares que son nuevas

Al sutil Felipe Pereyra Lucena.

Hoy consideramos como necesarias cosas sin las cuales se pasaban perfectamente nuestros abuelos, como, por ejemplo, los fósforos. Hasta el año 1830 no había otro medio de encender nada, más que el eslabón, la piedra y la yesca.

La lámpara de aceite es algo más antigua, aunque también puede considerarse como de invención relativamente moderna, pero hasta más tarde no inventó el suizo Argan el tubo de cristal. El quinqué moderno con mecha y aparato para subirla y bajarla, no obtuvo patente de invención hasta el año primero del siglo pasado, siendo sus inventores los franceses Carcel y Carreau.

Aunque parezca extraño, es muy cierto que el gas del alumbrado se conoció mucho antes que el petróleo, pero no logró aceptación. Una persona de tanta autoridad como Sir Humphrey Davy, preguntaba sarcásticamente si se pretendía convertir en gasómetro la cúpula de San Pedro.

La principal dificultad del alumbrado por gas la constituía la falta de los gasómetros que hoy se usan. Hasta el año 1822 se guardaba en gigantescos sacos o balones impermeables que ocasionaron accidentes tan graves y tan frecuentes, que las autoridades inglesas prohibieron que se construyesen de más de 150 metros cúbicos de capacidad. Hoy se hacen depósitos de más de 15.000 metros.

Existen dos cosas consideradas como necesarias, que no son tan nuevas como se cree. Nos referimos al papel de las paredes y el piano. El primero se usaba ya en Francia por el año 1555. Antes de esa fecha las paredes se revestían con tapices. En cuanto al piano, celebró su 200 aniversario en 1916. En 1716 se exhibió en la Academia de Ciencias de París un clavecín cuyas cuerdas vibraban mediante la percusión de unos mazos.

Las galletas que hoy día inundan los escaparates de las tiendas de comestibles, no se conocieron hasta 1841. Antes de dicha fecha no había más galleta que la dura e insípida de los barcos.

Carlos MACCHI.

HABRÁ MUJERES GUAPAS

por Carlos MOUSEDET

I

"Al señor Marcos Ducernau.

Mi querido Marcos: Ernesto ha perdido la apuesta y el jueves próximo la paga, convidándonos a comernos y bebernos en la "Maison Dorée", los cincuenta luises apostados.

Contamos contigo y esperamos que no inventes ningún pretexto para faltar a esta cita solemne.

A nuestra edad lo único serio es el placer y debemos consagrarle las mejores horas de nuestra existencia.

Así, pues, hasta el jueves en el Círculo a las siete en punto. ¡All right!

Tu antiguo cómplice, Ricardo Llebert.

P. D. Habrá mujeres guapas."

II

Descubrimiento fatal

Era la primera vez que Emilia Ducernau, se tomaba la libertad de abrir una carta dirigida a su marido. Pero la noche anterior había sido víctima de terribles presentimientos y, por lo tanto, en aquel instante se atrevió a realizar un acto de verdadera audacia conyugal.

Carezco del arte dramático necesario para describir el dolor y la indignación de madama Ducernau.

¿Qué hacer en tan angustioso trance?

Emilia pensó ante todo en quemar la imprudente invitación, luego en presentársela con aire amenazador a su marido.

Pero todos estos medios le parecieron estériles, y después de vacilar entre varios partidos, se decidió a pegar de nuevo el sobre dejando la carta entre las demás, y resucita a esperar los acontecimientos.

III

Durante el almuerzo

Emilia.—¿Has leído ya el correo?

Marcos.—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

Emilia (disimulando).—Prueba esta salsa.

Marcos.—Ahora que me acuerdo; Eugenio en su última carta me da expresiones para tu madre.

Emilia.—¿Eugenio?

Marcos.—Sí.

Emilia.—¿Eugenio?

Marcos.—Sí, mujer. ¿Pero qué tienes? ¿Estás mala?

Emilia.—No.

Marcos.—Ya ha terminado el asunto de su matrimonio y se casa uno de estos días.

Emilia.—¡El asunto!

Marcos.—Por consiguiente ya puedes ir haciendo tus preparativos, porque las fiestas serán espléndidas.

Emilia observándole). — Supongo que "habrá"...

Marcos.—¿Qué?

Emilia.—"Mujeres guapas".

Marcos (tranquilo).—Sí. Creo que la ceremonia nupcial se verificará el día 15.

Emilia (aparte).—¡Me ahogo!

Marcos.—Dame los pepinillos.

IV

El gran día

Emilia.—¿Vas a salir?

Marcos.—Sí, hija, como de costumbre.

Emilia.—¿Y a dónde vas?

Marcos (abrochándose un guante).—Al Círculo.

Emilia.—¿Al Círculo?

Marcos.—¡Adiós, Emilia!

Emilia.—¿Volverás temprano?

Marcos.—A la hora de siempre; a las doce o la una.

Emilia.—¿Y no antes?

Marcos.—Pudiera ser. Adiós.

Emilia.—Oye, Marcos.

Marcos.—¿Qué quieres?

Emilia.—Conságrame la velada.

Marcos.—¡Vaya un capricho!

Emilia.—Eso mismo. Quédate conmigo.

Marcos. — ¿Y qué vamos a hacer aquí los dos?

Emilia.—Nos sentaremos junto a la chimenea y hablaremos de nuestro pasado, de aquellos tiempos en que tanto me amabas.

Marcos.—Va a parecer esto una escena de Octavio Feuillet.

Emilia.—¿Y eso qué importa?

Marcos.—No, Emilia, no; me es indispensable ir al Círculo esta noche.

Emilia.—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Marcos.—Vamos, no seas tonta. Te prometo volver muy temprauito.

Emilia.—Tienes mucha prisa, segun veo.

Marcos.—Sí, necesito tomar el aire, moverme...

Emilia.—¡Marcos!

Marcos.—¿Qué tienes?

Emilia.—Espera un minuto.

Marcos.—¿Para qué?

Emilia.—Te has vestido hoy con mucha elegancia.

Marcos.—Lo mismo que los otros días. Este pantalón, sin embargo, no está mal.

Emilia.—El lazo de la corbata no me gusta. Acércate.

Marcos.—Aquí me tienes.

Emilia (apretándole con fuerza el cuello).—¡Conque habrá mujeres guapas!

Marcos.—¡Socorro! ¡Socorro!

Emilia. — ¡Pillo, bribón, hipócrita, perjuro, monstruo! ¡Qué desdichada soy, Dios mío! (Cae sollozando en un sofá).

Marcos. — ¡Vaya una acometida! ¿Quieres decirme el motivo de una agresión de tan mal género?

Emilia.—¿Conque habrá?...

Marcos (golpeándose la frente).—¡Ya caigo! ¡La carta de Ricardo!

Emilia.—Sí, de tu digno cómplice.

Marcos (con extraordinaria sangre fría).—¿La cita era para hoy? ¡Me había olvidado de ella por completo!

Emilia.—No finjas y ten al menos el valor de tu propia ignominia.

Marcos.—No lo necesito para nada. Mas no veo la necesidad de que por una leve sospecha te lances a los peligros de una tentativa de homicidio por estrangulación.

Emilia.—¿Negarás que te han escrito?

Marcos.—No, por cierto. Pero ¿pudo evitar acaso que un imbécil cualquiera me dirija una carta? Lo que negaré es que haya yo contestado.

Emilia. — Sin embargo, te espera esta noche en el Círculo.

Marcos.—¿Quién?

Emilia.—Ese Ricardo.

Marcos.—Pues que espere.

Emilia. — ¿Quieres hacerme creer ahora que no pensabas ir a esa cita?

Marcos.—Que me muera de repente si tenía yo tal intento.

Emilia (indecisa).—¡Marcos! ¡Marcos!

Marcos.—Te lo juro... y en prueba de ello... (Se quita los guantes).

Emilia (con cariño).—¿Te quedas?

Marcos.—Sin esfuerzo alguno.

Emilia.—¡Gracias! ¡Gracias!

Marcos.—Octavio Feuillet sea con nosotros. (Se abrazan con ternura).

V

Los remordimientos del autor

Pues, no, señor.

Las cosas no pueden quedar así.

Quiero hablar y hablaré, aun a riesgo de destruir todo el interés de este drama íntimo.

Marcos se quedó en casa de buen grado, sin que ello le costase el menor sacrificio.

La cena había sido el día anterior, pues hubo de adelantarse por la necesidad de ausentarse de París que tuvo repentinamente uno de los invitados.

La fiesta estuvo animadísima y Marcos fué el que más se distinguió por su buen humor, las mujeres se lo disputaron y él coronó su éxito bailando encima de la mesa.

UN PRESENTIMIENTO



El. — ¿Qué es esa tira blanca, tan larga, que sale del hotel y se pierde en el valle?
—La cuenta que nos presentarán mañana.

LA ESPANTOSA AVENTURA DE UNOS AVIADORES EN ÁFRICA

Uno de los episodios más conmovedores que presenta la historia de la aviación en nuestros días, es la muerte del general Laperrine en las cálidas tierras de Tanezbruft, mientras se ocupaba en realizar un vuelo histórico. El mecánico-aviador Marcel Vaslin, joven soldado de la clase de 1919, que se encontraba en el avión piloteado por el ayudante Bernard, en el que iba el general Laperrine, ha escrito un diario de esa conmovedora odisea, en el que se advierte la sencillez y la veracidad del autor. En la imposibilidad de dar, por falta de espacio, cabida a ese interesante informe, nos permitimos ofrecer a nuestros lectores algunos fragmentos en los que juntamente con el espíritu indomable de los expedicionarios se advertirá la serie de acontecimientos poco afortunados que dieron origen a esa catástrofe sobre la que lloran hasta el presente los amigos de los descubrimientos geográficos en el mundo entero.

El 18 de febrero, en la madrugada, me presento a ocupar mi puesto en calidad de voluntario y como mecánico de uno de los aviones que iban á tomar parte en el gran raid; como no había habido tiempo de arreglar un tercer puesto en el aparato que debe conducirme, el general Laperrine se instala sobre mis rodillas y a las 7.30 de la mañana partimos ante una turba de touaregs, entre los cuales observamos a su gran jefe Moussa ag Amastane. Se encuentran también allí el teniente Pruvost y algunos militares europeos estacionados en Tamanrasset. Antes de la partida, se había convenido que los dos aviones marcharían en contacto y que si alguno de ellos se veía obligado a aterrizar, el otro acudiría inmediatamente a su socorro.

Como a las 11.30 de la mañana nos encontramos a la vista de Tin Zaouaten y lanzamos un aviso inalámbrico pidiendo socorro, hallándose el otro avión como a 1.000 metros de distancia hacia adelante y a la izquierda. No teniendo ya gasolina sino para un vuelo de veinte minutos, nuestro piloto se dispone a aterrizar. Se presenta un terreno excesivamente llano pero muy blando y limitado hacia el Norte por dunas de arena, por lo que el piloto Bernard conduce su aparato hacia el Sur, y hallándonos apenas a quince metros de altura, un fuerte remolino inclina nuestro aeroplano sobre su ala izquierda. Como el general no se hallaba sujeto por correas de ninguna especie, ante la inclinación del aeroplano se encuentra cogido entre el parabrisa y mi persona, y resulta con heridas bastante graves. Tiene rota la clavícula izquierda, hundida una costilla y parece resentirse de contusiones interiores. El aparato se había volcado por completo, y como Bernard había tenido la precaución de atarse previamente, salió indemne de la catástrofe, mientras que yo resulté un poco lleno de contusiones, después de haber logrado sacar mi cabeza de entre la arena. Cuando nos hubimos repuesto de nuestra primera emoción, nuestra sorpresa no pudo menos que ser enorme y muy desagradable al observar que el aparato del comandante Vuillemin había desaparecido. Nuestra pimera preocupación consistió en recoger los depósitos de agua potable, que encontramos mezclados con las herramientas, y con los mil y un aparatos que se necesitan para emprender una expedición de la clase de la nuestra.

El 19 por la mañana, antes de amanecer, el general decide que partamos rumbo al Noroeste, con la esperanza de encontrar las montañas del Adrar. Recogemos lo que en nuestro concepto es indispensable para el camino, entre víveres y agua, pero teniendo el cuidado de no olvidarnos de un fusil de caballería, de una buena manta, de tela para hacer una tienda y de nuestros objetos personales.

El general nos anima diciéndonos que la meta no se halla a más de cincuenta kilómetros de distancia. Tenemos confianza en él y por la noche encendemos una hoguera con el objeto de llamar la atención sobre nosotros.

El día 20, desde muy temprano, nos ponemos nuevamente en camino en la misma dirección que la víspera, esperando que no terminará la jornada sin que hayamos apercibido las montañas del Adrar.

El día 21 desesperamos de nuestra empresa y volvemos sobre nuestros pasos en dirección del avión que dos días antes habíamos abandonado; el general se encuentra muy débil, y nos vemos obligados a hacer etapas muy cortas. Por la noche, el estado del general se ha hecho muy inquietante, pues se queja sin cesar de dolores en la espalda.

El día 22, como a las cuatro, observamos que el general no puede levantarse sin ayuda extraña y partimos penosamente deteniéndonos cada media hora. Al fin apercibimos nuestro aparato, lo que nos causa gran contento y encontrándonos a cuatrocientos metros de distancia, observamos que nuestro jefe no puede caminar más.

En contra de sus indicaciones, seguimos sosteniéndolo y a las 9.30 llegamos cerca del avión, cuyas alas superiores, que son las que le sostienen en el suelo, se hallan ya cubiertas por la arena. Por desgracia, aunque se encontraba en mejores condiciones, sólo tenemos ya con nosotros un litro de agua.

Abrimos un agujero en la arena y enterramos en él nuestros receptores de agua y gasolina, para protegerlos del calor. Debo advertir que el radiador del aparato nos produjo todavía diez y ocho litros de agua.

En condiciones punto menos que desesperadas, pasamos el día 23, y el 24, como a las diez de la mañana, apercibimos a una gacela como a cien metros de distancia; a pesar de haber tirado contra ella nueve cartuchos, no logré tocarla, como tampoco logró hacerlo Bernard el día 25 al medio día en que se presentó otra gacela.

Durante la noche del 25 al 26, el general llama a Bernard muchas veces para preguntarle si duerme. Nada nuevo nos ocurre durante el día 26, y esperamos siempre en vano que se vaya en nuestra busca.

El 27, de las 16 a las 6, sufrimos una fuerte tempestad de arena que nos obliga a ocultarnos debajo de nuestras mantas. El 28, en vista de que en el horizonte no aparece nada que venga en nuestro auxilio, comenzamos a perder el valor. El calor es muy fuerte, y nos hace sufrir extraordinariamente. Bernard empieza a hacer su testamento, cosa que hago yo el domingo 29 de febrero, dirigiéndolo a mi madre.

El 1.º de marzo hace doce días que no hemos visto a nadie, ni amigos ni enemigos; en nuestras fisonomías se pinta la desesperación. El día 2 de marzo transcurre como los anteriores, y por la noche, para hacer una hoguera quemamos un pneumático del aeroplano, y tiramos algunos cartuchos para atraer la atención por si alguien acudiere en busca nuestra. El día 3 se registra una fuerte tempestad de arena. El general respira con mucha dificultad y el estado de su salud nos inquieta de la manera más profunda. Bernard consulta el mapa y cree que nos encontramos a ciento veinte kilómetros de Tin Zaouaten. Formamos el proyecto de marchar en



Ella. — ¡Me gusta mucho la música! ¡Hubiera querido nacer pájaro!
El. — Y yo hubiera querido nacer escopeta.

Las primeras regatas

Al comodoro Candiotti.

El deporte del "yachting", que tantos aficionados cuenta hoy día, es muy moderno y tuvo su origen en los baños de mar, los cuales tampoco son nada antiguos.

Hace poco más de un siglo no había nadie que se bañase en el mar. El primero que tomó un verdadero baño de ola fué Ralph Allen, un filántropo inglés que se puso malo y se lo recetaron como remedio, aunque entonces se tomaba por una verdadera locura, meterse desnudo en pleno mar. Esto ocurrió en 1763 en Weymouth, pero pasaron cerca de treinta años más antes de que se popularizasen los baños de esta clase. Por entonces empezó a acudir gente a Cowes, y para no aburrirse y hacer ejercicio los bañistas inventaron las regatas. En 1815, se constituyó el primer club con cuarenta y dos miembros. Más tarde, en 1820, la sociedad tomó el título de Real Club de yates, y siguió adquiriendo importancia con la protección de los reyes y del entonces príncipe de Gales, y luego Eduardo VII de Inglaterra.

Dr. Pedro DE LA TORRE.

dirección de ese puesto, pero nuestro jefe nos dice que si nos dirigimos hacia allá, seguramente no volveremos.

Después de tomar un refrigerio más copioso que de costumbre, y con la autorización del general, abandonamos a éste como a las 9, llevando víveres para cuatro días y dejando la ración del general al alcance de su mano. Marchamos en línea recta sobre las dunas, y después de breve camino, Bernard confiesa que no puede ni seguir avanzando ni retroceder, porque le faltan las fuerzas. Cosa análoga me pasa a mí, pero a pesar de todo hago comprender a mi compañero que nos es imposible quedarnos en aquellas dunas, por lo que regresamos penosamente hasta el aparato, donde encontramos a nuestro jefe, que no ha tenido fuerzas ni siquiera para beber agua.

El día 4 observamos que se queja más que nunca y esperamos verle morir de un momento a otro, y el día 5 al despertarnos encontramos al general a algunos metros de distancia de su sitio habitual, con la boca llena de sangre, lo que nos hace creer que está a punto de morir. No puede pasar alimento alguno y sintiendo su muerte muy próxima, nos dice algunas palabras: "Hijos míos, se cree que yo conozco el desierto, pero nadie es capaz de conocerle y considero que soy la causa de vuestra desgracia... Diez veces he cruzado el Sahara y en él me quedaré la onceava".

Suponíamos que iba a resistir todavía uno o dos días. Como a las doce pidió agua y yo le incorporo para que Bernard le dé de beber. A las 3, me encuentro charlando con Bernard, cuando éste me dice que es muy extraño que el general no pida agua. Bernard, que se encuentra más cerca de él, le toca una pierna y se convence de que se encuentra ya muerto, sin que hubiera proferido la menor queja. Aquello es muy triste para nosotros, y nos damos cuenta de que nuestra hora no se encuentra muy distante. Estamos en un estado de debilidad extrema y basta con que queramos ponernos en pie para sufrir aturdimientos que nos obligan a acostarnos de nuevo. Sin embargo, por la noche apelamos a todas nuestras fuerzas para transportar al general al lado opuesto del aeroplano, donde le cubrimos con la tela del avión quitada de una de las alas.

Nuestro despertar el día 6 fué tristísimo ante la falta del jefe. Pensamos en enterrarle, pero todavía abrigamos alguna esperanza de que ese mismo día se acuda en nuestro socorro. Nada llega ante nuestra vista, y aquel día sufrimos más a consecuencia del calor que parece ir en aumento. Tenemos todavía agua para seis días y víveres para cuatro, por lo que decidimos acortar las raciones. Durante el día, mi compañero tiene una sed terrible, pero se abstiene de tocar su ración de agua y por la noche nuestra comida se compone de una galleta para cada uno. Por la misma debilidad que experimentamos, en la noche sentimos mucho frío y al llegar el día nos encontramos casi helados. Al ponerse el sol nos encaminamos hacia un surco abierto por una de las ruedas del avión en el momento de aterrizar y con las manos ensanchamos el agujero donde debe descansar nuestro gran jefe. Ese trabajo dura una hora, al cabo de la cual vamos en busca del cadáver del general, para transportarle a su última morada. Una vez sepultado, y temiendo que la tumba quede invisible por una tempestad de arena, colocamos sobre ella una rueda de refacción a la que fijamos un kepí. Después de haber rendido los últimos honores a nuestro jefe, nos retiramos tristemente. La tumba se halla como a diez metros del aparato...

El día 8 reunimos todos nuestros objetos personales y formamos cada uno un pequeño paquete con la dirección de nuestras familias, sin olvidarnos del dinero necesario para el franqueo. Colocamos los dos paquetes en la maleta del general y ponemos ésta en la parte más visible del aeroplano. El día 9 despertamos sin esperanza y el día 10 continuamos sin movernos, manteniéndonos inmóviles mientras que con los ojos exploramos el horizonte, pero sin que por desgracia nada venga a turbar nuestra soledad. Ya nada tenemos que comer; Bernard consume la glicerina que el general llevaba en su maleta pero yo prefiero comer la pasta dentífrica, lo que me produce una enorme alteración en el organismo. Estamos punto menos que insensibles.

El día 11, la situación no mejora en lo más mínimo y ya esperamos la muerte próxima. Llevamos dos días sin comer y una vez más reducimos nuestra ración de agua.

El día 12, Bernard se propone acabar con aquellos sufrimientos y me comunica su idea. Me esfuerzo por devolverle la moral, pero me hace comprender que si no vamos al encuentro de la muerte, nuestro fin será terrible, lo que no puedo menos que confesar. Por la noche, a las 9, escribe algunas palabras a la luz de una lámpara eléctrica de bolsillo que había pertenecido al general: "Esta noche, del 12 de marzo a las 9, no teniendo ya ni víveres, ni agua, nos damos voluntariamente la muerte, pues no comprendemos que en veintitrés días haya sido imposible encontrarnos si se hubieran practicado algunas investigaciones. Decimos adiós a este mundo".

Sin embargo, logro hacerle desistir de su idea y el 13 por la mañana todavía nos encontramos con vida. Aquel día es para nosotros más penoso que el precedente. No podemos movernos. Por la noche, la idea del suicidio vuelve a Bernard más imperiosa que nunca. Bebemos el último cuartillo de agua. Entonces, todo decidido: Bernard saca de su maleta dos hojas de máquina Gillette para afeitar, tomamos una cada uno, pero antes hemos dispuesto a nuestro alcance dos recipientes en los cuales haremos que caiga nuestra sangre a fin de bebérnosla para calmar así nuestra sed por última vez antes de morir.

Bernard, más valeroso, comienza el primero; se hace una herida bastante profunda cerca de la arteria de la muñeca derecha con la hoja de afeitar.

Yo había comenzado ya a herirme también, pero viendo que la sangre de Bernard no brota, me abstengo de imitarle.

Mi pobre compañero se encuentra sumamente encolerizado. Arroja la cuchilla lejos de sí y yo le imito. Me dice entonces: "Terminaremos mañana por la mañana, con los tres últimos cartuchos que me quedan".

El día 14, desde muy temprano, comienza a anunciarse una fuerte tempestad de arena; oigo que Bernard me dice: "Si estás dispuesto, acabaremos al medio día. Todavía abrigo alguna esperanza".

Al oir aquellas palabras, arrojo la manta sobre nosotros para cubrirnos. No dormimos, pero sí meditamos como nunca lo habíamos hecho en la vida.

Apenas ha transcurrido una hora, cuando a lo lejos oigo el balido de un [illegible].

En aquel momento no sé qué fuerza extraordinaria se apodera de mí. Arrojo muy lejos la manta que nos cubre y apoderándome bruscamente del fusil tiro al aire los tres últimos cartuchos que nos quedan.

Hemos sido escuchados y nos hallamos a salvo.

Veo a dos **méharis** que llegan al galope y me precipito hacia ellos. Logro correr como cerca de veinte metros, y me desplomo ante mi salvador, que me tiende una vasija de agua. Algunos instantes después vemos que llega al galope el teniente Pruvost, acompañado del sargento Moncassin y del brigadier Delplanque, quienes inmediatamente levantan una tienda y nos prodigan los primeros cuidados.

Nuestra emoción es tan fuerte que apenas podemos hablar con nuestros salvadores.

Durante el día, tomamos treinta y cuatro tazas de té con mucho azúcar y dos grandes platos de caldo.

La alegría nos priva del sueño y durante toda la noche charlo con Bernard, sin poder callar un solo instante. Nos comunicamos nuestros proyectos.

Al día siguiente, 5 de marzo, el teniente Pruvost nos explica que hemos sido encontrados por casualidad, pues no venía en busca nuestra; se dirigía a Agades para reaprovisionarse y creía que se nos había encontrado desde hacía diez días por lo menos. Esa versión había circulado en Tamanrasset.

El 16 por la mañana, partimos en dirección de Agades. Caminamos seis días para encontrar el primer pozo, haciendo etapas de seis a nueve horas por día. Nuestra iniciación de viaje a lomo de camello es penosísima, pues apenas tenemos fuerzas para sostenernos. Todavía caminamos otros seis días más para encontrar el segundo pozo, que lleva el nombre de Tamaya, y que se encuentra rodeado de muchos pastos. Encontramos en aquel lugar muchos rebaños de camellos, de bueyes y de carneros, que pertenecían a los touaregs del Hoggar.

Permanecimos en Tamaya doce días para cobrar fuerzas. El teniente Pruvost nos deja víveres antes de partir para Agades, a donde se dirige en busca de provisiones para su destacamento. Lleva consigo un cuarterón de arroz para cinco días de marcha, en compañía de Moncassin y del brigadier Delplanque.

Les vemos volver doce días más tarde y partimos desde luego con él para Tamanrasset, a donde conducimos los restos del general Laperrine, tras de haber hecho una marcha de quince días, llevando los restos del general en un camello.

En la mañana del día de nuestra llegada, tuvo lugar la inhumación de los restos del general en el cementerio, cerca del sepulcro del Padre de Foucault, quien encontró también la muerte en el Sahara. Permanecimos ocho días en Tamanrasset. Después de haber saludado por última vez a nuestro gran jefe, partimos hacia el Norte en camión automóvil.

PUCHITOS

Cuando se inventó el teléfono, la mayoría de los sabios se mostraron escépticos respecto a su aplicación práctica. Las dificultades opuestas al funcionamiento del maravilloso aparato fueron grandiosas, y es curioso recordar lo que dijo cierto físico ilustre de fama mundial en cuestiones de acústica. En la forma más solemne, y con aires de convencimiento, se expresó así: "el teléfono no pasará nunca de ser un interesante juguete". ¡Para que uno se fíe luego de la opinión de los sabios!

Rosenberg, que ha estudiado durante dos años el espectro de 70 estrellas de primera a tercera magnitud del hemisferio Norte, ha podido deducir los siguientes cálculos, relacionados con sus temperaturas, que concuerdan con los de Wilsing y Scheiner.

Las de temperatura más alta—asegura Rosenberg—son las estrellas de tipo de helio, y las más frías las rojas. Y cita las siguientes:

Sirio, 27.000 grados; Vega, 22.000; Algolo, 12.000; Arturo, 2.000, y Aldebarán, 2.000. Además calcula que la presión que emite la luz de Sirio es doce veces mayor que la existencia de la fotosfera solar, lo cual confirma la hipótesis de que Sirio es una simple masa de gas sin superficie ni condensación definidas.

Por el aspecto y desviación relativo de las líneas espectrales, puede formarse idea de las condiciones de presión en las atmósferas de las estrellas antes citadas.

El cambio producido en Europa por la guerra ha sido tan trascendental, que no solamente se han cambiado las nacionalidades, sino que hasta los mismos nombres geográficos están sufriendo alteraciones tan notables que no deben pasar inadvertidas para las personas que quieran estar al corriente de las cosas. Así, en lugar de Praga es lo corriente encontrar Praha; Plzen, en vez de Pilsen; Lwow, por Lemberg; Gdansk, por Danzig; Rieka, en sustitución de Fiume; Durcs, en cambio de Durazzo, y Avlona o Vlora; en vez de Valona.

Por este estilo hay otros muchos cambios, que dificultarán no poco, en lo sucesivo, el estudio de la Geografía.

El arpa más antigua que se conoce está conservada en el museo del Louvre de París. Fué hallada en una tumba egipcia y tiene por lo menos cuatro mil años de antigüedad. También se han descubierto otros instrumentos de este género de una antigüedad notable, como que se remonta nada menos que a tres mil años, provenientes de las razas celtas, entre quienes los arpistas eran tratados con gran veneración, tanto que sus propiedades estaban libres de tributos y sus personas se consideraban sagradas.

Sir Robert Hadfield, el conocido magnate inglés del acero, ha escrito un interesante folleto acerca de una de estas famosas arpas que se encuentran actualmente en el Trinity College de Dublin, y que perteneció al monarca irlandés Brian Burumba, que subió al trono el año 1.005 de la Era cristiana.

Un incidente extraordinario en la historia de este instrumento es la presentación del mismo al papa Juan XVIII, por Donagh, un hijo de Brian, con el fin de obtener por este medio la absolución por el asesinato de su hermano Toig.

Durante mucho tiempo, el arpa permaneció en el Vaticano, hasta que el papa León X se la regaló a Enrique VIII con el título de "Defensor de la fe" escrito bajo una corona de oro macizo. Por orden de Enrique, el arpa fué incluída en las armas de Irlanda y representada en las monedas de este país.

Gracias a los aparatos cada vez más perfeccionados y a una larga y penosa práctica, los buzos han logrado realizar verdaderas proezas.

Un holandés bajó a 53 metros de profundidad para buscar los tesoros encerrados en el "Dorotea", buque que naufragó en los arrecifes de Tenedas.

En 1896, cuando el naufragio del "Rkyro", en el cabo Finisterre, un buzo, Erostarbe, descendió hasta los 54 metros y salvó 225.000 francos en barras de plata.

Alejandro Lambert, otro buzo famoso, sacó 175 mil pesos en monedas de oro del transatlántico hundido "Alfonso XII".

Kydard, salvó en cuatro descensos más de un millón de valores sumergidos en el casco del "Hamilla Mitchell, perdido en aguas de Shangai. En el último descenso estuvo sumergido cuatro horas, durante las cuales envió a la superficie 64 paquetes.

El buzo que tiene actualmente el record de la profundidad es el inglés Hooper, quien bajó a más de 61 metros para salvar un cargamento de cobre que valía dos millones de pesos.

La producción total del radium en los Estados Unidos, hasta el presente, se ha calculado que es de 55 gramos. Fué en 1913 cuando se inició en dicho país la producción, obteniéndose en aquel año la cantidad de 2,1 gramos. En 1918 se obtuvieron 13,6 gramos. Se calcula que las existencias de carnotite que posee la Standark Chemical Company podrán producir unos 500 gramos de tan precioso cuerpo.

CONSECUENCIAS DEL REALISMO CINEMATOGRAFICO



—¡Pero vigilante! ¿Cómo dejó usted que me asaltaran y me robaran?
—Disculpe, señor. Creí que estaban impresionando una película.

El gobierno francés, por decreto del 25 de julio, ha prohibido la importación en aquel país de perlas finas, uvas de vendimia y orujo de uvas, mosto de vendimia, higos, pasas y dátiles destinados a la destilación o fabricación de vino; flores cortadas, mistelas o mostos de uva fresca, cuya fermentación se haya detenido por medio del alcohol; vinos de licor, incluso "vermouth"; vinos de pasas, piedras gema y talladas, bordados, relojería de pequeño volumen y piezas sueltas de relojería, armas de guerra (fusiles y carabinas), armas antiguas para colecciones, armas de todas clases para panoplias, armas de comercio, armas de cureña, cureñas, cartuchos de guerra varios y proyectiles.

El pedido de 10.000 toneladas de carbón hecho a China por los ferrocarriles del Estado danés, juntamente con el reciente anuncio de la pronta entrega de 100.000 toneladas de dicho combustible a Marsella, señala el camino de una nueva época en la historia de la industria del carbón del mundo.

Mientras en otros países ha disminuído notablemente la producción anual de carbón desde el año 1913, en China, a pesar de la guerra civil y de otras disensiones, está aquélla aumentando constantemente en términos que no solamente puede China abastecerse de todo el combustible que para ella necesita, que se eleva a un total de 20 millones de toneladas, sino que puede, además, suministrarlo a los otros países. La reducida producción inglesa ha sido causa de que otros mercados que antes estaban consagrados al exportador inglés, hayan sido ahora conquistados por el Celeste Imperio.

La historia de una esclava de Rasputín

por Olga BITINSKY

Madame Olga Bitinsky, que en una época fué famosa bailarina rusa y una de las primeras figuras del célebre Ballet Imperial Ruso, en Petrogrado, ha consentido en escribir la historia de su vida.

Madame Olga pretende ser hermana de Kerensky, el revolucionario ruso. Robada de la casa de sus padres cuando sólo tenía cinco años de edad, fué educada como acróbata para un circo y, posteriormente, como cantante y bailarina.

Durante su carrera en Rusia, llamó la atención del zar y de la zarina, y algún tiempo vivió en palacio con un grupo de bailarinas. Conoció al célebre monje Rasputín y estuvo presente en las ceremonias en que ese funesto personaje tomaba parte en la capilla particular del palacio imperial. Fué testigo del poderío y de la influencia que había logrado ese hombre, y todavía hoy, cuando habla de él, dice que no puede menos que estremecerse.

A continuación damos el primer capítulo de la historia de la vida de esa mujer.

Londres, julio 31.—Al narrar la historia de mi vida no tengo el deseo de aparecer ni romántica ni trágica. No soy escritora ni afecta tampoco a la ficción. La historia que voy a relatar está compuesta de hechos, y sólo persigo como objetivo el de que sirva de oportuno aviso a las jóvenes.

He visto a innumerables jóvenes inocentes que se pierden inducidas por hombres y por mujeres que trafican con almas.

Yo nací en Shavili, Kovno, cerca de Riga, siendo mi padre un conde ruso que dividía su tiempo entre el cultivo de sus tierras y el estudio de la política, desde el punto de vista de los socialistas. Su vida entera fué una tragedia. Por el hecho de que pensaba más en el bienestar de sus campesinos, que en su opulencia, no tardó en ser objeto de la observación del gobernador de la provincia.

Se enviaron espías de la policía a vigilarle, y como a miles de otras personas de la clase patronal, se le arrestó condenándosele a un largo período de prisión en Siberia. Cargado de cadenas se le condujo, lo mismo que a mi madre, fuera de su casa, sus propiedades fueron confiscadas y los hijos de ambos pasaron a la categoría de parias.

Uno de esos hijos era Alejandro Kerensky, que posteriormente se convirtió en el jefe de los revolucionarios en Rusia, y que hoy a su vez ha sido expatriado por los bolsheviki.

Sabía yo bien poco de mis padres, porque siendo una niña de cinco años de edad, fuí raptada y conducida a Petrogrado. Muy bien recuerdo el día en que se me arrebató de la casa de mis padres. Estábamos jugando en el camino mis hermanos Alejandro y Sim, y mis referidos hermanos se habían ocultado de mí para que los buscara, cuando una mujer se acercó en un carruaje.

La conocí como a tía mía, que era dueña de un gran circo, con el cual hacía jiras por todo el país. Era una mujer sin hijos, y siempre me había demostrado el mayor afecto.

"¡Ah, Olga!—me dijo,—he venido a verte. Quiero comprar a mi sobrinita un regalo. Ven conmigo a la tienda, para que escojas una muñeca."

Como niña que era, no abrigué la menor desconfianza. Con el corazón rebosando de alegría, subí con ella al carruaje, que partió en el acto.

No recibí ni muñeca ni regalo de ninguna especie. El drosky se dirigió rápidamente a la estación del ferrocarril, y cual si fuera un bulto me introdujo mi tía en el tren, no sin que antes observara que con ella se había reunido un hombre a quien conocía como gerente de su circo. Lloré llamando a mamá, pero mis lágrimas fueron en vano.

El tren parecía que iba siguiendo una ruta interminable, hasta que al fin llegó a una gran ciudad, brillantemente iluminada. Entonces no supe que aquella ciudad era Petrogrado.

Mi tía y el hombre que la acompañaba me pusieron en otro coche y así recorrimos millas y más millas de calle, hasta que por fin llegamos a una parte obscura de la ciudad, donde me sacaron del coche para conducirme de la mano a un sitio que tenía todo el aspecto de bodega.

Después de permanecer durante dos años con el circo de mi tía, tiempo que me sirvió para recorrer prácticamente a toda Rusia, esa mujer me mandó llamar una mañana para decirme que acababa de vender mi persona a un hombre llamado Salamansk, que entonces era el dueño del circo más grande que había en Rusia.

Aquella noticia se me comunicó como la cosa más natural del mundo, mientras que el hombre Salamansk se encontraba sentado sobre una mesa que había en el cuarto, donde mi tía y su esposo habían discutido el negocio. Salamansk era un hombre muy alto y obeso y llevaba, además, un grueso abrigo de pieles, lo que venía a darle un aspecto todavía más voluminoso.

Se me quedó viendo, me examinó las pantorrillas, me ordenó que saltara y que hiciera todo género de contorsiones delante de él, y luego, tras un gruñido de satisfacción, sacó de su bolsillo una cartera repleta de billetes.

Mi tía firmó entonces un recibo y yo quedé transformada en propiedad absoluta de Paul Salamansk, propietario de circo, quien en buenos billetes de banco había dado catorce mil rublos por mi persona, a pesar de ser yo una niña que sólo contaba siete años.

Fué durante esta época cuando comenzó a anunciárseme con el título de "La Niña Rescatada", y fué entonces cuando por primera vez estuve en contacto con Rasputín, el famoso monje que gobernaba a Rusia. Una tarde fué el jefe de la policía de Moscú en persona al circo, y después de que se marchó supimos que la zarina con sus hijos iba a asistir a la representación en la misma tarde.

Se tomaron todas las precauciones para proteger a aquellas distinguidas personalidades, y es preciso convenir con toda franqueza en que la concurrencia al circo de Salamansk durante la tarde en que lo visitó la emperatriz, se hallaba compuesta en su mayor parte de policías y de agentes y espías de la policía. Invadieron el edificio y hasta en los más obscuros rincones había alguno de ellos, preparado para atacar a quién se les hiciera sospechoso.

Pero la figura que atrajo más mi atención, no fué la de la zarina, vestida con un traje lujosísimo y cubierta de joyas muy valiosas. De pie, tras de la silla que ocupaba la emperatriz, se hallaba un monje de rostro pálido, que parecía la imagen viviente del Cristo sagrado que todos los rusos adoraban.

Alto, delgado, casi consumido, con el largo pelo negro cayéndole sobre los hombros, vestido con ropa obscura, parecía situado cerca de la zarina más bien como un fantasma que como un hombre.

Sobre el pecho llevaba una enorme cruz de plata tachonada de brillantes, y, continuamente, movía con la mano aquel sagrado emblema. Sus ojos eran casi fantásticos. Muy hundidos, negros como la noche, parecían arder como con llamas. Las pupilas tan pronto eran grandes y redondas, como angostas hasta semejarse a los de las razas amarillas, pero aquellos ojos penetrantes y fijos no podían menos que causar espanto y terror siempre.

Era imposible leer los pensamientos que abrigaba aquel hombre por la expresión pintada en su rostro. Parecía dominar completamente a todas las cosas y a todas las gentes, y, sin embargo, nada revelaba sobre su propia persona.

Presenció la representación con actitud distraída y como desinteresada, hasta que llegó el turno de una de mis más íntimas amiguitas, una muchachita egipcia llamada Nina.

Nina, a pesar de tener tan sólo catorce años, se distinguía por el desarrollo, por la gracia y por el encanto que caracterizan a una mujer de veinticuatro años de edad.

De mirada obscura, con los labios delicadamente arqueados y del color de los rubíes, gozaba de gran favor entre los jóvenes galantes que visitaban nuestro circo. Cantaba como un ruiseñor y bailaba como una ninfa.

Ella y yo nos presentamos juntas en una escena bailando tras una fuente de rayos multicolores, que parecían brotar de un círculo de plantas floridas colocadas en torno de dicha fuente.

Se suponía que la escena representaba a las ninfas de las aguas bailando a la luz de la luna, y hay que reconocer que era muy efectista.

Sirvió al menos para fascinar al monje, que durante nuestra representación se mantuvo inmóvil mirando primero fijamente a Nina y después a mí.

Poco después de terminar la representación, cuando Nina y yo nos encontrábamos en el cuarto tocador que era común para las dos, se abrió de pronto la puerta y Salamansk, el dueño del circo, sin ceremonia de ninguna especie, introdujo al monje en nuestro cuarto.

"El reverendo padre ha venido a hablar con ustedes, niñas—explicó Salamansk—retirándose en el acto, y dejándonos solas en presencia de Rasputín.

Pero, evidentemente, había sido la hermosa Nina la que despertó la pasión de aquel hombre malvado.

Aproximándose en silencio, como se acerca un gato a su presa, Rasputín llegó al lado de Nina, que se encontraba atónita y casi completamente desnuda. El monje no pareció observar mi presencia en el cuarto tocador. Levantó las manos como para bendecir y murmuró extrañas palabras, cuyo sentido no me fué posible comprender.

Nina se inclinó profundamente ante el monje en actitud de súplica. Entonces, con gran asombro mío, la estrechó entre sus brazos y la cubrió de besos.

"Un santo beso"—dijo a manera de explicación.

Aterrorizada, pude salir del cuarto, y es muy posible que al obrar de esa suerte haya causado un mal irreparable a mi amiga, pero en aquella época era yo más joven que la misma Nina, y poco me imaginé la terrible suerte que pronto iba a correr mi amiga.

Tres días más tarde desapareció Nina del circo y nunca más volví a verla. Posteriormente supe que se la había visto llegar a la casa ocupada por el monje, casa respecto de la cual circulaban muchos rumores, extraños y sombríos, de jóvenes bellas que habían desaparecido allí.

Ciertamente que Salamansk no hizo esfuerzo alguno por encontrarla, y pronto halló otra joven que la sustituyera en la representación.

TRÍPTICO GALANTE

¡Jamás!

En penumbra, a la hora de la cena,
observé los encantos que atesoras;
tenían tus ojos radiación de auroras,
y tu tez, morbideces de azucena.

Ante tu grácil majestad serena
era rápido el curso de las horas,
como si se empeñaran, las traidoras,
en hilvanar tu ausencia con mi pena.

Inclinaste la frente... Coruscante
tu cabellera se doró, radiante:
te contemplé en silencio, estremecido,

y agregué mi imposible anhelo osado,
a las horas de amor que se han soñado
y que en la vida nunca se han vivido...

Imposible

Comencé tu retrato. De la tela
emergieron tus mágicos cabellos,
en cuyos áureos, fúlgidos destellos
parece, hasta de noche, que el sol riela.

Luego, cual de heroína de novela,
el verde encanto de tus ojos bellos,
de tus ojos dulcísimos, de aquellos
cuya mirada mis ensueños vela!

Quise, por fin, con decidida y loca
ansia, copiar de tu divina boca
los tentadores labios, pero en vano:

Pensé en tus frases... recordé tus besos...
y al evocar pretéritos excesos
me tembló el pulso, y vaciló mi mano...

Momento musical

Te adoro con delirio, porque sabes
retribuir mi pasión con tu ternura:
porque bebiste hieles de amargura
como si fueran néctares süaves;

porque supiste en los momentos graves
vencer la torpe seducción impura,
y porque tu magnífica hermosura
me hace quemar, como Cortés, mis naves;

y sobre todo, mi querer mantienes
por ese misterioso "algo" que tienes,
y cuya fuerza avasallante admiro;

pues logra impresionar a mi alma joven
más que el eterno encanto de Beethoven
la delicia fugaz de tu suspiro...

Medardo Héctor Latorre

Por el mundo del misterio

Una fotografía de invisibles

La pequeña villa de Crewe, en Inglaterra, ha venido a ser, de doce años a esta parte, la Meca de los experimentadores psíquicos ingleses.

Una verdadera legión de testigos e investigadores, han acudido a Crewe y han confirmado la autenticidad de los fenómenos sin comprender ni poder explicar su producción, a pesar de las condiciones en que éstos se realizan.

Los peregrinos de Crewe, pueden llevar sus aparatos, sus placas y reveladores, y manipular por sí mismos las operaciones de las pruebas fotográficas que se realizan en un pequeño círculo de entusiastas psiquistas, de los que son figuras principales los mediums William Hope y Buxton, cuya especialidad consiste en hacer aparecer al lado de persona que se coloca delante del objetivo a los invisibles, a los fantasmas de los difuntos.

Del Círculo fotográfico de Crewe se han dado interesantes conferencias con proyecciones luminosas en el "Mortimer Hall", de Londres, que produjeron apasionadas discusiones en las que intervinieron el doctor Ellis Povelli, el famoso prestidigitador Mariott y Miss Estella Stead, la hija del célebre periodista que naufragó en el "Titanic". Ultimamente Conan Doyle ha confirmado la fama del citado centro, declarando que obtuvo en Crewe una fotografía en la que aparece a su lado una figura en la que ha reconocido dentro de la vaguedad de la prueba, a uno de sus hijos muerto en Francia durante la guerra, manifestando que las placas las compró en Manchester, que él mismo cargó los chasis, que registró la cámara minuciosamente antes de proceder a la impresión, y que nadie tocó las placas durante la operación de revelado, fijado y lavado, cuyas operaciones realizó por sus propias manos.

Un testimonio digno de crédito lo es también el del reverendo Charles L. Tweedale, hecho público en los Anales de Ciencias Psíquicas y que entre otros confirma la realidad de la fotografía de los invisibles en el Círculo de Crewe.

Por curiosidad, más que por otra cosa, dice Tweedale, hice el viaje a Crewe. El aparato y el material que llevaba, iba perfectamente controlado.

Ninguno de los mediums, señores Hope y Buxton tocaron a las seis placas tiradas desde el principio al final de las operaciones. Sobre cuatro de ellas aparecieron las figuras de mis parientes muertos bien marcadamente: las otras salieron veladas, y en la placa en que se impresionó la cabeza de mi padre, muerto hace años, y del que no poseía sino un solo retrato en el que aparece con sombrero y joven, figura sin él y viejo.

Y no se diga que yo estaba sugestionado o que la alucinación me hacía ver imágenes retrospectivas, porque cuando llevé los clisés a casa, fué mi padre reconocido por todos los que le trataron en vida.

PARACELSO.



EN LA BOCA.—ECOS DE LA REMEMORACIÓN DEL ANIVERSARIO ITALIANO



El público que formaba la manifestación popular, escuchando los discursos pronunciados en la plaza Senguel, por los señores Juan de Simone, Emilio Zucarini y doctor Alfredo L. Palacios, quienes, al final de sus peroraciones, fueron largamente aplaudidos por la numerosa concurrencia.



El doctor Alfredo L. Palacios, que fué uno de los oradores, acompañado de varios miembros del "Comité XX Settembre", institución a cuyo cargo corrió la organización de los festejos.



Parte de las sociedades italianas que formaron en la columna, a su paso por la calle Pinzón.

LOS SUCESOS EN IRLANDA



El pueblo amotinado luchando contra la policía, en Newtownards.



Automóviles blindados que usan las tropas encargadas de restaurar el orden en Belfast.



MIEMBROS DE LOS JURADOS QUE DISCERNIRAN LOS PREMIOS NACIONALES EN LA PRODUCCION LITERARIA Y CIENTÍFICA DE LOS AÑOS 1918 Y 1919


Letras, 1918.—Doctor Ramón J. Cárcano.


Doctor Juan Agustín García.


Doctor Ernesto Quesada.


Dr. Mariano de Vedia y Mitre.

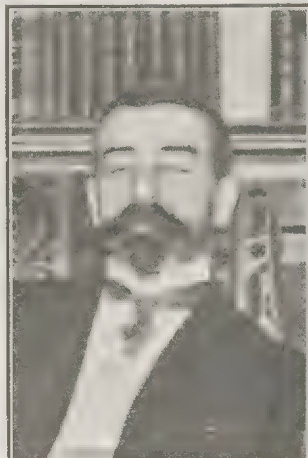

Doctor Mario Sáenz.


Letras, 1919.—Doctor Lorenzo Anadón.


Dr. Vicente C. Gallo.


Dr. Enrique Ruíz Guiñazú.


Señor Carlos Correa Luna.


Doctor Joaquín V. González.


Ciencias, 1918.—Doctor Mariano R. Candiotti.


Señor Juan Nielsen.


Doctor Luis Güemes.

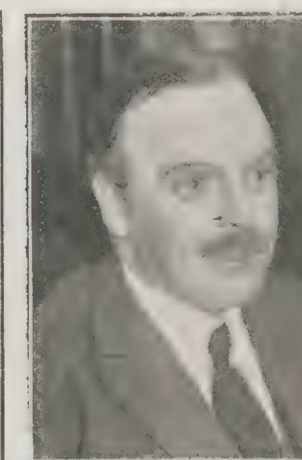

Dr. Carlos María Morales.

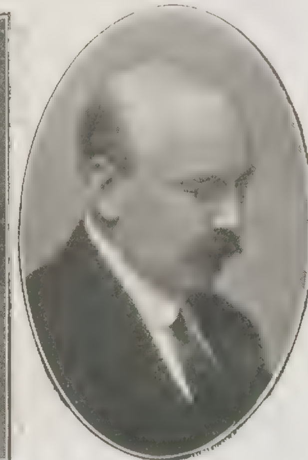

Doctor Telémaco Susini.


Ciencias, 1919. Doctor Gregorio Aráoz Alfaro.


Doctor Juan A. Domínguez.


Doctor Francisco P. Lavalle.


Doctor Hugo Cullen.


Doctor Angel Gallardo.



EL CONFLICTO ENTRE RUSIA Y POLONIA



Los primeros voluntarios desfilando por las calles de Varsovia. — El grupo de los obreros.



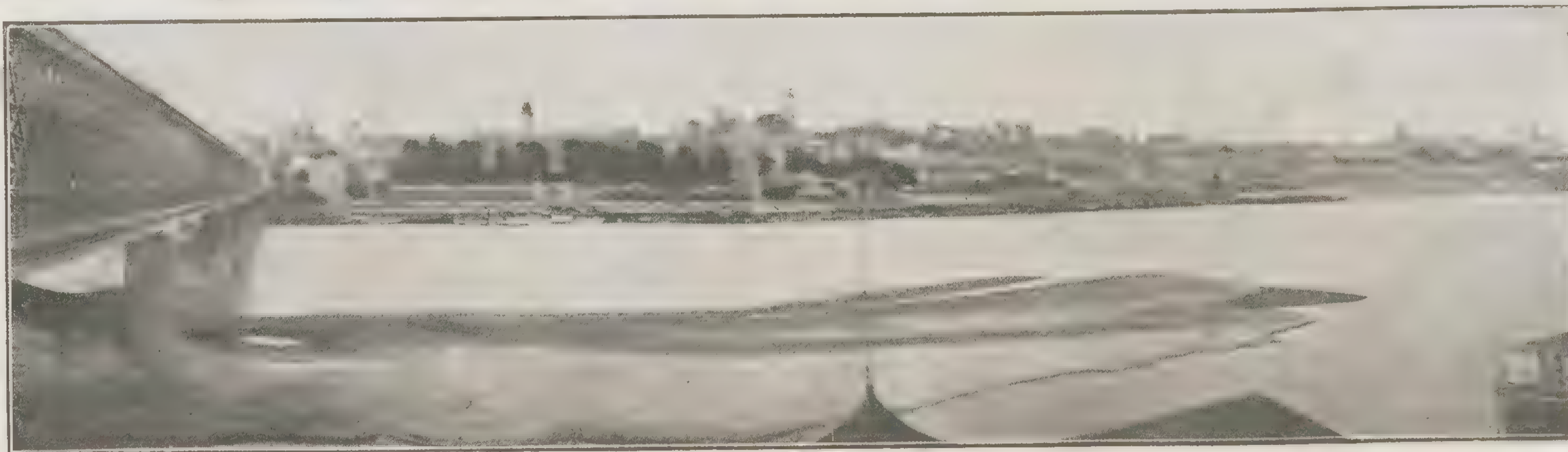
Tropas polacas que fueron desarmadas por los alemanes, en territorio germánico, a raíz del momentáneo éxito bolsheviqui.



El comandante bolsheviqui con parte de las tropas a sus órdenes. (Ojo con el Popoff de levita, que empuña un fusil).



La caballería polaca en las calles de Varsovia.



Vista general de Varsovia, tomada desde el puente sobre el Vístula.



El hombre de la victoria polaca. — El general francés Weygand, ex jefe de estado mayor del mariscal Foch, y actual consejero militar del ejército polaco.

UN PALACIO FLOTANTE



El paquete holandés "Brabantia", notable obra de la moderna arquitectura naval, que recientemente visitó nuestro puerto. Este buque y el Limburgia, del cual es gemelo, son las mayores naves de pasajeros que han llegado a Buenos Aires.

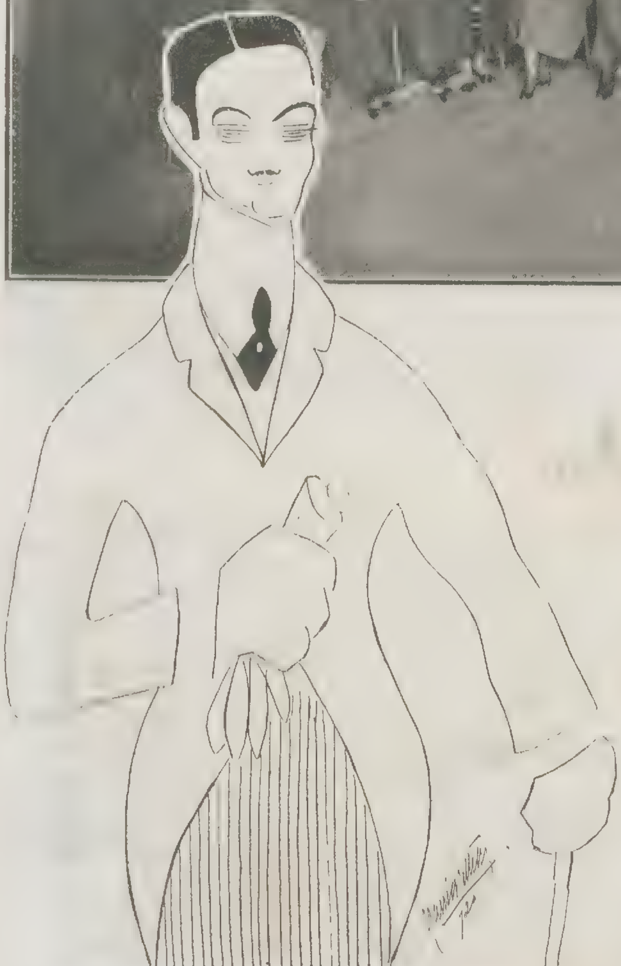
"EL DIARIO" FESTEJO EL 39°. ANIVERSARIO DE SU FUNDACION



Durante el banquete con que la dirección de nuestro colega "El Diario" obsequió a su personal y a sus antiguos colaboradores, conmemorando el trigésimonoveno aniversario de vida periodística, cumplido por el prestigioso órgano porteño.



Después del almuerzo. — El director don Manuel Láinez con el personal y colaboradores de su diario. En primera fila aparecen los señores Justo S. López de Gomara, Clemente Onelli, José María Juvenal Mendía, José Ramón Crespo, Alfredo Duhau, José Juvencio Ramón Villanueva, Rodolfo de Puga, Carlos Bosque y otros "pequeñuelos" del periodismo.



El vicedirector de "El Diario", doctor Norberto Láinez. Caricatura de García Beltrán.

En honor del nuevo gobernador del Chaco



Parte de los comensales que asistieron a la comida realizada en honor del capitán Oreste Arbó Blanco, con motivo de su reciente designación para el cargo de gobernador del territorio del Chaco.

LA FIESTA DE PASCUA ENTRE LOS SAMARITANOS

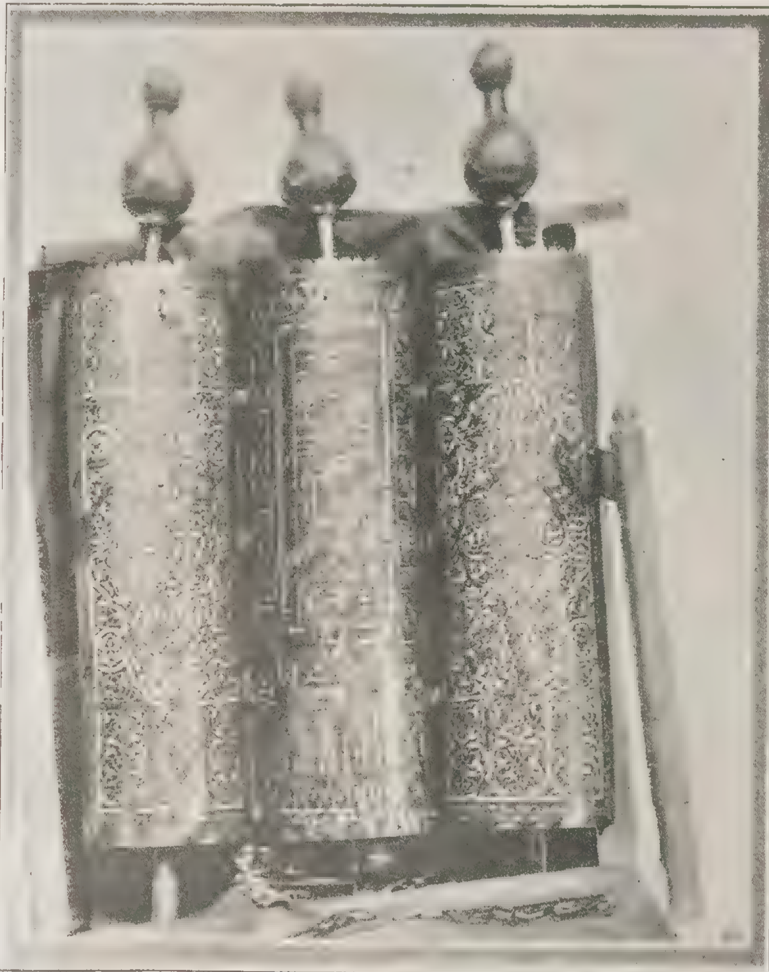
Son curiosas las costumbres religiosas de los pueblos exóticos. En Tierra Santa, los miembros de una secta antiquísima, los samaritanos, celebran la fiesta de pascua con el carácter que tenía esta fiesta en los tiempos primitivos.



El gran sacerdote presenta la reliquia al pueblo que la venera.



Yakoub (Jacobo), el gran sacerdote de los samaritanos.



La famosa reliquia conservada por los samaritanos. Contiene grabada la única parte del Antiguo Testamento que, según ellos, es revelada. Se dice que la escribió el biznieto de Aarón.



Los samaritanos son el único pueblo que celebra la fiesta de pascua con la simplicidad primitiva. Todos los miembros de la secta, comen el cordero simbólico y su carne es aproximada a los labios de los recién nacidos.



CAMPEONATO SUDAMERICANO DE BOX. — EL MATCH FIRPO-RODRIGUEZ



El boxeador argentino Luis Angel Firpo, en un intervalo de su severo training, acaricia a una yunta de cuzcos.



Firpo en una sesión de entrenamiento con Alberto Colman, campeón chileno de todos los pesos en la categoría de aficionados.



Angel Rodríguez, campeón uruguayo, acompañado de su manager, señor Luis Gandulfo.



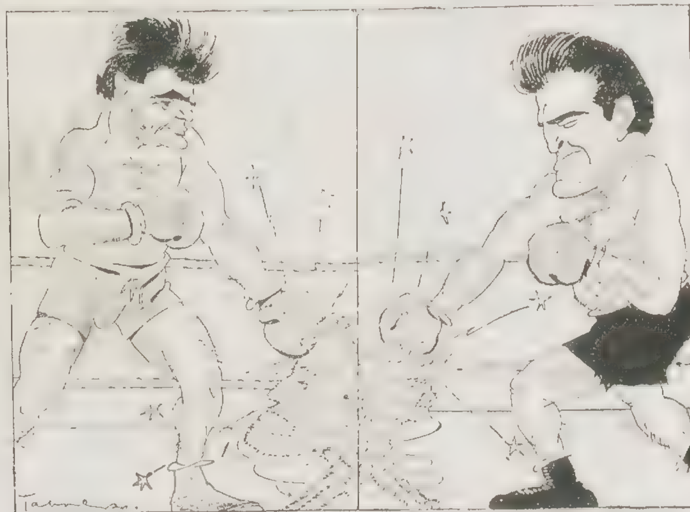
Firpo ejercitándose con el pico.



Los futuros rivales, después de firmar el convenio de lucha, se apuntan con un apretón de manos.



Durante la firma del acta donde se estipulan las condiciones del encuentro.



Cómo vemos nosotros el match. Cómo lo ven los uruguayos.

Dib. de Taborda.

Pronóstico de "Fray Mocho": ¡Firpo viejo y peludo!

"ERASE UNA VEZ..."

Cuentos, por Ernesto Morales. — Edición Virtus. 1920



Señor Ernesto Morales.

El autor de "Serenamente" y "Diafanidad", poeta emotivo y fresco, se nos presenta en este volumen como un alado prosista. Estos cuentos, tan diáfanos en su sencillez y en sus temas infantiles, nos revelan un alma buena, a quien emocionan los niños. Por eso los cantó antes, y ahora se allega a ellos deseoso de comprender sus tragedias minúsculas y terribles. Leed "El traje blanco" o "La mala mamá" o "El valiente Tinito", y sentiréis cómo se os acongoja el corazón. Leed "El tiesto de claveles" y sentiréis las lágrimas quemándoos. Morales, con singular habilidad, sabe apoderarse del alma infantil, vibra a su diapasón, y, en cuentos de niños, produce literatura para grandes, conquista bien difícil a fe! Digna de encomio es la labor de este joven poeta que, sin desmayos y asiduamente, se va superando a la par que alienta a los trabajadores intelectuales sosteniendo una revista tan noble como "Hele".

"Erase una vez"... Así comenzaba la abuelita sus maravillosos cuentos. Y en tanto la escuchaban los chiquillos, con los ojos brillantes, las bocas abiertas, mudos de asombro y admiración, la dulce viejita, con su voz cantarina, dejaba caer sobre ellos, como un montón de cariños, sus mágicas palabras, sus estupendas frases; ¡qué deleite, qué inefable encanto!...

Muchas veces eran narraciones ya contadas; pero, asimismo, la chiquillería saboreaba las frases de la abuela, quedábase suspensa de sus palabras, dichas ¡de qué modo!, ¡con un arte mágico que yo, ay de mí, quisiera reproducir ahora!

Mas todo ello ha quedado allá, entre las añoranzas infantiles, o se ha ido, ¿adónde?, con la abuelita que tanto sabía y tan bondadosa era!

La abuelita, las abuelitas todas, tienen un no sé qué de dulzura; su recuerdo trae sólo dichas; ellas son quienes abogan por el nieto pillastre y lo salvan de la azotaina; ellas las que sufren con nuestros pequeñísimos dolores y, sólo ellas, quienes nos perdonaron todas nuestras faltas.

Pero sobre ese cúmulo de saudades, subyugándonos, está la abuelita narradora de cuentos. Leía a veces, calados los anteojos, en un librote destartalado de letras de oro; otras veces, ¡qué memoria la suya, cuánto la admirábamos!, narraba. Lentamente, con la parsimonia del cuentista que sabe que domina a su auditorio, narraba... Los detalles se sucedían, minuciosamente descriptos; los diálogos se desgranaban imitando la modulación de las voces: ya la del Gigante, tan ruda que nos infundía miedo; ya la de Pulgarcito, tan sutil que nos emocionaba.

¡La abuelita!, ¿dónde habría aprendido, nos preguntábamos, tanta cosa?, ¡cuánto sabía! Y cuánto agradecimiento, cuánta ternura no le deberemos a ella que, sacándonos de la fea realidad del palote difícil, de las letras antipáticas, del maestro áspero, nos llevaba a volar, soñando, entre risas y lloros, por legendarios países, países azules de gigantes y enanos, países maravillosos de grifos y reyes, países aterradores de magos y brujas, países encantadores de castillos y princesas, países irreales del ensueño que nunca vimos, y lo que es peor aún, que nunca, ¡ay! nunca veríamos!

Recuerdo uno de esos cuentecillos que la abuela contaba con su voz dulce, dejando escapar las erres por su boca sin dientes:

"Erase una vez un muchacho aventurero que se llamaba Flavio; una mañana le pidió la bendición a sus padres, y dejando su choza, se fué a recorrer tierras con el zurrón a la espalda. Llegó a un bosque y penetró en él; como estaba cansado, subió a un árbol, hizo con ramas y hojas un lecho, y durmióse.

Pronto se le apareció un pájaro de raro plumaje, bellísimo, que comenzó a cantar admirablemente. Flavio lo escuchaba absorto... Pero al despertar, horrorizado, vió que al pie del árbol rugía una fiera. Trémulo el chiquillo, llorando, comenzó a dar voces; como se aproximaba el alba, a sus gritos acudieron unos leñadores, y la fiera huyó.

Siguió viaje, y al otro atardecer, se guareció en una cueva; durmióse. Oh maravilla!, pronto estuvo en un palacio deslumbrador; él no era ya un rústico sino que, vistiendo ropilla de caballero y ciñendo espada, casábase con la princesa hija del dueño del castillo. El señor puso en su mano un puñado de diamantes, perlas y oro... Despertó. El oro del sol le daba en el rostro; en la mano apretaba un puñado de tierra, y allá, entre las sombras, lo contemplaba con sus ojos espantados una lechuza!

Prosiguió el pobre Flavio su camino y, después de muchos sufrimientos, de incontables desengaños, de tristezas infinitas, de sinsabores rudos, hambriento y postrado, llegó a una casa rústica; golpeó en vano, nadie salió a abrirle; por último cobijóse en el granero. Allí durmió plácidamente, sin un sueño, sin que nada ni nadie lo perturbara, durmió...

Al otro día, los padres de Flavio, porque a su propia casa y sin saberlo había llegado, encontráronse con su hijo muerto de frío y de hambre entre las bestias hartas y calientes del establo."

Ah, comprendo ahora la verdad de ese cuentecillo que nos arrancaba el llanto, estrangulándonos de emoción! Flavio, el muchacho aventurero, es el artista; sale a recorrer tierras como el artista se da a la ventura; lleva a su espalda el zurrón como el artista sus sueños; y los pájaros hermosos se metamorfosean en fieras espantosas; las amadas lindas en horribles lechuzas; los diamantes en piedras; el oro en sol, único oro que conoce en su vida... En tanto él por cada tristeza da un sueño, por cada desengaño una quimera, por cada dolor un átomo de esa hermosura que lleva en el alma, su único tesoro. Y cuando la ha perdido, cuando el corazón ya no tiene qué dar, cuando mudo el espíritu ya no vibra, el pobre échase a dormir y, aunque cree estar lejos, muy lejos, en remotos países, en lugares fantásticos, está en su propia casa, al lado de los suyos que ignoran sus desdichas porque no las comprenden.

Ah, la historia de Flavio, el muchacho aventurero, es en verdad una triste historia, verdadera y no fantástica.

Y había que sentírsela a la abuelita, cuando en las noches de invierno, al amor de la lumbre, con su voz arrulladora, quedamente, comenzaba:

"Erase una vez"...

DEMOSTRACIÓN A DON RAMON CABEZAS



El personal superior de la casa Cabezas, acaba de rendir un tributo de afecto al director general de dicho establecimiento, señor Ramón Cabezas, sintetizado en un fraternal banquete que le fué ofrecido en el restaurant Sportsman, y del cual da idea nuestro grabado.

MUTUALIDAD ANTITUBERCULOSA DEL MAGISTERIO



Vista parcial del banquete realizado en el restaurant Florida y servido en honor de los delegados al Congreso organizado por la mencionada institución.

EN EL CLUB ALEMÁN



Cabecera de la mesa en la comida ofrecida al sabio alemán, doctor Feedor Krause, celebrando el éxito de sus notables conferencias científicas. Entre los concurrentes figuraba el general de división José E. Uriburu, autor del libro titulado "La batalla del Marne".



TEATROS



Juan A. C. Bono, conocido actor que ha sido contratado para actuar como una de las primeras figuras de la compañía del Nacional en la temporada de 1921.



Esther Odeven Poupee, artista de la compañía "Città di Napoli", en cuyo elenco se destaca por su sobresaliente actuación.



Carlos Nunziata, primer actor y director de la compañía "Città di Napoli", que ha debutado en el teatro Excelsior.

LA CELEBRACIÓN DEL XX DE SEPTIEMBRE EN EL INTERIOR



Banfield. — Aspecto del banquete con que la Sociedad Italiana de dicha localidad, conmemoró el quincuagésimo aniversario de la unidad italiana.





Rufino. — A la izquierda: Grupo de señoritas que actuaron en el bazar-rifa efectuado a beneficio del edificio social de la Sociedad Italiana. — A la derecha: Señoritas que tuvieron a su cargo el servicio de camareras, mientras se efectuó la citada kermesse.

Fot. Della Mattia.

NUESTRO PADRECITO EL TRIGO

por Miguel de UNAMUNO

Leyendo entre los pinos, en un rincón de la Sierra de Guadarrama, "Sachka Yegulev", novela rusa de Andreiev. Y no hace ciertamente contraste con esta calma impasible del campo el relato torturante de las aventuras de la banda de los Hermanos del Bosque; tan de naturaleza, tan pre-humano es todo lo que se refiere a ese bandidaje de la desesperación social. Entra ello más en la historia natural que en la humana, que en la historia propiamente dicha. Es como leer las luchas feroces de una especie animal.

Creemos recordar que fué otro ruso, Gorki, el que habló de los ex hombres. Pero muchos de éstos que se supone que dejaron de ser hombres, ¿no será más bien que no han llegado aún a serlo? Nietzsche predicó el sobrehombre, ¿pero es que hemos llegado al hombre? Al hombre civil, o sea al hombre histórico, queremos decir, no al mamífero vertical, no al bípedo implume.

En esta novela rusa de Andreiev nos detiene un momento el vuelo del interés dramático un pasaje. Es aquel en que Eremay trata de prender fuego a un montón de trigo, y Sachka, el jefe de la banda, quiere impedírselo, diciéndole que aquel trigo puede servir para los pobres, para los que tienen hambre. Y Eremay le contesta: "Ese trigo no es tuyo, ¡déjame!". Y el narrador agrega: "Y lanzó sobre el atamán una mirada breve y resuelta, que parecía llena de cólera, de odio secular contra las injusticias de espíritu de venganza insaciable, acumulado durante millares de años por el pueblo dolorido". Y luego, cuando el trigo ardía, crujiendo las espigas secas, el mismo Eremay, el que lo había encendido, miraba al incendio exclamando: "¡Nuestro padrecito el trigo! ¡Nuestro padrecito el trigo!" Y lo repetía sollozando.

Este pasaje noveleseo es altamente simbólico. No sólo en Rusia, sino en todo el mundo civilizado, y, naturalmente, aquí en nuestra España, seculares injusticias, renovadas día a día, han engendrado un espíritu de venganza que mueve al pueblo a quemar trigo. Y si no lo quema lo destruye de otra manera cualquiera y si no es trigo es cosa que lo valga. Destrúyese riqueza de toda clase, material y espiritual, para dañar al actual poseedor—detentador muchas veces—de ella. Y el daño es para todos. Y más tarde o más temprano los mismos que la destruyen, en germen o en sazón, tienen que exclamar sollozando: "¡Nuestro padrecito el trigo! ¡Nuestro padrecito el trigo!" Pero la obra de la venganza continúa implacable.

Hay, sin embargo, en esta misma novela otro pasaje mucho más obscuro, mucho menos significativo al parecer, pero que completa el citado. Y es cuando al recoger la policía el cadáver de Sachka Yegulev, un campesino dice: "Los propietarios mismos queman sus propiedades para cobrar las primas de seguros y luego achacan el incendio a los Hermanos del Bosque. ¡A ellos sí que habría que echarles mano!"

Los que han heredado miseria e injusticia, los que fueron engendrados en desengaño, destruyen riqueza, queman el trigo de que habría de hacerse su pan de mañana, por espíritu de venganza y de odio, pero aquellos para quien el trigo es dinero y no pan, también lo destruyen. Por agio, por negocio, se limita la producción y aun se destruye lo producido. ¿Es que no hay acaso huelgas provocadas por los patronos mismos que buscan con ello encarecer sus reservas? Disminuir lo que se pide suele ser en ocasiones un modo de encarecerlo. Y no decimos la oferta porque en esos casos no se ofrece. Hace unos días le oíamos decir a un industrial que no le importa ya gran cosa de la clientela. Y es que ahora es el comprador quien anda a la busca del vendedor, y éste se hace rogar.

Cuando oímos hablar contra los obreros que con sus continuas huelgas encarecen el salario y con el salario el valor de los productos de su trabajo y el coste de la vida, pensamos que de esto tanta o más culpa que los obreros tienen los que los ocupan, los que les procuran el salario. El industrial y el comerciante que echa la culpa al alza de los salarios, del encarecimiento de los géneros que fabrica o que vende, suele ser, en una u otra forma, el promotor de esas alzas. Al mismo tiempo que se habla de la escasez de productos, de su carestía y hasta del hambre en ciertos países, háblase también de grandes fortunas improvisadas. Y es que la riqueza económica — porque no hay otra—es algo diferencial.

¿Materialismo? El económico es mucho peor desde el punto de vista moral que el que podríamos llamar fisiológico. Porque el filosófico no es tal materialismo. Al de Carlos Marx, a lo que suele llamarse la concepción materialista de la historia, sería mejor llamarle economismo. Y el economismo es la catástrofe de la historia, pues que conduce a pegar fuego a las parvas de nuestro padrecito el trigo. Unas veces por odio, por vengatividad, por desesperación de las víctimas de la injusticia; pero otras veces por cobrar las primas de los seguros. Y esto de las primas de los seguros es algo de juego.

La humanidad está jugando a una ruleta trágica. Y juega con trigo.



Los animales y la lluvia

Al Dr. Vaca Narvaja, en Córdoba.

Los leones, los tigres y todos los animales de la especie de los gatos, temen la lluvia, según dice el encargado de un jardín zoológico. Los días lluviosos lo pasan dando paseos por la jaula, nerviosamente, gruñendo y temblando. En estos casos se les da una ración extraordinaria de leche caliente que los hace dormir.

En cambio, a los lobos les gustan los días grises y lluviosos. A pesar de lo traidores que son estos animales, los mozos de las casas de fieras no los temen los días de lluvia, porque se ponen tan contentos que no son capaces de hacer daño a una mosca.

A las serpientes les gusta también la lluvia. En cuanto el barómetro baja empiezan a erguirse, y con la humedad las agrada el calor de sus cajas de cristal.

Los monos se ponen de mal humor. En cuanto ven que llueve se cruzan las manos sobre la cabeza y pasan horas y horas sentados en un rincón, en actitud de taparse con lo que debió ser el paraguas que usaban los hombres primitivos.

Diputado GATICA.

El nuevo Robinson

por A. T'SERSTEVENES

En 1912, Celestino Cabus, capitán retirado y viajero incansable, tuvo la alegría más grande de su vida.

La noche del 5 de octubre, naufragó el vapor en que viajaba por el Océano Pacífico. Sólo él logró salvarse. Al cabo de seis heroicas horas de natación, durante las cuales pudo recordar todas las aventuras parecidas que había leído apasionadamente, llegó a las costas de una isla desierta.

Tuvo que esperar que llegase el día para cerciorarse de que, en efecto, había tenido la rara fortuna de llegar a una isla y que en ella no se veían rastros de habitaciones, de cenizas de un fuego reciente, pista alguna que condujese a lugar deshabitado. Estaba, pues, sin género de duda, en una isla desierta, ni más ni menos que los héroes cuyos fastos tanto había admirado. Crusoe el Robinson suizo, los aeronautas de Julio Verne, etc. Empezó por darle el nombre de Isla Cabus, y con su camisa de franela hizo una bandera que plantó en una altura junto al sitio donde había tomado tierra.

Siguiendo la costumbre de todos los náufragos que se encuentran en tales circunstancias, procedió inmediatamente a hacer un inventario de los objetos que llevaba encima: la petaca y la pipa, un cortaplumas de seis hojas, un carnet de notas con su correspondiente lapicero, lleno de cheques ya inútiles para siempre, una guía de los ferrocarriles de Francia, un revólver de seis tiros y el reloj oxidado por el agua del mar. Era más de lo que necesitaba un Robinson de su temple.

Sometió estos objetos a una rigurosa limpieza y después se fué a explorar su territorio y ver los recursos que ofrecía.

Era una isla desierta muy habitable. Había agua en abundancia, pues infinidad de arroyos la cruzaban por todas partes. Estaba cubierta de árboles llenos de frutas silvestres, de palmeras, de plátanos y de una especie desconocida, cuyo fruto, aun siendo más grande que el higo, tenía su mismo sabor. Las malezas parecían ricas en caza y la mar en peces y mariscos. La isla tenía una extensión de cuatro o cinco kilómetros cuadrados y al norte se hallaba cerrada por un inmenso acantilado abrupto, que lo menos tendría unos quinientos metros de elevación, y que por cada extremo caía recto sobre el mar.

Durante aquel paseo no encontró el capitán fiera alguna; pero él no obstante las esperaba revólver en mano. Se convenció de que ningún ser humano, negro o blanco, había puesto allí la planta del pie. Sintió no encontrar ningún negro al que hubiese puesto el nombre de Salvado; pero en cambio encontró un loro, y aquella misma noche empezó a enseñarle la Marsellesa.

Se alimentó de frutas y almejas crudas. E inmediatamente, como los hombres primitivos, se ocupó en poseer el fuego. No tuvo necesidad de frotar trozos de madera; hizo un montón de leña y hojas secas, quitó la bala a un cartucho, disparó y se encendieron las hojas. Encerró el fuego en un círculo de piedra, y procuró mantenerlo siempre para ahorrar los cartuchos.

La noche le cogió pescando en el mar con un anzuelo que se había fabricado con su alfiler de corbata.

Al cabo de ocho días ya estaba instalado. Despreciando su indumentaria de europeo, que a pesar del largo baño aun podía utilizarse, se confeccionó un traje de Robinson con hojas de palmera y plumas de aves. Su cabaña de bambús se apoyaba en unas rocas. Se construyó un arco con los nervios de un animal y flechas con puntas de silex. De silex eran también el hacha y la lanza.

Cada mañana anotaba en el carnet la fecha del día y los acontecimientos de la víspera. Titulaba este diario "El Robinson de Issoudun". Hablaba en él especialmente de la caza y de la pesca, que era lo que ocupaba la mayor parte de su vida.

Y como no tenía la Biblia, leía la Guía de los ferrocarriles y le hacía aprender sus capítulos al loro.

El inteligente animal no tardó en recitarle todas las estaciones desde París a Brest. Hasta él mismo intentó estudiar todos los enlaces y combinaciones de los trenes; pero tuvo que desistir, pues no llegó a entenderlos nunca.

Por la tarde fumaba en pipa a la puerta de su cabaña y cuando hubo concluído la provisión de tabaco se deleitó con las hojas de eucaliptus. Se construyó un ajedrez y jugaba solo: A contra B, largas partidas que perdía siempre.

Al anochecer, soñaba en silencio. No se oía más que el ruido de las olas y la voz del loro que cantaba la Marsellesa al ponerse el sol.

Cuando llegó la estación de las lluvias se entretuvo en tallar en un hueco de antílope una torre Eiffel con dos ascensores minúsculos que subían y bajaban por medio de un hilito. En aquella época vió dos o tres veces pasar un barco; pero no hizo señal al-

La fresa y el mal humor

A Pepito Cabrini, radical de la 16.

Ahora resulta que la fresa, la gustosísima y delicada fresa que en esta época del año invade nuestras mesas a la hora del postre, tiene la culpa de una poroión de calamidades que abruman a la humanidad.

Parece increíble, pero acaban de decirlo los hombres de ciencia, que en estos tiempos que corremos parecen dedicarse a aguarnos todos los gustos. Lo primero que hace la fresa, según esos señores, es producir mal humor en quien la come; y añaden que en este punto el bello sexo es mucho más susceptible que el feo.

Aseguran que si una mujer comiese de una vez medio kilo de fresa, se pondría luego de tan mal humor que difícilmente encontraría quien quisiese estar a su lado. También esto cuesta trabajo creerlo, pero cuando los sabios lo dicen será. Tales ataques de mal humor femenino constituyen realmente una enfermedad, la enfermedad de las fresas, cuyos primeros síntomas son una irritabilidad excesiva y un gran deseo de estar a solas.

Los causantes de tamaña calamidad son los ácidos que contiene la tan simpática fresa, ácidos que son nada mesos que tres: el fosfórico, el sulfúrico y el salicílico. El último de ellos es el principal causante del mal humor.

Se ha observado que los efectos perniciosos de la fresa están en razón directa de su tamaño; las fresas más grandes son las más perjudiciales, mientras las más pequeñas apenas surten efecto. Y lo peor es que, además del mal humor, resulta que las fresas grandes dan dolor de cabeza.

Lo dicho: hay que dejar de comer fresa... por lo menos mientras esté cara.

Antonio F. PIÑERO.

guna por miedo a que fuesen a buscarle.

No dejó por eso las excursiones y estudió hasta en sus menores detalles el acantilado a fin de escalarlo por la primavera. Llegó a construirse una escala con lianas y fibras trenzadas. Y en uno de esos paseos hizo un sensacional descubrimiento. El 17 de enero de 1913 escribió en su diario:

"Hay en la isla un explorador inglés. Esta mañana he encontrado un pedazo del "Times" con la fecha de junio de 1912, y un botón de pantalón, de cobre, en el cual se lee: Manchester".

Aquel explorador constituyó desde entonces su idea fija. No pensó siquiera que pudiera haberse ido por el mar. Rebuscó por todos los rincones de la isla para ver si encontraba su esqueleto. Aun descubrió un zapato y una horquilla de mujer.

Esto le hizo suponer que el explorador tenía una compañera. No volviendo a encontrar nada más, pensó que el inglés debía de haberse instalado en la montaña y decidió intentar la ascensión en abril.

El 4 de marzo, sin tener paciencia para esperar a la fecha que se había señalado empezó la excursión.

Corrió mil veces peligro de hacerse añicos la cabeza; pero con ayuda de la escala, del hacha y sobre todo, con su valor, logró llegar a lo alto del acantilado cuando empezaba a anochecer. Desde allí pudo ver su cabaña, la bandera que había hecho y el lugar donde abordó la isla.

Echó a andar por un terreno rocoso sumamente difícil. Al cabo de una hora no pudo contener un grito de alegría: había visto la cabaña del explorador.

Un niño, que jugaba a su puerta, se precipitó corriendo al interior, gritando en inglés:

—¡Papá! ¡Ven corriendo! ¡Un salvaje!

En seguida salió un mocetón fuerte y muy moreno. El capitán corrió hacia él con los brazos abiertos, exclamando en la lengua de Byron:

—¡Oh! ¡querido explorador, qué felicidad encontrarle!

El explorador le dió un apretón de manos, capaz de deshacérsela, y contestó riendo a carcajadas:

—Me parece honorable "gentleman", que habéis bebido demasiado whisky. Yo no soy ningún explorador, sino el guarda del hipódromo de "Hope-City".

—¿Hope-City?—preguntó el robinson.—¿Y qué es eso?

—Es la estación balnearia que hay allí—dijo el mocetón señalando el norte de la isla desierta.—Si quiere usted seguirme, honorable gentleman, verá usted desde el mirador, el Casino, el juego de golf y el hipódromo...

El tabaco sin nicotina

A mi colega Pitamiglio.

Los perniciosos efectos del tabaco se deben principalmente a la nicotina. Para atenuar el mal y satisfacer a los fumadores, se expenden en algunos países cigarros "desnicotinizados", es decir, libres de su exceso de nicotina. En Suiza se encuentran de varias clases y también en Francia.

Por regla general, el tabaco "desnicotinizado", es, sencillamente, tabaco que se tiene un rato en agua y se seca después cuidadosamente.

Pero un tabaco muy lavado, al perder sus propiedades tóxicas, pierde también la mayor parte de su aroma, y esto no resulta agradable para el fumador. Había que buscar otro procedimiento, y parece que se ha encontrado el medio de "desnicotinizar" fácilmente, no la hoja, sino el humo, con ayuda de dos ácidos: el tánico y el gálico, los cuales transforman la nicotina en tanato y galato de nicotina bajo la forma de polvo blanco insoluble en el agua.

Para evitar el peligro que ofrecen los vapores tóxicos del humo no hay más que emplear boquillas que tengan una cavidad bastante ancha y profunda donde pueda meterse una especie de cartucho de naturaleza porosa como la celulosa, el fieltro, etc., impregnado, por simple maceración y desecación, en una disolución de tanino o de una materia tanífera. El cartucho debe poderse cambiar con facilidad después de usado.

En estas condiciones el humo húmedo y cargado de vapores de nicotina desprendidos por la combustión del tabaco, atraviesa el filtro en toda su longitud y al pasar por la substancia tanífera, la nicotina entra en reacción química con el tanino y se inmoviliza en el filtro en estado de tanino de nicotina sólida, dejando escapar un humo libre del perjudicial alcaloide.

Los cartuchos se pueden hacer más o menos apretados, de modo que pase un poco de nicotina para que el fumador no note un gusto diferente y para acentuar ligeramente el aroma del tabaco.

Dr. PITARETTI.

Privilegios raros de reyes

El único que puede poner a sus criados librea encarnada en Inglaterra, es el rey.

En Abisinia, sólo las personas de sangre real pueden llevar un pendiente en la oreja izquierda.

El chá es el único que en Persia puede guiar caballos blancos con la cola teñida de rojo.

Ciertos habanos de excelente calidad, que llevan un anillo verde y oro, no podían fumarlos en Alemania, nadie más que el emperador.

El rey de Siam tiene el privilegio de escoger, sin pagar nada, una vez al año, el mejor ejemplar de zafiro obtenido en las minas del país.

En Madagascar, donde el volar cometas es una diversión nacional, estaba prohibido antes, que nadie dejase subir su cometa más alta que las de la familia real.

El mejor té de la China, crece en una plantación inmensa junto a las fronteras del Tonkín, conocida con el nombre de las Siete Montañas de Té. Bajo pena de muerte, ningún chino podía beber este té, como no fuera un miembro de la familia real.

Contra el humo en las ciudades

Para disminuir el humo de las fábricas, debe dejarse un espacio de tres metros, por lo menos, entre el hogar donde se quema el combustible y la superficie de la caldera.

Cuando la habitación donde están las máquinas es bastante alta, cuesta poco trabajo levantar la caldera a dos o tres metros por encima del hogar. Si no es posible hacer esto, puede apelarse a otro recurso, que consiste en colocar el fuego cerca del extremo anterior de la caldera.

También puede disminuirse el humo, quemando siempre carbón del mismo tamaño. Si se queman juntos carbón menudo y carbón grueso, uno y otro arden de un modo desigual y no hay manera de impedir el humo.

Para acabar con las molestias del humo, en Norte América se adoptan cada día nuevas medidas, y entre otras, una muy curiosa: en vez de multar al propietario del edificio cuyas chimeneas dan demasiado humo, se le indica la mejor manera de evitarlo, y se le da un plazo prudencial para que haga las obras necesarias. Si al acabar aquel plazo sigue la chimenea ahumando toda la vecindad, y se descubre que el propietario no ha hecho reforma ninguna, se le impone la pena correspondiente a su desidia.

Colaboración espontánea

Constancia

Pregúntale a las flores que admiras en el parque
si siempre tu recuerdo se encuentra fijo en mí,
pregúntales si pienso jamás dejar de amarte,
y todas, todas ellas responderán: ¡que sí!

Pregúntale a las ondas que forma el lago bello
que surca el botecito remado con primor,
si desque me olvidaste encuentro yo consuelo
y las plateadas aguas responderán: ¡que no!

Pregúntales, bien mío, si triste y abatida
llorando mis pesares me han visto siempre allí,
y, al elevar al cielo ferviente una plegaria
tu nombre iba con ella, y te dirán: ¡que sí!

Pregúntale a la brisa que rumorosa pasa
llevando de las flores perfume embriagador;
si siempre yo te quiero, si siempre te idolatro:
¡que acaso el eco amante te lleve de mi voz!

Pregúntale a Dios mismo, si quieres convencerte
de la pasión sagrada que siento yo por ti,
pregúntale, bien mío, si anhelo yo la muerte;
y, el mismo Omnipotente, responderá: ¡que sí!

María B. de RODRIGUEZ.

La olvidada canción

A J. Lucio Fassio.

El cantar de las brisas forma un coro
ensoñador de notas como un rito...
El sol baña a la tarde con su oro,
en el grave jardín de lo infinito.

En los confines del vergel hay una
mística suavidad de un vano sueño,
donde agostó su corazón alguna
romántica princesa del ensueño.

Pudiéronle augurar todas las flores
bajo el dolor de todos sus dolores,
una sensualidad nunca sentida...

Pero faltó cantarle a su tristeza
esa romanza envuelta en la belleza
que perfuma el misterio de la vida.

Pedro A. MARCHINI.

Petición

Deparadme, Señor, en esta primavera
una blanca casita con una enredadera;
minúsculo jardín con blancas clavelinas
y un balcón donde aniden las negras golondrinas.

Deparadme una novia de doradas guedejas,
de mirada muy dulce, de almita virginal
y yo habré de ofrendarle las rosas más bermejas,
más frescas y fragantes del florido rosal.

Señor, haced que cesen muy pronto aquestos fríos
y que vistan los campos floridos atavíos;
no más días brumosos de "saudade" y de esplín.

Que no torne, Señor, la gentil primavera
sin tener yo una novia de rubia cabellera
a quien brindar los lirios más blancos del jardín.

Octavio BERMÚDEZ COBIÁN.

Noctámbulas

Ríe...

¿Si te quiero?... no preguntes... no lo ignoras,
tú lo sabes: muchas veces te he enseñado
muchas cosas que dejaron demostrado
que es verídico y muy cierto que te quiero...
¿Por qué lloras?...
Cuando se ama, no se llora... son las horas
muy contadas
para echarlas a perder por una pena...
Ríe... que a la vida se le ríe... Ríe primero,
pues la vida es un engaño fabuloso...
y es muy hermoso, al vivirla,
definirla
con sonoras carcajadas...

Senda

Ríe amada, y no hablemos de esas cosas,
que envenenan si se piensan... y es muy justo
apartarse del sendero más adusto
cuando está contaminado por abrojos...
Busca rosas,
en el otro, cual tus labios; deliciosas
margaritas,



—Es algo extraordinario. Le pedí que limpiara la máquina
—¿Y qué?
—La dejó lista en dos minutos — y ahora necesita dos horas y media para limpiarse las uñas.

que te envidien cuando pases por su lado;
pensamientos, que respeten con agrado
ese beso pasional de labios rojos,...
de tus ojos, las miradas,
inspiradas,
como glosas favoritas...

Sí, por que eres...

Tú eres joven, como hermosa... y Natura
te legó por excelencia, una divisa...
es la gaya concepción de la sonrisa
que en tu boca (cual un pétalo de rosa)
con ternura,
y en el rasgo primordial de su estructura
dibujada,
es un algo, que sería vano empeño
en buscarle parecido, sin ensueño;
de elevarte a lo ancestral, cual una diosa
bajo el palio tan sublime de la aurora,
a la hora en que precisa,
en tu risa
no hay locura... bella amada...

Jesús CALVIÑO DE CASTRO.

El amanecer

El espacio se cubría con el tinte delicado
de la aurora. Los jilgueros prodigaban su cantar;
y las aguas transparentes del arroyo adormilado,
reflejaban las siluetas de las aves al pasar.

El balido de la hacienda, resonaba entremezclado
con las notas lastimeras de las crías, que al tratar
de reunirse con las madres, esquivaban el bañado;
e invadían la amplia alfombra del mullido trebolar.

Se avivaba la rojiza llamarada en los fogones,
los "mensuales" embridaban los inquietos redomones,
y la brisa remojaba suavemente el pastizal.

Mientras que los lindos labios de una criolla soñadora
se entreabrían, modulando la tonada evocadora
de un estilo, en que vibraba toda su alma nacional.

S. G. PERALTA.

¿Y somos hermanos?...

El mendigo imploró al opulento
paseante que a su lado discurría,
y el ruego lo expresó con tal acento
que más que ruego un llanto parecía.

Invocando a Dios aquel hambriento,
creyó que al corazón ablandaría
del soberbio paseante, y sólo el viento
escuchó su plegaria en agonía.

El mendigo sintió en su pecho el recio
y amargo salivazo del desprecio
del hombre desalmado, sin conciencia.

Y la piedad gimió avergonzada
de verse impunemente maculada
en su dulce y beatífica inocencia.

Diego DOSIL SÁNCHEZ.

La tarde en la pampa...

Para FRAY MOCHO.

Hay una paz aldeana en toda la pradera
bajo la luz rojiza del sol ya mortecino,
sólo rompe el silencio la voz del campesino
azuzando a sus bueyes en la amplia carretera.

Luce el campo una verde gala de primavera
donde triscan las vacas y retoza el equino,
meciéndose el viandante que va por el camino
en una majestuosa tranquilidad austera...

¡Es un paisaje espléndido el que se ve, de lejos,
cayendo en la llanura los últimos reflejos
del sol que se desliza como hundido en el mar...

y en esa media-tinta la tropa de carretas
acrece la armonía que nos mueve secretas
ansias inconfundibles de soñar y soñar!...

Félix ARGOTA SALINAS.

Canción de primavera

¡Toda vestida de sol
vuelve, al fin, la Primavera,
derramando en la pradera
el encanto de sus flores:
las aves, cantan alegres,
y en los árboles floridos
forman los cálidos nidos
de sus ingenuos amores!

¡Vuelve, al fin, la Primavera,
y se llenan los rosales
que trepan los ventanales,
de tiernas rosas garridas
y como bocas bermejas
en los mágicos vergeles
abren los bellos claveles
sus corolas encendidas!

¡Vuelve, al fin, la Primavera,
con sus días, gratos, risueños,
trayendo dichas y ensueños
y alegrando el corazón,
reavivando a la Natura,
y en el alma del poeta
despertando la secreta
virtud de la inspiración!

¡Vuelve!... ¡Y yo la bendigo
con sus rosadas auroras,
con sus tardes soñadoras
y con sus flores hermosas;
con sus brisas perfumadas,
con sus pájaros cantores,
con su sol, de áureos fulgores,
y sus noches luminosas!

Domingo F. ARIETTI.

De un huerto esquivo

Mi cántaro

En un rincón de mi estancia tengo un cántaro.

Abandonado, sólo en el rincón, ya para nada sirve. Una mano con ímpetu le abrió una brecha. Golpes sucesivos le abrieron más.

Crece el musgo a su alrededor y una pátina de antigüedad lo cubre.

Era sonoro como una copa de cristal; era transparente...

Guardó en un tiempo una agua límpida y serena. Con ella refrescó los labios que se acercaron a sus bordes y apagó alguna sed que se dijera inextinguible.

Guardó mieles también. Era entonces, como un nectario desbordante de dulzores.

Hubo horas en que sirvió de búcaro a los nardos y a las rosas, que en él vivieron lujuriantes de aromas, de color, de belleza.

Casi era la vasija un sagrado regalo y hubo quien ante ella se prosternara, creyéndola el presente de algún dios mitológico. ¡Tanto calmó el ardor de sus labios y disipó su sed creída inextinguible!

¡Cántaro roto que nadie mira, que duerme en el rincón de mi estancia, olvidado y sólo, viejo e inútil, tentación de las alimañas que en él pretenden anidar!

¡Cántaro roto!...

Cuando quiero mirarte no te busco.

Bajo mis párpados. Cierro mis ojos.

¡Estás en mí!

Antonio TALAVERA.

El beso de la esfinge

por Camilo CRUZ SANTOS

—...Reparad, señor de Salcedo, en que esos rusos no llegan nunca. ¡De buena gana pondría yo alas en los pies de los regimientos del czar!—repuso Alicia, sacudiendo los rizos castaños que le caían sobre la nuca.

—Los rusos son tardos en movilizarse, pero son recios en el combate. Napoleón decía...

—Iba a interrumpiros, continuad.

—Sí; Bonaparte decía: "al soldado ruso hay que matarlo y... empujarlo después para que se caiga!"

—¡Oh! no lo dudo; pero me angustia tanto pensar que los prusianos pueden sitiar y destruir a París... París no es sólo de los franceses; París es también algo de todo el mundo; algo nuestro; todos tenemos un derechito allí...

—Es verdad, hermosa niña,—dijo en extremo complacido el diplomático.

Hubo un breve silencio.

—Si no me equivoco, habéis estado en Rusia—insinuó doña Clemencia, la señora de la casa, que seguía con atención el diálogo entre su hija y don Eugenio de Salcedo.

—Estuve dos años en San Petersburgo, como secretario de la embajada. Dos años que no olvidaré nunca.

—Don Eugenio—exclamó Alicia con vivacidad,—contadnos algo de ese país tan frío y lejano, de ese imperio en donde las mujeres tienen nombres tan lindos: Olga, Vera, Irma, Fedora... ¡Qué dicha llamarse así

—Las rusas son más bellas que sus nombres; os lo aseguro.

En los ojos garzos de Alicia encendióse una inquieta alegría.

—¿Tan bellas son?

—Su belleza no tiene rival en el mundo. Cuando en el Bosque de Bolonia hay una mujer que arrastra todas las miradas, con seguridad que es una rusa, o que ha nacido en Nápoles.

Unas son esbeltas, ágiles, tienen cutis de nácar, cabellos de oro pálido y ojos de esmeralda. Otras tienen profusas cabelleras de ébano, el color mate y ojos como los vuestros...

Alicia hizo un mohín adorable, e inclinando un poco el fino busto sobre la mesa, insinuó una súplica.

—Referidnos alguna de vuestras aventuras en aquel país de las estepas misteriosas, en donde, según decís, son tan bravos los hombres y tan bellas las mujeres. Alguna aventura...

—Tienes diez y ocho años, y eres más curiosa que una colegiala—interrumpióla doña Clemencia, en tono de amable reproche.

—Tienes razón, mamá; pero, ¿qué quieres?—replicó Alicia sonriendo—estoy casi cierta de que nuestro amigo ha tenido en Rusia la más original de sus aventuras galantes... ¿No es así señor diplomático?

Don Eugenio retorció el sedoso bigote negro y subrayó la respuesta con una sonrisa equívoca de hombre de mundo:

—Y si yo os dijera que no fué en San Petersburgo, ni en Viena, ni en París, en donde tuve el lance más original de mi vida?

—¿Acaso en Tokio, o en Bombay?

—No acertáis aún.

—Os ruego que lo digáis, porque me muero de curiosidad.

—¡Pues bien: aquí!

—¿Aquí?—protestó Alicia, entre sorprendida y contrariada, como si temiera ser objeto de una burla.

—Sí, encantadora Alicia: aquí en nuestra pequeña capital, en este "sanatorio de almas"...

* * *

Era la hora de la sobremesa. La doncella—una ficha de dominó, con su delantal blanco sobre el trajecito negro—puso el servicio de electro plata y las tacitas de porcelana de Sajonia en que humeaba el café. Sobre el níveo mantel esfumábanse, como los fondos claros de una acuarela, los reflejos del búcaro azul colmado de crisantemos.

El diplomático encendió un cigarrillo turco, cruzó después una mirada con doña Clemencia, y, alentado por ella y por el ambiente propicio de aquella discreta intimidad, comenzó a referir la peripecia más original de su vida de salón.

—Hace unos catorce años derrochaba magníficamente mi juventud y la herencia de mi padre. Era fanfarrón y fatuo y hacía el amor a todas las mujeres; tenía vocación para la vagabundería y pensaba dedicarme a la diplomacia...

—Os calumniáis atrozmente, señor de Salcedo.

—Dejad, señora, que a mi manera, me haga justicia retrospectiva.

Alicia envolvió en una mirada escudriñadora a aquel hombre tan elegante y viril, que cuidaba con igual esmero de sus corbatas y de sus palabras, y le hallaba profundamente simpático. Pero lo que más la atraía era su manera de decir, el timbre de su voz, suave y firme, que parecía que acariciaba y ennoblecía las ideas.

Entre mis amigas de sociedad—continuó don Eugenio de Salcedo—había dos que me atraían de diverso, pero irresistible modo. Pasaban meses y no sabía por cuál de ellas decidirme. (No os contrariará que las llame por otro nombre, pues ambas viven todavía). Gladys me atraía por su belleza clásica, de líneas puras. Era una muchacha de un escepticismo jovial, aficionada a la ironía; suspicaz e impenetrable.

La que he llamado Inés, era fina, espiritual, apasionada, con grandes ojos negros... Y yo me pasaba horas y horas cavilando, sin acertar a decidirme.

Ninguna de las dos sospechaba mi interés por la otra, pues era diestro en guardar apariencias y no tenía necesidad de fingir, porque estaba de veras enamorado de las dos muchachas. Es decir, tan enamorado como puede estarlo un mozo calavera a los veintitrés años.

—Parece inverosímil—dijo Alicia con ingenuo asombro;—¿cómo es posible amar así, con igual pasión, a dos mujeres tan distintas? Yo al menos, no podría...

—Las mujeres—intervino doña Clemencia—somos menos complicadas que los hombres, y cuando amamos de verdad, que es casi siempre, nos parece que nuestra alma y nuestro corazón y nuestra vida toda, son poco para ofrendarlos al objeto amado. Una es así... los hombres... son los hombres, hija mía.

La viuda suavizó sus palabras con un gesto dulce de amargura resignada.

Las miradas de Alicia, en divorcio de su pensamiento, revoloteaban, ora sobre la gardenia del smoking, ora sobre el camafeo de la sortija antigua que don Eugenio llevaba en la mano en que sostenía la boquilla de ámbar.

El diplomático reanudó:

—Os aseguro con toda la franqueza de que soy capaz, (y bien sabéis que siempre tengo la sinceridad del momento), que a la sazón amaba, o creía amar, tanto a Gladys como a Inés, y que esa alternativa me tenía perplejo.

Fiel a mi consigna, una noche de baile cortejé disimuladamente a mis dos amigas y bailé con ambas, sin que ninguna tuviera motivo para sospechar mis infidelidades con la otra.

Conocéis esa... ¿cómo diré?... esa tolerancia tácita que se establece en algunos salones de baile después de la una de la madrugada? La rígida etiqueta se humaniza un poco y, a veces, los novios se atreven a ciertas cosas...

De regreso del comedor, en donde tomamos una copa de champaña, Gladis, Inés y yo, a quienes la casualidad había reunido, nos refugiamos en un gabinete contiguo a uno de los salones, y en un delicioso "tête" a "tête" empezamos a hacer los inevitables comentarios, a desollar al prójimo... Una franca alegría de vivir dábanos agilidad espiritual y las frases eran chispazos. La orquesta preludió un vals. Nos pusimos de pie, y apenas habíamos dado dos o tres pasos, cuando se apagó la luz eléctrica. Quedar a obscuras y abalanzarse sobre mí y besarme una de las dos compañeras, todo fué uno.

—¡Un beso!—dijo vivamente Alicia.

—Sí; fué un beso silencioso y rápido, casi un mordisco sensual.

Permanecí algunos segundos como alelado; después oí rumor de voces y de risas en las galerías; ya más dueño de mí, logré encender un fósforo; cuando llegábamos a la puerta del salón volvió la luz.

¡Ah! nuestro alumbrado eléctrico es célebre; pero el de Madrid no debe serlo menos, porque los saineteros han usado de este recurso que, en realidad, se presta a situaciones cómicas.

—¿Y después?

—Un caballero se acercó a Gladys para reclamar la pieza inscrita en su carnet. Inés bailó conmigo; sin que pudiera advertir el más ligero indicio de que fuera ella quien me había besado.

Al meterme en la cama aquella famosa noche reconstruí la escena y volví a preguntarme: ¿cuál de las dos fué?

Durante esas horas de insomnio y en las noches siguientes, mi acalorada fantasía formuló todas las hipótesis imaginables y las más peregrinas teorías psicológicas, sin que acertara con la solución del enigma.

Confieso, sin embargo, que tenía como un vago empeño en que la del beso fuera Gladys, por lo mismo que me parecía casi imposible que esa mujer-esfinge me hubiera besado. Decididamente (pensaba), es Gladys; sí, ella. Las mujeres escépticas con mayor facilidad se dejan arrastrar por un capricho momentáneo...

Resolví hacerle una visita. Me recibió con su distinción habitual; pero tan serena e impenetrable como siempre, y fracasaron todas mis tentativas para sorprender alguna remota alusión a lo de aquella noche. Cuando me despedí, lo más tarde posible, tenía la convicción de que Gladys era "inocente", y fuí a ver a la otra, a la "culpable"...

Envalentonado con mi certidumbre y con la semiobscuridad del saloncito rosa en donde me recibió Inés, cambié de táctica y encaminéme derecho a mi objeto. Tras algunas frases triviales, me acerqué más a ella, y le dije brutalmente:

"La amo como no he amado jamás a ninguna otra mujer: Es inútil que usted finja más. Sí, estoy seguro: tú, tú fuiste la que me besaste aquella noche!... Nunca he sido besado así: deja que te..." Y traté de besarla. Ella se irguió indignada, furibunda, y con el gesto de una romana de los buenos tiempos, me señaló la puerta.

Salí. Aquello era atroz. ¡No era ella! La mujer que me había arrojado de aquel modo, no era, no podía ser la que me había besado en el baile. Y la conciencia de mi imbecilidad aumentó mi aturdimiento.

—¡No era Gladys!

—No era Gladys; tampoco Inés, ¿cuál, entonces? En mi cerebro enardecido se confudían las hipótesis con los hechos; sólo quedaba en pie uno, positivo, evidente: que una de las dos me había besado aquella noche. Pero... ¿cuál de ellas?

En esto último no he dicho toda la verdad; porque hubo momentos en que empecé a dudar de si habría sido víctima de una alucinación. Entonces cerraba los ojos y volvía a reconstruir por la centésima vez la escena... No, no, aquello no había sido una ilusión! Era algo real, algo que al morder mis labios sacudió violentamente mis nervios.

El narrador hizo una ligera pausa, y concluyó:

—Poco tiempo después me fuí a Europa, sin que me hubiera sido dado despejar la incógnita. Todavía hoy me pregunto: la del beso ¿fué Gladys o Inés?...

Doña Clemencia torturaba el magín para resolver el enigma, sin atreverse a decir su opinión. Alicia sí; no pudo dominarse y prorrumpió con mucha travesura:

—¡Qué caso tan curioso y qué a propósito para escribir un folletín!... Se me ocurre un desenlace:

"Entonces don Eugenio de Salcedo, decepcionado ante aquel jeroglífico, tomó por testigos a todos los dioses de que sólo se casaría con la mujer que le había dado aquel beso...

¿Y ha cumplido su juramento!"

¿Qué tal?

El diplomático sonrió con infinita ternura a Alicia y la dijo con el ademán de quien toma una decisión suprema:

—No está bien ese final, porque el protagonista va a quebrantar su juramento.

La viuda también sonreía; era el suyo un benévolo sonreir de futura suegra pacífica.

El arte de cocer la carne

Un francés, perito en el arte cocineril, aconseja que cuando se vaya a cocer carne, se eche primeramente en agua hirviendo, y después que haya hervido unos cuantos minutos se añada agua fría en cantidad suficiente para que la temperatura baje a unos 70° centígrados, dejando después que las tajadas se cuezan durante varias horas.

Con tan extraño sistema que, según reconoce su propio inventor, es diametralmente opuesto al método ordinario, se consigue que la carne salga tan jugosa como si se hubiera asado, porque la albúmina se coagula en cuanto se pone en contacto con el agua hirviendo, evitando que la fibrina se disuelva, pero sin oponerse al paso del calor. En la forma consignada, la carne se cuece lentamente después de la adición del agua fría, sin perder el gusto, y reteniendo sus jugos como cuando se asa.

Pedro CERNADAS.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Belleza e higiene

LAS UÑAS

El sostenimiento de las uñas exige, más que cuidado, casi arte. Es cierto que una mujer elegante, que se resigna a prescindir de los cuidados del manicuro y a arreglarse ella misma las uñas, necesita todo un estuche compuesto de un cepillo para limpiarlas, unas tijeras para cortarlas, una lima para igualarlas, tijeras curvas para suprimir las esquinas, un limpiauñas de marfil para la nivelación de las carnes y una piedra pómez para usarlas.

Añádase a esto el pulidor, los polvos para pulir y la pasta rosada, y tendréis poco más o menos la nomenclatura de todas las piezas del arsenal.

En realidad, ninguno de esos enseres es inútil. Pensad en el color fino y pálido que exigís a las uñas bonitas. Recordad la transparencia indispensable para que, bajo la capa cartilaginosa, pueda verse el mismo color rosado que constituye el encanto de la mano.

EL CORTE DE LAS UÑAS

Antes de emprender el arreglo de las uñas, tenedlas a lo menos diez minutos en agua caliente.

Dadles luego espuma de jabón y cepilladlas largo rato.

De este modo, las uñas se reblandecen y se puede empezar el corte.

Dada a la uña forma ovalada, redondead sus extremos desprendiéndoles de la carne que los rodea, sin cortar ésta, sino gastándola con piedra pómez.

Limad la uña; luego rechazad la carne que la cubre, de manera que aparezca muy claramente la media luna blanca, que es uno de los encantos de la uña.

Luego untad la uña de polvos y pasadle el pulidor.

E. de L. B.

La cocina

LENGUA DE RES

Lávese perfectamente una lengua fresca en 3 aguas; cúbrase luego con agua hirviendo, échesele un poco de sal y cuézase durante 12 minutos por cada libra. Quítesele el pellejo y la raíz y échese encima la salsa siguiente: Cuélese 1 taza del agua en que se coció la lengua; póngase sobre el fuego, añádanse 2 cucharadas de mantequilla revuelta con harina, pimienta al gusto y el jugo de un limón; cuando esté ya espesa, póngasele 2 pepinos adobados y sírvase.

POLLO ASADO

Chamúsquese y prepárese con cuidado. Los pollos de poca edad son mejores sin relleno a no ser que sean muy grandes. Sazónese el pollo con pimienta y sal; póngasele encima pedacitos de mantequilla y colóquese en una grasera con un poco de agua; rocíese de cuando en cuando y enharínese antes de sacarlo del horno.

TERNERA RELLENA Y CHICHAROS VERDES

Quítense los huesos grandes de un pedazo de lomo de ternera. Rellénense las cavidades que queden con carne de puerco picado y corteza de pan, sazónese bien. Algunos hongos picados mejorarán mucho este relleno. Cúbranse los lados de la carne con un papel grueso, engrasado. Téngase en la grasera una taza de sopa clara o de cualquiera otra salsa; rocíese durante 1 hora con mantequilla y agua, y después con salsa. Cuézase bien 12 minutos por cada libra. Quítesele el papel durante la última media hora, enharínese, rocíese con mantequilla y morénese bien. Retírese del fuego y consérvese caliente mientras se espuma lo gordo de la grasa. Echesele media taza de hongos picados y un poco de harina morenada. Ténganse prevenidos chícharos verdes, hervidos, sazónense y póngase formando círculo alrededor de la carne.

ESPÁRRAGOS COCIDOS

Una cucharada de sal para medio galón de agua. Ráspense bien todas las partes blancas de los tallos de los espárragos y échense en agua fría; átense en manojitos, córtenseles las extremidades próximas a las raíces y envuélvanse en un pedazo de lienzo para resguardarlos. Téngase lista una olla suficientemente grande con sal y agua hirviendo; pónganse en ella los espárragos y hiérvanse violentamente hasta que estén tiernos. Córtese en pedazos cuadrados una rebanada delgada de pan tostado y pónganse en el fondo del platón. Sáquense los espárragos y pónganse sobre la tostada con las extremidades blancas hacia arriba y las puntas reunidas hacia el centro; sírvanse con mantequilla. Tiempo, de 15 a 18 minutos, después que hierva el agua.

HELADO DE FRESAS MACHACADAS

Tres cuartillos de crema, 12 onzas de azúcar blanca en polvo y 2 huevos. Mézclese todo en una vasija de porcelana; póngase al fuego; agítese continuamente hasta que esté a punto de hervir. Quítese del fuego y pásese por tamiz fino; colóquese en el congelador y hiélese. Tómese 2 cuartillos de fresas, escogidas y mondadas, y échense en una ponchera china. Añádanseles 6 onzas de azúcar y macháquense hasta reducirlas a masa; añádase esta pulpa a la crema helada con 2 cucharadas de extracto de vainilla, mezclándolo bien; dese al congelador unas cuantas vueltas para endurecerlo.

LAS TARIFAS FERROVIARIAS



Por mucho que las aumenten, el señor Tranquilino podrá viajar con su familia.

MARÍA LUZ

por Enrique MÉRIDA

Estamos en el dormitorio de María Luz, retiro íntimo, al que sólo su doncella y su amante tienen entrada, y que nosotros profanamos infringiendo órdenes severas y consignas extrictas, en gracia a nuestra condición de escritores, que es tanto como decir de métome en todo. Es una habitación tapizada de azul claro ocupada por muebles de caoba obscura, llenos de pañitos y lazos, cubiertos de muñequitos y chucherías; al pie de severa cama de bronce que cobija un elevado dosel, hay un canapé, y en él, negligentemente echada, cubierto el cuerpo con un estredón de raso, caída la espléndida cabeza de bucles de bronce en el respaldo, palpitante el seno de tonalidad de alabastro que apenas cubre amplio blusón de seda blanca, en alto un brazo en cuya mano de azucena humea un cigarrillo egipcio, está la dueña y señora de aquel retiro de ensueño, al que entra la luz tamizada por cortinajes blancos y poetiza la que despiden las lámparas eléctricas que cubren tejidos de tonos azules. Completan el mobiliario altas columnas con jarrones que tienen olorosas flores, pieles de puma que cubren los brillantes pisos y una mesita árabe, bajita y elegante, que está junto al canapé y en la que hay una copita de Oporto, una caja de aromados cigarrillos, una revista de modas, otra hípica y una carta.

María Luz aspira una bocanada de su perfumado cigarrillo, lanza el humo al espacio en larga y fina espiral que se complace en hacer durar, se incorpora un tanto, toma la revista de modas y poco después de hojearla la abandona indiferente, recorre en un momento de atención la hípica y la deja después, toma la carta y lee:

"María Luz: ¿Qué pecado cometí yo, sin saberlo, para merecer el castigo horrible de no verte? Ansío abrazarte. Perdón si falté, aunque no sepa cuál es mi falta. Tuyo..."

Dejó también, indiferente, la carta, y al abandonarla diríase que en sus ojos se pintaba una llama, un reflejo de un minuto.

A lo lejos, sintióse el sonar de un timbre, ledos pasos sonaron luego, y a la puerta llamaron discretamente: en el hueco obscuro, al abrirse, perfilóse la silueta de la doncella ataviada de blanco, que sin moverse del dintel dijo: "el señorito". "Que pase"— contestó María Luz;—una sonrisa de triunfo plegó sus labios, su mano tomó la carta, la dobló varias veces y la guardó en su seno. Indolente, abrió, por cualquier parte la primera revista que halló a mano, y esperó.

Y entró él en el santuario de sus amores, en el santuario, decimos, pues que apenas pasada la puerta se descubrió respetuoso, y al llegar a la señora de sus pensamientos besóla rendidamente la mano. A pesar de su continente altivo, de la hombría y seriedad de su semblante, como una nube de tristeza le cubría el rostro. Dejó sombrero y guantes en un mueble, y a una invitación de la bella, sentóse a su lado en el canapé.

Hubo un momento de silencio, que rompió él, pasando una mano por la cintura de María Luz, y preguntando ansioso: "¿Qué tienes, nena?".

Si una corriente eléctrica de altísima tensión hubiese sido descargada sobre el bellísimo cuerpo de aquella mujer, no hubiese hecho saltar en forma tal todo su sistema nervioso: incorporóse, sé sentó en el canapé, y con una energía y una posesión de sí misma incomprensibles, con una sonrisa de enigma, de amor o de traición en sus labios, con un llamear en sus ojos cual incendio de bosques inmensos, rompió a hablar:

Nada, nada, no tenía nada, estaba buena, en buena hora... pero quería deslindar posiciones: no era posible la vida así; ella, la bella María Luz, sentía satisfacción al lado de él, pero sentía que su asiduidad le robaba espacio a su albedrío, a su libérrima voluntad; reina y dueña de su ser y de su corazón, no admitía más mandato en él que ella misma; no quería supeditarse al amor o a la voluntad de los otros, de él, de él sólo, porque temía que esa libre voluntad la hiciera mañana traición y se vería entonces encadenada a lo que le dijeran y quisieran, sin ser lo que ella, libre, quisiera y dispusiese.

Perplejo, atónito ante aquella catarata, que tronchaba en flor sus anhelos, el amante cariñoso, hombre, al fin, sintió su hombría empequeñecida; pero, caballero, pidió disculpa y casi dispúsose a levantarse. Una mirada larga y clara de aquellos ojos que María Luz manejaba a capricho, terribles o amorosos, y que esta vez llegaron al fondo de su alma con caricias de seda, lo dejó en suspenso.



Ella reanudó su charla, cortada, incoherente: no tenía que pedir disculpa ni perdón, sabía ella que no podía ni querría nunca ofenderla; quería que la quisiese, con simpatías, con deseo, con amor sincero, pero quería evitar a su propia conciencia un remordimiento y al corazón de él un dolor: acaso mañana los azares de la vida la obligaran a decirle adiós, y quería que, conservando de ella y de su intimidad un grato recuerdo, no pudiera nunca decir que lo engañó con promesas que no cumplía. A él, no sabía, no quería engañarlo; lo quería de una manera rara, extraña, pero lo quería a su modo.

Entendió él, amante, el sentimiento de aquella alma, la rectitud de aquella conciencia que pensando en un mal posible no quería para sí ni una sombra de remordimiento, se sintió querido con verdad infinita, ampliamente considerado, y posando en la mano de nácares que le abandonaban un profundo beso, rogó un olvido de aquella falta que ella misma reconocía no haber.

María Luz se levantó radiante de alegría; en sus labios entreabiertos, rojos como la flor de granado, palpitaba el amor; en sus ojos bruñidos, lucía el cariño sincero. Levantóse él también, rodeó con sus brazos el cuello y la cintura de su amante, inclinó su rostro sobre el de ella, y en aquella boca purpúrea estalló un beso, acaso el primer beso de amor verdadero.

Y en aquella alcoba perfumada a la que el sol del fin de la tarde llegaba tenue, en la que las lámparas derramaban su luz azul, en la que el aroma de las flores enervaba, el Dios Cupido celebraba su triunfo, imponiendo un largo silencio.

Septiembre 1920.

Los cangrejos, como es sabido, tienen el cuerpo cubierto por un caparazón formado de una substancia dura que no se desarrolla al crecer el animal, viéndose, por lo tanto, en la necesidad de libertarse de esta prisión. Para esto se desprende internamente de las paredes que lo tienen encerrado y rompe su túnica morada a lo largo de la sutura dorsal, deslizándose por la brecha abierta.

Lo más delicado de esta operación consiste en retirar las pinzas y otros miembros que son más gruesos en los extremos. A primera vista esto parece imposible de hacer; pero estos curiosos seres tienen la facultad de retirar la sangre de las extremidades al interior del cuerpo y reducir de esta manera el volumen de los apéndices, pudiendo así fácilmente retirarlos de su prisión.

Cuando el cangrejo se ve libre de las paredes que le oprimen y que al mismo tiempo constituyen su defensa, queda completamente a merced de sus enemigos, para los que constituye un apetitoso manjar; así es que, mientras el nuevo caparazón se endurece, el animal tiene que resguardarse en las hendiduras de las rocas.

La nueva cubierta sería aproximadamente del mismo tamaño del cuerpo, lo que constituiría un grave inconveniente, pues una vez endurecida, no podría crecer más; para evitar esto, se hincha tragando gran cantidad de agua y permanece de esta manera artificialmente distendido hasta que el nuevo caparazón se endurece; entonces despide el agua que ya de nada le sirve y queda con suficiente espacio para crecer.

El cangrejo cambia su caparazón de esta manera unas veinte veces durante los tres primeros años de su vida.

Los olores de las personas

A mi buen amigo y colega Zappa.

¿Será, sin que nos demos cuenta de ello, una de las bases de la simpatía la percepción inconsciente de los olores? Porque no hay duda de que todos tenemos un olor característico personal, que el perro reconoce perfectamente, puesto que llega a distinguir en un montón de piedras la que ha tirado su amo. Si esto es así, las atracciones olfativas deben de dar origen a esas armonías misteriosas que se establecen secretamente entre las almas, y en tal caso bien podríamos decir que el amor entra por la nariz.

Hay olores comunes para cada categoría; las rubias cenicientas deben de oler a ámbar y a almizcle; las de pelo castaño, a violeta, y las morenas a ébano. Algunos estados de ánimo se manifiestan por determinado perfume. A propósito de esto se cita una americana que cuando se encolerizaba despedía olor a piña; se ha observado olor a almizcle durante una crisis de "delirium tremens", y parece ser que el olor de violeta es bastante frecuente en ciertos paroxismos nerviosos. Según se dice, la caza divide a los cazadores en dos categorías: la de los que huelen a ácido y la de aquellos que despiden un aroma azucarado; pero los animales sólo temen a los hombres de la primera categoría, lo cual no deja de ser una estupidez bastante extraña después de tanto discernimiento.

Cada raza y cada pueblo tienen su olor especial. No hay para qué hablar del de los negros ni del de los amarillos, pero sí hay que hacer constar que nosotros les olemos mal a ellos. Ahora bien, ¿a qué huele el blanco? Los negros dicen que es un olor frío y soso, un olor a muerto que impresiona, y un médico japonés afirma que tenemos un olor picante y rancio, al cual concluye por acostumbrarse el olfato nipón después de hacer un viaje por Europa. También hay quien dice que los blancos olemos a estiércol vacuno mezclado con vainilla.

Pedro DUPUY.

Melodía de Koehler

Arreglo de Pablo Gallico

Moderato

Piano

mf p f p f p mf rit. p f p f p mf rit p

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

LICEO

En la corriente'', pieza en 4 actos ionzalo Bosch.

: mal ejemplo del capcioso éxito ágrimas atribuído al drama ''Con alas rotas'', de Berisso, y que en idad pertenece a la labor personal a Quiroga en dicha obra, tiene sin a la culpa de que a Gonzalo Bosch haya ocurrido darnos este drama uatro malos ratos con la perversa nción de afligirnos profundamente. a incurrido el autor en un error entable. Su pieza carece de intey de lógica. Carece de interés por- el conflicto pasional de la protaista lo resuelve en las primeras nas, y carece de lógica porque al l de la obra trata de reanudarlo ndo ya nadie se acuerda de que stió, forzando además el curso raable de los hechos.

In cuanto a la intervención vitandel alcohol y de la morfina, crees innecesario mencionarla tratándode una pieza de Bosch.

a labor de la Quiroga resulta esté- No obstante la fuerte emotividad la admirable actriz en algunos paes y el acierto con que trata de ntener una situación espiritual inprensible, resultan vanos sus esrzos.

Es un drama frío. No hay el juego almas necesario para interesar, ni fuerza patética indispensable para mover. Sólo se ventilan intereses zquinos, problemas vulgares, desgras motivadas por decisiones o suce- sin ningún significado espiritual. Por otra parte, el diálogo no tiene un acierto digno de un aplauso. Los rsonajes hablan tan neciamente co- suele hablarse en la vida y en igún momento dicen nada que haga lexionar.

Esta obra de Bosch nos ha dado la presión de esas litografías vulgarínas en las que hay la casita, los boles, el arroyo y la bandada de jarillos, esas litografías que desde estra niñez las hemos ido enconndó por dondequiera que fuimos.

LINA ESTEVES

Esta distinguida actriz, cuya larga tuación en los escenarios nacionas le ha dado una envidiable reputaón como intérprete y que también za de fama por su cultura social y inteligencia cultivada, está por forar compañía para ocupar una sala ntral de la metrópoli.

La señora Esteves, como se recorda-, actuó en el elenco de Casaux dunte la temporada de 1919, retiránse en noviembre a consecuencia de entredicho con el ''capo cómico''.

POLITEAMA

Desapareció prematuramente la últma obra de Velloso, que sin ser una xcelencia de pieza, era bastante cóica. El público, tan incomprensible n sus gustos, dijo desde la primera oche ''No H'', y a pesar de los esuerzos de Caseaux y los suyos se antuvo, con malas entradas, diez ías en el cartel.

El jueves se dió a conocer la comelia de un novel en lides teatrales, ero bastante conocido como periodisa, el doctor Augusto Vaccari. La obra e titula ''The equatorial'', título poo atrayente. Informaremos en el próimo número.

APOLO

Descendió del cartel de este teatro, después de obtener un éxito honestísimo, la deliciosa comedia de Gache, ''¡Te quiero, te adoro!''... La compañía Pagano estrenó en función de honor y beneficio de doña Angelina, otra pieza de Collazo e Insausti, quienes lograron ya en esta temporada un buen éxito con ''Mi prima está loca''. ''La dama del gorro verde'', que así se titula la nueva producción del binomio de autores, hecha especialmente para lucimiento de la Pagano, gustó. Por falta de espacio, dejamos el juicio que nos merece esta pieza para nuestra próxima edición.

CARTA EXTRAVIADA

En el vestíbulo del Argentino hemos encontrado la carta que a continuación publicamos, respetando su ortografía, sintaxis y otras cosas perfectamente desconocidas para su autor. Conste que si Parra, a quien va dirigida, se interesa por descubrir el genio en ciernes del señor L. Z. R., se la mandaremos complacidísimos. Dice así: ''Buenos Aires, 9/23/1920. Distinguido señor: La presente es para saludarle, y brindar por su gran exsito con Mergarejo su obra maestra, y al mismo tiempo para decirle a utd qué soy muy aficcionado al teatro y me gustaría seguir la carrera del Altista y me dirigo a utd por que lo considero el mejor Altor de la República y el mas servidor. Tengo muchas probalidades para trabajar en un exenario y una voz un poco fuerte que es lo principar, asi tenga el bién de hacer algo pormi que se lo gradesceré toda la Vida. Yo creo que lo hara por que usted capeso como aficcionado y haora no hay quien se le ponga al lado soy Argentino de 17 para 18 anos mido 1.78 mtr un poco delgado, rubio de mirada penetrante. Se despide muy attentamente L. Z. R. Sirbase el bien de contestar Gutierrez 2756 Capital a L. Z. R.''

''QUE TRATA DE LA FIERA Y DESCOMUNAL BATALLA...''

Hemos oído por ahí, que el señor Juan Agustín García había publicado unos artículos demoledores relativos al teatro nacional. Hemos oído también que el señor José León Pagano ha dado también a la prensa varios artículos, comprimidos en uno solo de letra muy menuda, relativos al señor Juan Agustín García. Nosotros no hemos dispuesto de tiempo para leer ninguno de esos formidables artículos, pero estamos en condiciones de asegurar sin jactancia que, así y todo, sabemos tanto de ese tema imaginario del teatro nacional como cualquiera de los que hayan leído los dilatados artículos del señor García y el comprimido del señor Pagano.

SAN MARTIN

La excelente compañía de Vilches, ha reprisado la obra alemana ''Alt Heidelberg'', en cuya versión castellana se denomina ''Juventud de príncipe''. Fué favorablemente recibida, tanto por sus valores teatrales como por la esmerada interpretación que le dieron los elementos que actúan al lado de Vilches.

VIVEZA...

En un pasillo del Apolo. Dos señores del público. Uno lee una revista:

—Aquí dice: ''Entre un ''vivo'' que escribe ''Melgarejo'' y el público que lo aplaude doscientas noches, a ver, ¿quién es más torpe?'' Contestá...

—El que debe mil quinientos pesos y no quiere ser el paganini.

''EL DIABLO SUELTO''

Se está ensayando cuidadosamente en el Variedades, la pieza en un acto de Jerónimo Gaid, titulada ''El diablo suelto''.

Tenemos noticia de que se trata de un vaudeville hilarante y de que la compañía tiene fundadas esperanzas de un largo éxito. Parece que el ''diablo'' ese atraerá mucha gente, en vez de ahuyentarla.

NACIONAL

Hasta el instante en que esgrimimos la péñola, el cartel de Carcavallo es el mismo de dos meses a esta parte: ''Tu cuna'' y ''Palabra de casamiento''.

BUENOS AIRES

Muiño y Alippi deben terminar su temporada en la semana, pues tienen compromisos con salas montevideanas, donde deben actuar estos días.

OPERA

''La gran revista'' sigue tres veces por día en el cartel, en días hábiles, y cuatro los domingos. Están dispuestos los de la Opera a ganar un millón.

ARGENTINO

Parravicini, durante los entreactos de ''Melgarejo'', sesiona con los ases de la aviación para llevar a feliz término los trabajos tendientes a la realización del raid aéreo San Paulo Buenos Aires, que intentará el aviador argentino Carlos A. Sarniguet. Ya todos sabemos que hasta el 21 de noviembre que se clausurará la temporada del Argentino, ''Melgarejo'', para regocijo del público, estará en cartel. Hay gente que va a verlo todos los días. Y conste que no son portugueses.

AVENIDA

La compañía Marín-Fernández sigue atrayendo público al Avenida. ''Jugar con fuego'' y ''El juramento'', últimas piezas que nos ha sido dado ver, obtuvieron una cálida acogida. Se preparan interesantes estrenos, no siendo difícil que esta compañía nos haga conocer ''La canción del olvido'', del maestro Serrano, que en la península hizo roncha.

COMEDIA

Repuesto Narcisín de su constipado, reapareció el lunes en la Comedia con

Melodía de Koehler

Arreglo de Pablo Gallico

Moderato

Piano

mf p f p f p mf rit. p f p f p mf rit p

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

LICEO

"En la corriente", pieza en 4 actos de Gonzalo Bosch.

El mal ejemplo del capcioso éxito de lágrimas atribuído al drama "Con las alas rotas", de Berisso, y que en realidad pertenece a la labor personal de la Quiroga en dicha obra, tiene sin duda la culpa de que a Gonzalo Bosch se le haya ocurrido darnos este drama en cuatro malos ratos con la perversa intención de afligirnos profundamente.

Ha incurrido el autor en un error lamentable. Su pieza carece de interés y de lógica. Carece de interés porque el conflicto pasional de la protagonista lo resuelve en las primeras escenas, y carece de lógica porque al final de la obra trata de reanudarlo cuando ya nadie se acuerda de que existió, forzando además el curso razonable de los hechos.

En cuanto a la intervención vitanda del alcohol y de la morfina, creemos innecesario mencionarla tratándose de una pieza de Bosch.

La labor de la Quiroga resulta estéril. No obstante la fuerte emotividad de la admirable actriz en algunos pasajes y el acierto con que trata de mantener una situación espiritual incomprensible, resultan vanos sus esfuerzos.

Es un drama frío. No hay el juego de almas necesario para interesar, ni la fuerza patética indispensable para conmover. Sólo se ventilan intereses mezquinos, problemas vulgares, desgracias motivadas por decisiones o sucesos sin ningún significado espiritual.

Por otra parte, el diálogo no tiene ni un acierto digno de un aplauso. Los personajes hablan tan neciamente como suele hablarse en la vida y en ningún momento dicen nada que haga reflexionar.

Esta obra de Bosch nos ha dado la impresión de esas litografías vulgarísimas en las que hay la casita, los árboles, el arroyo y la bandada de pajarillos, esas litografías que desde nuestra niñez las hemos ido encontrando por dondequiera que fuimos.

LINA ESTEVES

Esta distinguida actriz, cuya larga actuación en los escenarios nacionales le ha dado una envidiable reputación como intérprete y que también goza de fama por su cultura social y su inteligencia cultivada, está por formar compañía para ocupar una sala central de la metrópoli.

La señora Esteves, como se recordará, actuó en el elenco de Casaux durante la temporada de 1919, retirándose en noviembre a consecuencia de un entredicho con el "capo cómico".

POLITEAMA

Desapareció prematuramente la última obra de Velloso, que sin ser una excelencia de pieza, era bastante cómica. El público, tan incomprensible en sus gustos, dijo desde la primera noche "No H", y a pesar de los esfuerzos de Caseaux y los suyos se mantuvo, con malas entradas, diez días en el cartel.

El jueves se dió a conocer la comedia de un novel en lides teatrales, pero bastante conocido como periodista, el doctor Augusto Vaccari. La obra se titula "The equatorial", título poco atrayente. Informaremos en el próximo número.

APOLO

Descendió del cartel de este teatro, después de obtener un éxito honestísimo, la deliciosa comedia de Gache, "¡Te quiero, te adoro!"... La compañía Pagano estrenó en función de honor y beneficio de doña Angelina, otra pieza de Collazo e Insausti, quienes lograron ya en esta temporada un buen éxito con "Mi prima está loca". "La dama del gorro verde", que así se titula la nueva producción del binomio de autores, hecha especialmente para lucimiento de la Pagano, gustó. Por falta de espacio, dejamos el juicio que nos merece esta pieza para nuestra próxima edición.

CARTA EXTRAVIADA

En el vestíbulo del Argentino hemos encontrado la carta que a continuación publicamos, respetando su ortografía, sintaxis y otras cosas perfectamente desconocidas para su autor. Conste que si Parra, a quien va dirigida, se interesa por descubrir el genio en ciernes del señor L. Z. R., se la m a n d a r e m o s complacidísimos. Dice así: "Buenos Aires, 9/23/1920. Distinguido señor: La presente es para saludarle, y brindar por su gran exsito con Mergarejo su obra maestra, y al mismo tiempo para decirle a utd que soy muy aficcionado al teatro y me gustaría seguir la carrera del Altista y me dirigo a utd por que lo considero el mejor Altor de la República y el mas servidor. Tengo muchas probalidades para trabajar en un exenario y una voz un poco fuerte que es lo principar, asi tenga el bien de hacer algo pormi que se lo gradeseré toda la Vida. Yo creo que lo hara por que usted capeso como aficcionado y hnora no hay quien se le ponga al lado soy Argentino de 17 para 18 anos mido 1.78 mtr un poco delgado, rubio de mirada penetrante. Se despide muy attentamente L. Z. R. Sirbase el bien de contestar Gutierrez 2756 Capital a L. Z. R."

"QUE TRATA DE LA FIERA Y DESCOMUNAL BATALLA..."

Hemos oído por ahí, que el señor Juan Agustín García había publicado unos artículos demoledores relativos al teatro nacional. Hemos oído también que el señor José León Pagano ha dado también a la prensa varios artículos, comprimidos en uno solo de letra muy menuda, relativos al señor Juan Agustín García. Nosotros no hemos dispuesto de tiempo para leer ninguno de esos formidables artículos, pero estamos en condiciones de asegurar sin jactancia que, así y todo, sabemos tanto de ese tema imaginario del teatro nacional como cualquiera de los que hayan leído los dilatados artículos del señor García y el comprimido del señor Pagano.

SAN MARTIN

La excelente compañía de Vilches, ha reprisado la obra alemana "Alt Heldelberg", en cuya versión castellana se denomina "Juventud de príncipe". Fué favorablemente recibida, tanto por sus valores teatrales como por la esmerada interpretación que le dieron los elementos que actúan al lado de Vilches.

VIVEZA...

En un pasillo del Apolo. Dos señores del público. Uno lee una revista:

—Aquí dice: "Entre un "vivo" que escribe "Melgarejo" y el público que lo aplaude doscientas noches, a ver, ¿quién es más torpe?" Contesta...

—El que debe mil quinientos pesos y no quiere ser el paganini.

"EL DIABLO SUELTO"

Se está ensayando cuidadosamente en el Variedades, la pieza en un acto de Jerónimo Gaid, titulada "El diablo suelto".

Tenemos noticia de que se trata de un vaudeville hilarante y de que la compañía tiene fundadas esperanzas de un largo éxito. Parece que el "diablo" ese atraerá mucha gente, en vez de ahuyentarla.

NACIONAL

Hasta el instante en que esgrimimos la péñola, el cartel de Carcavallo es el mismo de dos meses a esta parte: "Tu cuna" y "Palabra de casamiento".

BUENOS AIRES

Muiño y Alippi deben terminar su temporada en la semana, pues tienen compromisos con salas montevideanas, donde deben actuar estos días.

OPERA

"La gran revista" sigue tres veces por día en el cartel, en días hábiles, y cuatro los domingos. Están dispuestos los de la Opera a ganar un millón.

ARGENTINO

Parravicini, durante los entreactos de "Melgarejo", sesiona con los ases de la aviación para llevar a feliz término los trabajos tendientes a la realización del raid aéreo San Paulo Buenos Aires, que intentará el aviador argentino Carlos A. Sarniguet. Ya todos sabemos que hasta el 21 de noviembre que se clausurará la temporada del Argentino, "Melgarejo", para regocijo del público, estará en cartel. Hay gente que va a verlo todos los días. Y conste que no son portugueses.

AVENIDA

La compañía Marín-Fernández sigue atrayendo público al Avenida. "Jugar con fuego" y "El juramento", últimas piezas que nos ha sido dado ver, obtuvieron una cálida acogida. Se preparan interesantes estrenos, no siendo difícil que esta compañía nos haga conocer "La canción del olvido", del maestro Serrano, que en la península hizo roncha.

COMEDIA

Repuesto Narcisín de su constipado, reapareció el lunes en la Comedia con

NOTICIA AGRADABLE



—¡Pipiri! Ahora tienes una hermanita pequeña.
—¡Qué suerte! Para divertirme, ya no tendré que tirarle de la cola al gato.

"El potro salvaje", siendo objeto de grandes aplausos. Está visto que el gran pibe es muy querido del público. Ya se le echaba de menos. Ha debido el diminuto autor estrenar el sábado "El pibe del corralón", pieza en que dos autores nacionales le han hecho un rol para su lucimiento. Se ensaya, para darse en ocasión de la fiesta de la raza, la comedia "Las penas del purgatorio", de Manuel Frexas, en la que debutará la tiple cómica Mecha Sánchez.

MAYO

Se estrenó la revista "Del Olimpo a los Andes", mucho tiempo anunciada. La comentaremos en otro número. Para hoy se anuncia el debut del trío Lara, número de varietés interesante, que seguramente gustará.

MARCONI

Una brillante temporada es la que está efectuando la compañía lírica del Marconi, que está bajo la batuta del maestro De Angelis. "Gioconda", "La Bohème" y cuanta ópera italiana del viejo repertorio existe, tiene en el Marconi una discreta presentación escénica y es bien cantada.

NUEVO

Doña Clara la catalana, esperando tranquilamente que llegue el día final de la "season". Actores y actrices se saben ya de memoria la comedia de Mertens. Silvia Parodi, cuando está distraída, contesta a quien la llama con un pedazo de su papel...

EXCELSIOR

La compañía Città di Napoli, que dirige Nunziata, llena casi todas las noches el Excelsior, con gran contento de don Andrés que sueña en ser millonario lo más pronto posible para ir a radicarse junto al Etna... con tutta la famiglia.

OLIMPO

Hay que ver las proezas de Peliche, Grimaldi, madame Peliche y demás actores en el pequeño teatro de la calle Pueyrredón. Salvan los gastos y guardan fondos para el verano próximo... Ya tienen en caja común, según indiscreciones del rubio Vicente, unos miles de dólares... paraguayos.

VARIEDADES

Daglio y De Bassi han abierto cuenta corriente en la sucursal Constitución del Banco de la Nación. Este detalle dará idea de lo bien que marcha el negocio del Variedades. Daglio tiene muchas simpatías y De Basi también las tiene por la música italiana...

Prueba al canto: "La gran revista"...

DE ROSAS

Con toda aceptación, continúa actuando en Rosario la compañía Rivera-De Rosas, que ha pasado del Olimpo al Colón. En esta semana debe estrenar "El pobre hombre", de González Castillo, obra que sin duda reeditará el éxito extraordinario que tuvo en esta capital. También dará a conocer una nueva obra de Alejandro Berrutti. De Rosas, en Rosario, es el actor favorito y es más popular que el diario "La Capital".

"LA ESCENA"

En su último número, esta popular revista teatral publica, como edición suplementaria, "Maleva", de García Velloso. Como siempre, es una edición cuidada, donde no pesca "perlas" tipográficas el lector más escrupuloso.

PORTEÑO

Mucho público hemos visto en la semana anterior en la amplia sala del Porteño. Como siempre, Luisa Vila fué aplaudida con frenesí.

EMPIRE

La bella sala de los hermanos Cairo ha estado repleta la semana anterior.

La Meller sigue desarrollando su temporada con aplauso unánime.

GRAND SPLENDID

Pasado mañana habrá una matinée extraordinaria para los niños, pasándose divertidísimas cintas de Carlitos Chaplin, Cacaseno, Tripitas y Chupitegui.

El programa de las veladas para esta semana no puede ser más atractivo.

CAPITOL

Grandes llenos ha registrado la hermosa sala del Capitol en estos días últimos. Bien es cierto que se han dado cintas sumamente interesantes, que determinaron una extraordinaria concurrencia. Se preparan para estos días estrenos de las mejores marcas peliculeras.

CORREO TEATRAL

Buena. — Su carta me ha dado la sensación de ciertos días de otoño en que el aire está muy frío y el sol muy ardiente. Uno, tiritando en la sombra, se pone bajo el sol y el sol lo quema. Pasa a la sombra y el aire lo hiela. ¡Ah, quién hallara la felicidad, que es el buen tiempo en el corazón!... Gracias por el recuerdo. He vuelto a escribirle, contrariándome a mí mismo, para probarle cómo usted administra la justicia en forma arbitraria al rehusar una cosa bendita y enviar otra como recuerdo. Además, le digo tantas cosas...

EL CABALLO MAS PEQUEÑO DEL MUNDO



"Tiny", al ser exhibido en el Estado de Nebraska. — Mide veintidós pulgadas de altura, pesa noventa libras y tiene seis años de edad. Sobre la base de esas cifras, puede sostenerse que "Tiny" es el caballo más pequeño del mundo.

Necrología

La prematura muerte del joven Antonio Prieto Gallero, que perdió la vida en un fatal accidente de motocicleta, recientemente ocurrido, dió motivo a una sentida manifestación de duelo, por parte de los compañeros y amigos del extinto, al ser sepultados sus restos en el cementerio del Oeste. El señor Carlos Alfredo Loubet, ostentando la representación del Club Atlético de la Sociedad Importadora y Exportadora de la Patagonia, pronunció, durante el acto del sepelio, la oración fúnebre que transcribimos a continuación:

Señores:

Cuando el hado fatal troncha así, con la fulmínea rapidez del rayo, una vida como ésta, fresquísima, en toda la majestuosa lozanía de su juvenil esplendor, arrancando al amor acendrado de los suyos, al afecto de sus compañeros y a la estimación de sus amigos, un corazón sencillo y generoso y una alma ingenuamente buena, no hay en el verbo humano frase alguna bastante sintética que arroje el anatema de la protesta contra la impiedad de aquel fallo cruel e inapelable.

Ante esta tumba, abierta en forma tan insospechada, nos encontramos todos bajo la influencia de una estupefacción; bajo la contracción de una misma dolorosa sorpresa, formando una caravana de seres que han sufrido las agitaciones de una misma pesadilla y que, absortos, incrédulos y reacios a la amarga verdad, no alcanzan todavía a convencerse de la torpe realidad de un sueño injusto.

Y así tiene que ser cuando desaparece del común ambiente de labor, que es la continuación de nuestros propios hogares, un compañero, un amigo, un espíritu fraterno en la lucha diaria, sometido con mayor o menor variante a iguales quejumbres, al mismo trepidar de sinsabores y compensaciones, y consagrado por el celo de una misma solidaridad en idénticas aspiraciones. Y Prieto fué un compañero y un amigo, y fué también un luchador. Las tiernas hojas de su alma en flor de adolescente recibieron con violencia prematura la sacudida del simún del infortunio y se obligó anticipadamente a vivir la vida de las sagradas obligaciones del hombre en forma de hijo ejemplar y de empleado cumplido y sin tacha.

Ante el escudo de quien ostenta estos títulos modestos pero honrosos, la Parca, al herirlo, debió detenerse y meditar, siquiera porque él no ha tenido como su malogrado hermano, substraído también recientemente a hondos afectos, el consuelo inefable de sentir sobre su frente el ósculo postrero de su atribulada madre ausente que, como una aureola de luz, sirve a los justos en el bien supremo de transponer el reino de la Paz.

Padres anonadados por el doble dolor inconsolable: en nombre de la gerencia de la Soc. An. Imp. & Exp. de la Patagonia y del personal de la misma, en el de los amigos y en el de la C. D. de su Club Atlético, que tengo el honor de presidir, y en el mío propio, yo levanto el corazón en el fervor de la más piadosa de las oraciones, para que el homenaje sencillo pero latente que tributamos a nuestro compañero inolvidable, preceda al intermedio de cristiana resignación y de sosiego que habéis conquistado a tan alto precio.

CRÓNICA DE LA INDIA

EL SISTEMA DE EDUCACION.—REFORMAS UNIVERSITARIAS. NUEVAS UNIVERSIDADES

Desde los comienzos de la dominación inglesa en este país, la cuestión de la educación ha venido absorbiendo la atención de todos los virreyes. En una región como esta, de tan diversas costumbres y tan diferentes lenguas, no era fácil encontrar una fórmula de solución que satisfaciese al mismo tiempo al brahman y al mulsumán, a las clases comerciales y a los excastados. Por otra parte, el gobierno británico parece haber tenido delante de sí la visión de una India unida por los estrechos lazos de una lengua común, desde el cabo Comorín hasta las cumbres de los montes Himalayas. Mas la dificultad práctica consistía en elegir la lengua común, y en la elección de ella el gobierno tropezó con gravísimos obstáculos.

Varios orientalistas indicaron el sanscrito; otros el árabe; otros el persa, la lengua de la corte mogol por espacio de varios siglos. Otros, por fin, sostenían que la lengua inglesa era la única llamada a ser el lazo de unión de todas las razas de la India y que por consiguiente el inglés debería ser el medio de instrucción de la juventud indiana, ya que esta lengua abría de par en par las puertas del saber occidental y facilitaba también el comercio con las grandes naciones productoras de Europa y América. Largas y tendidas controversias se mantuvieron por largo tiempo entre las dos escuelas, la de los orientalistas y la de los anglicistas, en los años del virrey Lord Bentinck. En 1835, por fin, la última triunfó, gracias especialmente a la influencia y peso del gran Macaulay, quien convenció al gobierno de Lord Bentinck a adoptar la siguiente resolución: "que el objeto del gobierno británico deberá ser promover los estudios de la literatura y ciencia europeas entre los indios y que los fondos destinados para la educación deberán ser empleados en promover la educación inglesa solamente".

El gobierno de Lord Bentinck es justamente célebre por las numerosas reformas sociales que introdujo, mas los historiadores indianos están unánimes en admitir que la más trascendente reforma de estos años es la que acabamos de consignar. Esta resolución fué adoptada en marzo de 1835 y es verdaderamente maravillosa la rapidez con que la educación inglesa se extendió por el país.

El público se lanzó con avidez a las escuelas y colegios creados por este decreto y en pocos años éstos resultaron incapaces de contener en sus aulas a los jóvenes que llamaban a sus puertas. Especialmente en Bengal obtuvo tal éxito de popularidad que a mediados del siglo la situación comenzó a preocupar al gobierno seriamente.

El año de 1854 marca una nueva época en la organización de la educación inglesa. El despacho del gobierno vino a introducir tres importantes reformas; creaba, en primer lugar, tres universidades en las capitales de presidencias, Calcuta, Bombay y Madras; creaba asimismo un departamento de instrucción pública, y finalmente, introducía el sistema de ayuda a las instituciones privadas.

Desde el año 1835 el gobierno gastaba todos sus fondos en mantener únicamente sus escuelas y colegios; mas el desarrollo de escuelas y colegios mantenidos por entidades particulares fué tan rápido, que pronto demostró al gobierno que estas instituciones deberían igualmente recibir de los fondos públicos ayuda proporcionada a su importancia.

Las universidades creadas por este acto pertenecían al tipo de universidades administrativas, cuyo único objeto era determinar los cursos de estudios, examinar los estudiantes y mantener la eficiencia en las escuelas y colegios.

Este tipo de universidad ha estado en boga en la India, desde el año que dejamos consignado. En los principios este sistema respondía admirablemente a las especiales condiciones de la India; mas a medida que el número de alumnos aumentaba, se hacía más difícil ejercer autoridad sobre colegios esparcidos a través de las presidencias.

En Bengal, la Universidad de Calcuta, ejerce jurisdicción sobre unos 30.000 estudiantes, y salta a la vista lo arduo del problema.

Por esta razón, hace tres años, el gobierno de la india nombró una comisión compuesta de los más acreditados profesores y expertos en materias de educación de Inglaterra y la India, para investigar el estado de la Universidad de Calcuta. Por espacio de dos años los miembros de la comisión han venido estudiando la situación, viajando al mismo tiempo por toda la India, comparando el estado de otras universidades, y hace poco tiempo han publicado el resultado de sus investigaciones en una obra monumental de trece volúmenes.

La recomendación más importante es la referente al tipo de universidad que deberá establecerse en la India sin demora ni tardanza, el tipo de universidad docente tan común en los Estados Unidos de América. Esto necesitará la creación de nuevas universidades que vengan a ejercer las funciones de los colegios. En estas provincias unidas se habla del establecimiento de cinco universidades del nuevo tipo, en los centros de Lucknow, Cawpore, Agra, Allahabad y Aligarm; esta última será destinada para los mahometanos. Se espera que el príncipe de Gales pondrá la primera piedra en la Universidad de Lucknow.

Mencionaremos últimamente otra de las importantes recomendaciones de la comisión. Los estudiantes deberán ser acomodados en "hotels" e internados en los cuales vivan bajo la inspección inmediata de tutores, quienes velarán por su educación moral y sus adelantos en los estudios.

P. G. BRIDGE.

ROMEO Y JULIETA



—¡Cuánto siento dejarte, alma mía! Cuando nos levantemos de aquí. para separarnos, estoy seguro que voy a sufrir una impresión muy desagradable.

El mar y los animales salvajes

Es verdaderamente patético el ver un tigre enjaulado a bordo de un vapor; se queja, ruge, gruñe constantemente; de sus ojos se desprenden gruesos lágrimones y no cesa de rascarse con sus zarpas el estómago y el vientre atormentado por el malestar.

Los caballos también pasan muy malos ratos con el mareo, y otro tanto les pasa a los bueyes, pero éstos hacen heroicos esfuerzos por dejarse dominar por la molestia.

La mayor parte de los animales salvajes aborrecen el mar; braman, rugen o chillan hasta que el mareo, les domina y les hace callar.

Los osos polares, se comprenderá que se encuentren a bordo como en su casa, es decir, como entre sus hielos, y un viaje por mar es siempre para ellos un viaje de recreo.

El elefante siempre se marea, pero en estos animales se puede evitar con una medicina un poco cara. Hay que hacerles beber un cubo de agua en el que se ha echado quinina y un par de litros de coñac o de whisky.

Cosas del cine, que no se ven en el cine

ESTUDIANDO EL AMBIENTE

Los directores que se dan cuenta del importante papel que les ha sido encomendado por las empresas no pierden ocasión de refinar con el estudio sus facultades, para poder lograr así, producir películas que reunan las mayores condiciones de bondad.

David Kirkland, que dirige a Constance Talmadge en las producciones que realiza esta estrella para la "First National Pictures" ha emprendido con este objeto un viaje por distintos países de Europa. Va provisto de una buena máquina fotográfica y su único trabajo consistirá en tomar vistas de lugares y costumbres típicas.

Los documentos que recoja el popular director durante su viaje han de prestarle más tarde servicios de importancia, cuando se trate de dar atmósfera a producciones cuya acción figure desarrollarse en Europa.

EL DESTINO QUE ERA EL SUYO

Lucy Cotton y Pedro de Córdoba acaban de filmar una cinta que lleva este título. También trabaja en la misma obra William Faversham, actor poco conocido todavía entre nosotros, pero de quien se dice que no tardará en hacerse popular.

El argumento de dicha producción ha sido escrito por Franck L. Packard, un novelista estimable. Del propio autor se filmó recientemente una obra "El hombre del Milagro" que fué uno de los éxitos de la temporada cinematográfica estadounidense. Dicha cinta será estrenada en breve entre nosotros.

LA COMPAÑERA DE HAROLD LLOYD

Harold Lloyd ha renovado su contrato con la casa Pathé para producir películas cómicas. El éxito de este discreto actor se afirma cada día más, aunque está muy lejos de conseguir igualar la gloria del admirado rival, del célebre Carlitos, con quien algunos cronistas excesivamente optimistas lo compararon.

La gracia de Harold Lloyd es mucho menos profunda que la de Carlitos. Bajo la aparente frivolidad de las excentricidades del hombre del bastón y la galera, existen verdaderos prodigios de observación y felices ocurrencias de humorista, que Harold Lloyd está muy distante de conseguir.

También ha renovado su contrato con la casa Pathé la encantadora Mildred Davis. Esta bella y discreta artista es la compañera de Harold Lloyd... en la pantalla. El contrato de ambos artistas ha sido sólo por un año.

LA MODA Y EL CINE

Aparte de su interés dramático muchas cintas resultan extremadamente atractivas para las damas, debido a las toilettes que lucen las artistas que interpretan las obras.

La mayoría de casas filmadoras tienen tanto en cuenta este factor que contribuye al éxito difinitivo de las cintas que editan, que crean departamentos especiales para seguir las evoluciones de la moda y poder lanzar constantemente los últimos modelos.

Nuestras lectoras se enterarán con placer de que precisamente esta curiosidad que ellas sienten por la moda, es lo que en primer término satisfará la próxima producción de Enid Bennet.

La cinta que está impresionando dicha artista, bajo la dirección de su esposo Franz Niblo, para Thomas H. Ince, [illegible] de la vida femenina. Dicha actriz luce en la obra numerosas [illegible] espléndidas toilettes, pues actúa como "modelo" de un célebre modisto.

EL NUEVO CONTRATO DE LILLIAN GISH

Lillian Gish se ha separado de D. W. Griffith. La noticia parece increíble, pues el hombre de las famosas hermanas ha ido siempre unido al del famoso director.

Lillian Gish ha firmado contrato con la casa "Frohman Productions" comprometiéndose a filmar cinco obras.

Será curioso comprobar las diferencias que pueden notarse en la actuación de la artista, debidas al cambio de dirección. Aunque la aventura puede resultarle peligrosa, creemos que en definitiva ha de beneficiar a la simpática estrella, pues ha de contribuir a desenvolver su personalidad.

No nos estrañaría, sin embargo, que dentro de poco tiempo Lillian Gish volviera al redil. Tal vez sólo se trate de una pequeña aventura a la que le habrá impulsado un lógico afán de independizarse.



Priscilla Dean, con su papagayo favorito.

LA REAPARICION DE ELLIOT DEXTER

Después de más de un año de permanecer alejado de toda actividad cinematográfica, Elliot Dexter ha decidido reanudar su trabajo.

Como se trataba de un discreto actor que contaba con generales simpatías, la noticia será muy bien recibida por el público.

Elliot Dexter ha firmado contrato con Cecil B. De Mille y se ha encargado de uno de los principales papeles de la última producción de este célebre director, cuyo último film "Macho y Hembra" se exhibe actualmente con tanto éxito.

La nueva producción de Cecil B. De Mille es a lo que parece muy interesante. Su título no deja de ser [illegible] "Algo para pensar en ello". [illegible] haga pensar no es [illegible] vea todos los días y si [illegible] cumple lo que el título pro[illegible] será digno de [illegible]gio.

Hemos dicho autor, debiéramos haber dicho autora, pues el asunto es debido a una pluma femenina, la misma que compusi[illegible] el de "Macho y Hembra". No deja de ser una garantía.

[illegible]DAD DOBLE

Alice Brady que había desertado temporalmente del cine para dedicarse al teatro, siente la nostalgia de la cámara obscura y se ha decidido a desarrollar a la vez una actividad doble como actriz teatral y cinematográfica.

Sin renunciar a sus contratos pendientes en el teatro ha firmado en consecuencia uno nuevo, comprometiéndose a producir varias obras para la Relcart.

Alice Brady cuenta con numerosos admiradores que aplaudirán, sin duda alguna, la actividad de la hermosa y notable artista.

WILLIAM HART SE RETIRA

El conocido actor cinematográfico, William Hart, ha sido víctima de un grave accidente.

Hallábase Williams Hart impresionando una escena de la última película en la que ha intervenido.

Dicho actor tenía que montar apresuradamente a caballo y salir en persecución del supuesto enemigo, que huía por el monte.

William Hart, que es un buen jinete, saltó sobre el caballo, y, lanzándose a galope, se dirigió a la montaña que había de escalar.

Cuando había recorrido unos cuantos metros, se interpuso inopinadamente en el camino una niña de pocos años.

William quiso refrenar tan rápidamente, que fué despedido de la silla, y, dando una vuelta de campana, cayó a unos cuantos metros, fracturándose varias costillas y sufriendo fuerte conmoción cerebral.

Las últimas noticias recibidas de América acusan una leve mejoría en el estado del simpático actor; pero anuncian su propósito de retirarse de la vida cinematográfica.

Interrogado por los reporters americanos, ha dicho William Hart que [illegible]rá su contrato con la casa edi[illegible] las ocho películas que le faltan para terminar sus [illegible], y después abandonará la [illegible].

Parece ser que William Hart se retira con una fortuna de dos millones de dólares adquiridos durante los di[illegible]rentes contratos que firmó sucesi[illegible]ente con varias entidades edito[illegible].

AMERICA Y LAS CINTAS EXTRANJERAS

Los empresarios norteamericanos de cinematógrafos, en la reunión que celebraron no hace mucho tiempo, han adoptado el acuerdo de aceptar toda clase de películas que tengan mérito.

A juzgar por lo que dice la prensa norteamericana, los empresarios de aquel país se han expresado en los siguientes términos:

"Nosotros lamentamos los propósitos expuestos por ciertos editores de disminuir la producción de películas de calidad. El arte es internacional, y, por consiguiente, aceptaremos para nuestros locales todas las cintas de mérito que se nos presenten, sin detenernos a examinar el país donde fueron hechas.

Y declaramos nuestras intenciones de favorecer la importancia de estas películas, si este sistema da como resultado excitar la emulación de los productores americanos.

Esta noticia, al circular por Europa, dará un resultado inmediato: la exportación de cintas a América, puesto que el gobierno neoyorkino parece inclinado a atender las peticiones hechas por los empresarios de aquel país.

La competencia que ha de producir esta exportación dará como resultado una mayor intensidad entre los norteamericanos; y con esta competencia quien saldrá mejor librado ha de ser el público, que va a presenciar el duelo entablado entre los editores de películas de Europa y de América.

DE TODAS PARTES

Se encuentra en Nueva York adquiriendo material cinematográfico español, don Juan Verdaguer.

También se halla en la ciudad neoyorquina don León Gaumont, que se propone explotar en Norte América su procedimiento de película en tres colores.

Un fotógrafo londinense, Lyddell Saywer, ha patentado un sistema de subtítulos, más curioso que práctico.

Aplicando el método patentado, las frases impresas saldrían de la boca de los actores.

Thomas Ince ha organizado un gigantesco concurso de argumentos cinematográficos.

Cada uno de los que sean aceptados y desarrollados en la pantalla por la Casa Ince, será adquirido por la suma de 100.000 francos.

William Fox es el propietario de la galería cinematográfica más grande del mundo.

Las dimensiones del estudio de la Fox, en Los Angeles, son 75 metros de ancho por 30 de largo y 9 de altura.

La Universum Film, de Berlín, ha comenzado a filmar una serie de cintas cuyo principal asunto es combatir el bolchevismo.

CRÓNICAS DE PARÍS
Las modas escandalosas y el senado francés

La desvergüenza en actos y en palabras que se observa en la actualidad en la escena parisiense, ha llegado a tal extremo, que ese problema ha atraído la atención del severísimo senado de la república, el más alto cuerpo legislativo de Francia. Los senadores en su mayoría, convinieron en que la licencia casi ilimitada que se observaba en la escena francesa, tenía ligas muy íntimas con otras causas que amenazaban muy seriamente destruir a la nación francesa. Llegaron los mismos senadores a la conclusión de que las piezas inmorales ayudaban a destruir la santidad de la familia, a fomentar la tendencia de la raza hacia el suicidio, a corromper a jovencitas y a niños inocentes y a favorecer el desarrollo de la tuberculosis y otras enfermedades no menos asoladoras.

"Acuso a los empresarios teatrales sin conciencia, de estar destruyendo los cuerpos y las almas de nuestros hijos, sólo por interés de ganar dinero", exclamó un senador.

Tiénese entendido que la representación que inspiró a muchos de los senadores para sus acusaciones contra los teatros, fué la "revue" que actualmente viene representándose en el Folies Bergère. En esa pieza figura una escena que se supone viene a constituir una caricatura de las modas femeninas en nuestros días.

Las artistas que representan los modelos de la moda, aparecen luciendo trajes análogos a los que se llevan en sociedad, pero acentuando ligeramente las exageraciones. En el fondo, aparecen como sesenta muchachas, con las espaldas ligeramente descubiertas y volviendo a medias los rostros hacia el público. Se encontraban formadas en filas hasta el fondo de la escena, cubierto con una cortina de terciopelo negro. Reflectores eléctricos iluminaban las espaldas de cada una de aquellas actrices, haciendo resaltar sus curvas y su blancura.

Ante ese fondo sensacionalista iban desfilando los modelos de las últimas modas, procurando que fueran lo más escandalosas posible, con lo que inútil es decir que se obtenían efectos indescriptibles. Muchos de los espectadores exteriorizaban su desagrado ante aquel espectáculo, a pesar de que se les ofrecía en un lugar célebre por la frivolidad.

Esta escena, aunque en comparación con otras de algunos otros teatros nada tenía de inmoral, provocó a tal extremo la indignación de un senador, que se puso en pie para protestar contra ella, hallándose en un palco.

Ya nadie ha dejado de oir hablar de la famosa representación del "Quo Vadis?" en el propio teatro de la Opera, en la que la prima donna aparece casi enteramente desnuda en brazos de un gladiador que tampoco se distinguía por la abundancia de ropa.

A continuación se reproducen algunos pasajes del acta de la sesión del senado en el que se debatió este delicado punto de moral social.

"El presidente del senado.—En la orden del día se encuentra anotada una discusión en la que tomarán parte el senador de Lamarzelle y algunos de sus colegas sobre las objeciones que pueden formularse contra algunas representaciones teatrales y la licencia que se advierte en los carteles de teatros en los actuales momentos y en toda Francia.

"El senador de Lamarzelle.—Sé de antemano que mi misión va a ser muy difícil. Usaré de toda la delicadeza posible, pero al mismo tiempo me propongo hablar con claridad. Estudiemos primeramente los títulos de las piezas que podemos leer todos en los muros de nuestra capital. Se nos ha dicho que los niños no pueden perjudicarse con las piezas inmorales, porque no las ven. Esto es realmente un anzuelo para el público, pero también es indudable que los niños ven los carteles. Básteme citar los títulos de algunos de esos carteles: "La Revista saladísima", "El acostarse de las ingenuas", "La revista sin camisa", "Mi hermana quiere un amante", y, para no alargarme, no omitiré decir que se ha fundado un teatro que se titula a sí mismo "Teatro de los Libertinos". Leeré ahora algunas líneas del anuncio de ese teatro: "Opera libertina en tres actos". Las sesenta y cinco tentaciones. Tercer acto, la orgía, sobre el puente del amor, la procesión de las bayaderas voluptuosas. Días pasados supe que el anuncio de ese teatro había sido retirado, pero no tardó en saber la causa: se había cambiado la pieza por otra más licenciosa todavía. Pido de antemano perdón por verme obligado a citar los títulos de algunas de sus escenas: "La locura del amor, la competencia de las espaldas, las mujeres en delirio, los escotes excitantes, la bella crucificada, el abanico de carne". En un periódico importante se anuncian esas escenas diciéndose que llegan hasta un extremo nunca visto en materia de atrevimiento y de audacia. En otro teatro se anuncia "El estanque encantado", añadiéndose estas palabras: "20.000 galones de agua, llenos de encantadoras náyades". Hay otra pieza que se titula "El sátiro y las ninfas". Aquí tienen ustedes otro aviso de la pieza titulada "Hola, Venus" en el que aparece una actriz llevando su pelo suelto como único vestido. Otra pieza se titula "Flor de pecado", y pretende ser obra japonesa: en primer término aparece una musmé medio desnuda, en segundo término otras musmés más descubiertas todavía, y en el fondo otra más que no lleva absolutamente nada encima. Hace unas cuantas semanas me horrorizó saber que se iba a dar una opereta titulada: "La escuela de los sátiros", pero mi asombro no tuvo límites cuando supe poco después que el director del teatro donde se está representando esa pieza, había sido nombrado oficial de la Legión de Honor. Con esas piezas se impone además gran degradación a las actrices, muchas de las cuales no pueden menos que indignarse por los papeles que se les asignan. Como los empresarios son los que redactan los contratos, tienen cuidado de insertar en ellos cláusulas imponiendo multas de varios miles de francos a la que se niegue a salir a escena como lo requiera la pieza. Sé de muchas que se han indignado y protestado cuando se las trata de que se presenten en escena punto menos que desnudas, alegando que son mujeres casadas, y entonces el empresario les recuerda la multa terrible".

El senador de Lamarzelle citó muchos otros detalles sobre piezas inmorales que están representándose, insistiendo sobre la necesidad de darlos a conocer para que se comprenda la necesidad de dictar medidas legislativas para remediar el mal. Con gran acopio de datos y de argumentos convincentes, el senador pasó revista a todo el campo de piezas y de carteles inmorales, y demostrará cómo de esta suerte estaba degradándose a la juventud, relajándose los lazos de familia, destruyendo la fuerza de Francia y perjudicando su prestigio en el extranjero.

Por último aludió a la propaganda neo-Maltusiana, la manía del suicidio de la raza, que parece hallarse floreciente en Francia. Demostró que la corrupción extendida por los espectáculos inmorales atacaba a la salubridad pública, destruía el amor de la familia y favorecía el desarrollo de la tuberculosis, del consumo del opio y de muchos vicios y enfermedades.

Varios otros senadores adujeron argumentos análogos a los esgrimidos por el anterior orador y nadie se atrevió a poner en duda los terribles cargos que pueden formularse contra el teatro francés y sus deplorables resultados. El ministro del interior, que concurrió a esa sesión, admitió la existencia de un deplorable estado de cosas y que el gobierno consideraba muy difícil mejorar semejante situación. Como resultado de ese debate, el senado aprobó un acuerdo pidiendo al gobierno que empleara todos los medios que se encuentren a su alcance para suprimir la inmoralidad en las representaciones teatrales y en los carteles públicos, y al mismo tiempo indicando la conveniencia de que se dicten nuevas leyes que den al gobierno todas las facultades y adiciones de que pueda tener necesidad en esa campaña.

COSAS DEL CONVENTILLO, por Tristán Babuna



—¡Qué escándalo, don Pepino Tintoretto! Mire a la de Mendoza afilando con el correntino interventor.
—¡Eh! La culpa la tiene el encargao, la tiene.

La costumbre de los atletas y gladiadores griegos y romanos de luchar en los juegos públicos y en los circos, desnudos o casi desnudos, ha dado nombre al arte gimnástica, ramo importante de la educación del hombre. En efecto, de "gymnos", que significa desnudo, se derivan "gimnasia" o arte de los ejercicios corporales y de los medios de desarrollar las facultades físicas; "gimnástica", adjetivo substantivado que se ha usado y usa todavía como sinónimo de aquél; "gimnasia" y "gimnasiarca", el que proporciona los ejercicios a la constitución de los individuos, persona inteligente que dirige la educación física; "gimnasio", o edificio en que la juventud se ejercita en los ejercicios corporales, y también lugar destinado a la enseñanza pública; "gímnico", lo concerniente a la ciencia de los atletas; "gimnicología", tratado o discurso sobre los ejercicios corporales; "gimnasma", ejercicio activo, etcétera, etc.

ESTE ERA UN PAÍS

(Fragmento de la novela uruguaya de éste título, original del periodista don Vicente A. Salaverri)

I

El doctor Aznares contradijo vehemente a Valdeberg.

—¿Y por qué habían de seguir las cosas igual? El amigo Ribalta tiene razón, ¡toda la razón! Eliminando el dinero desaparece el más poderoso agente de relajamiento. ¿Que sólo los maximalistas se oponen hoy a que el individuo acumule riquezas?... ¡Pues bendigamos el maximalismo que nos aporta la posibilidad de regenerarnos!

Entre dos fieros tirones a sus bigotazos hoscos, el coronel Forteza se mofaba:

—¡Todos nos burlamos del capital, pero todos trabajamos por acumularlo! Acuérdese, doctor: usted va a ser rico algún día. ¡Médico nada menos... y en campaña! Cuando usted mismo firme cheques por muchos miles de pesos, va a expresarse en otra forma.

—¡No lo crea!

—¡Lo vamos a ver!

El coronel Forteza, dicho esto, colmó de whisky su vasito, que miraba al trasluz. Satisfecho del color ámbar pálido, apuró el contenido lentamente, secándose con los dedazos quemados del cigarro los espesos mostachos negros, donde brillaban algunos hilos de plata. Con su jerga policial—había sido comisario de órdenes mucho tiempo en Montevideo—sentenció:

—Yo creo que la plata es un elemento de orden. ¿Por qué me obedecen a mí los soldados? ¿Por mi sable acaso?... No, por lo que les paga el gobierno. ¿Por qué se someten los pobres en todas partes?... Por la necesidad. Si todos fueran ricos, todos querrían mandar.

—Perdone, coronel—rectificaba Víctor;—si todos fuesen ricos, el dinero no valdría para nada. Todos serían pobres, desde que al no desear nadie más billetes de banco, con la moneda poco podríamos conseguir.

Valdeberg, que parecía abismado, dijo entonces levantando la cabeza:

—¡Está visto que no se entienden! ¿Por qué no hablan de algo más divertido?

La tertulia, en un cuartito de la confitería Passano, fué larga y entretenida para todos, menos para Víctor, que llevaba una semana en Treinta y Tres, sin habituarse a aquel ambiente pueblerino. La pequeña ciudad le parecía chata, gris, sin carácter; y las gentes, poco o nada expansivas, con toda la tosquedad del campesino y la malicia del habitante de las grandes urbes.

—¡Prefiero corte o cortijo!—le había dicho al doctor Aznares.

Pero éste opuso convencido:

—¡Ya se irá usted acostumbrando! Se va a amoldar como nosotros.

Todas las noches, después de las 9, se reunían, en el cuarto que servía de escritorio a Passano, "los ilustres". Era toda gente foránea, con algún cargo de importancia. Mientras en los salones grandes "el pueblo" jugaba a los naipes o al billar, "los ilustres" comentaban los más recientes acontecimientos políticos. Producidas las divisiones coloradas, hubo gran deserción: se fué el jefe de policía, el juez, el administrador de rentas, el intendente... Quedó Aznares; un médico veterinario de apellido Salazar; Forteza, el jefe del batallón de infantería, Víctor Ribalta, que había empezado a dar en el Liceo las cátedras de Filosofía y Literatura y dos o tres empleados del Banco, quienes se abstuvieron de concurrir esa noche. En cambio estaban allí Valdeberg, íntimo amigo de Forteza, propietario de campos a diez leguas de la ciudad, y Luis Clemente, un muchacho taciturno, muy débil y encogido, juez de paz en una de las secciones rurales del departamento.

La residencia de Valdeberg estaba en Montevideo, de donde salía cada dos o tres meses, para inspeccionar sus vacas Hereford y las yeguas puras de una estancia que había comprado.

El coronel Forteza, tras de su ceño adusto, escondía un alma ingenua que le impulsaba a dar gritos y relinchos para hacerse respetar más. Aznares le era profundamente simpático desde que se negó a cobrarle un centésimo por atender los enfermos de su familia, y Salazar parecíale digno de consideración, aunque sólo fuera por llevar el apellido de aquel bravo compañero cuya hazaña hubo de repetir cien veces.

—¡Qué hombre de coraje!

Una noche, según refería, fueron a decirle al coronel Salazar que su batallón estaba a punto de sublevarse (1). Los conspiradores hallábanse reunidos en la más amplia cuadra del cuartel. El jefe, sin oir detalles, se tira de la cama, toma su espada de la percha y corre, en ropas menores, hacia el sitio que se le indicó. Pero de pronto, al abrir de golpe la puerta, un feroz hachazo le deja sin la mano izquierda. Salazar no se inmuta; en sus labios se ahoga un ¡ay! de dolor. Levanta del suelo aquel miembro inerte y, como una maldición, lo arroja sobre la cabeza de los conjurados. En seguida empuña la espada y, fiero, arrogante, épico, nuevo héroe medioeval, desafía a los ochenta o noventa rebeldes:

—¡Una gran pulga! ¡Vayan saliendo!..

Por las referencias de Aznares, el doctor Salazar no se parece mucho a su antepasado. De ser menos flojo, habría puesto uno de sus inconmensurables botines en el trasero escuálido del periodista Barreiro. Porque Barreiro, todas las semanas, desde que sobrevino el desacuerdo entre Batlle y Viera, dedica al veterinario en "La Concordia" un par de sueltos feroces. "Buscapiés" se titulan.

Forteza refunfuña festivo:

—Busca... pies. ¡Péguele en el c... la patada que le exige!

Luis Clemente, el más reservado de los contertulios, es poeta. Y como tal, incomprendido. Sus vecinos, hombres rústicos y egoístas, ponen escasa atención en el talento del muchacho, talento que niéganse a admitir razonando al modo gedeónico: "¡Nos van a decir quién es ese a los que lo hemos visto nacer!" Luis Clemente imprimió hace algún tiempo un librito de versos, poniendo precio de cinco centésimos—¡oh, ironía!—al ejemplar. No lo compraban y tuvo que regalarlo; pero fracasó igualmente en su afán de celebridad, pues los favorecidos con el delicado obsequio tampoco lo leían. Desde entonces cayó en un mutismo desolador. Cuando Víctor hablábale de Francia, las pupilas, de suyo estrábicas, tenían más turbio el mirar.

—¡Usted debía salir de aquí!—era la exclamación del flamante catedrático.

Y el muchacho entornaba los párpados:

—¡Ya es tarde!... ¡Ya es tarde!

Su pobreza y una corta familia, teníanlo asido como con cadenas a una zona pastoril, donde los hombres guardaban tan celosamente su espíritu que parecían despojados de todo cuanto no fuese materia. En un par de días—Clemente fué a Treinta y Tres para intervenir en la primera conferencia batllista—Víctor llegó a sentir por aquel elegíaco verdadero afecto. Sus versos, con defectuosa técnica, le parecieron muy buenos. Haciendo de juez de paz, ganaba el poeta apenas lo que un milico con Forteza.

En la torre de la iglesia sonaron unas campanadas y Valdeberg, que refería algo sucedido en su estancia, hizo un paréntesis:

—¡Pero es hombre aficionado a las armas el criollo!

Expuso el hecho escuetamente. Un peón, corrido por la miseria, fué a pedir trabajo al establecimiento. Llevaba medio año sin lograr conchabo.

—¿Y qué es lo que sabés hacer vos?—le dijo el ganadero.

—¡Ande me pongan, salga pa'elante!

Valdeberg tomó al gaucho y sus primeros pasos no le impresionaron mal, pues era cuidadoso. Pero descubriéndole en la cintura tremendo facón y un revólver de gran calibre, le previno:

—¡Mire que dentro de mis campos hay suficientes garantías y yo no le permito a nadie que ande armado de ese modo!

—¡Pucha que tiene partes!—expuso altivo.—¡Bueno, arrégleme la cuenta!

Y se fué con su arsenal.

—¡Es un gesto típico!—sonrió Víctor.

LAS TRAGEDIAS DE LA VIDA DIARIA



La cocinera.—¿Por qué estás triste? ¡No es culpa tuya si han robado los cubiertos!

La mucama.—¡Ya lo sé! Pero me tomé un trabajo inútil. Recién acababa de lavarlos.

—En la estancia de mi hermano, yo conocí un gauchito que sólo trabajaba "pa las garras".

Aznares asentía:

—El último gaucho mezquina cinco reales cuando tiene que comprarse una bombacha, pero el revólver si no es Smith no le merece aprecio. Me acuerdo de un hecho de sangre en el que intervine como médico. El juez prendió a cinco peones en un boliche. Entre los seis tenían cinco reales... y nueve armas de fuego.

—Y sin embrgo—dijo con voz chillona Salazar—el gaucho no es asesino. Pelea, pero ni más ni menos que un bracero andaluz o un campesino de Nápoles.

El patrón de la confitería, un italiano coloradote y jovial que abrió en ese instante la caja de hierro, se indignaba:

—¡Ma no dica maoana! ¡Lo gabucho es asasino!

Tiempo le faltó a Forteza para asestarle:

—¡Asesino eres vos, gringo pícaro, con las bebidas que adulterás!

Aznares, que preparaba un estudio sobre el hombre de campo, hizo afirmaciones concluyentes:

—Sin duda, el rústico de esta tierra es un tipo interesante, más interesante que cuando lo fantasean nuestros costumbristas, familiarizados con los compadritos del arrabal metropolitano y obsedidos por el "Martín Fierro" de Hernández. El gaucho no es parlanchín ni siquiera muy ocurrente. Como todo campesino, es parco, desconfiado, sentencioso... Casi siempre leal; en ocasiones, perverso; invariablemente despreciador de la vida. Su existencia fué venturosa antaño, cuando tenía su rancho al pie de un ombú; su china, su buen pingo, sus ovejitas, su guitarra... Un pulpero le hizo vicioso y un latifundista le compró el campo, engañándolo con unas miserables monedas. De ahí arranca su condición de aherrojado. Ahora languidece: es servidor de estancia, tropero, policía... Y guarda los intereses de los mismos que le despojaron de lo suyo. En los pueblos, hay gente miserable que no come, cuando resulta tan fácil apretar un alambrado y hacer salir unos cuantos animales gordos.

—Pero ¿y el miedo a la autoridad?—repuso el coronel Forteza.—¡El que roba va a la cárcel!

Víctor repitió algo que había oído andando por el campo:

—¡Robar para comer no es robar!

Concluyó de definir al paisano en esta forma Aznares:

—Da su esfuerzo por una suma irrisoria; obedece de buen grado al patrón; su sobriedad maravilla. Proporcionándole la carne de una oveja sin dientes, olvida que existen el pan y los buenos manjares; no recuerda que, aunque escasos, en el país hay viñedos. El latifundista puede dejar abierta su despensa, que ninguno de los servidores va a robarle un tarro de dulce o la botella de cognac...

—Aquí como en todas partes—agregó Víctor—el campo hace a los hombres sobrios, contemplativos y desconfiados.

Salazar volvió a dejar oir su voz gangosa:

—Yo estoy de acuerdo con esa afirmación del amigo Ribalta.

—¿Cuál?—preguntó Forteza.—¡El catedrático de Literatura acaba de hacer varias!

Remarcó de un modo irónico la palabra "Literatura".

—Esa de que es desconfiada la gente de campo.

Y contó algo que le había sucedido a él. Una mañana, como Inspector de Policía Sanitaria, son requeridos sus servicios. Va a una estancia. En general, los ganaderos rústicos tienen escasa fe en los veterinarios, pues piensan que un hombre bisoño de la ciudad sabe menos de animales que ellos, envejecidos criando vacas y ovejas en las praderas vírgenes. El hacendado que llamó a Salazar era otro gigante como él, aunque un poco menos adiposo, que exclamara mostrándole una vaquillona muerta:

—¡Mire como s'ha hinchao ese animal! ¿Me lo podré comer con cuero?

—¡No sea bárbaro! ¡Es carbunclo!

—¿Está bien cierto, dotor?

—¡Como de que ahora es día! Fíjese en la inflamación abdominal, en las patas abiertas, en las pezuñas separadas...

El rústico se echó a reir.

—Vea, dotor; yo lo he molestao por una apuesta con mi compañero que dice qu'usté es capaz de conocer las pestes de los animales. ¡Pero ahora s'ha equivocao feo! Est'es una vaquillona lindaza que yo mismo ahorqué con el lazo.

Y, siempre burlón y jovial, le convidó a comerla. El otro caso no era menos característico. Vacunaba contra la aftosa en un establecimiento y el capataz le enseñó un ternero que daba saltos estúpidos entre las vacas pingües del rodeo.

—¿Qué podrá tener es'animal, que venía bien y áhura no sé qué l'ha pasao?

—¡Asolado tal vez!—insinúa Salazar.

Y el otro asesta, como quien da una puñalada a su enemigo irreconciliable, el técnico:

—Se ve qu'usté es muy inteligente, dotor. ¡El ternero es loco e nacimiento y hay que ponérselo a la madre pa que mame!

El coronel daba unas risotadas bellacas.

—¡Pero, amigo! ¡Gordo zonzo, qué lo embroman lindo!

Salazar se puso en pie. El cuarto mezquino, aunque alto de techo, parecía más chico por la corpulencia del mozo.

—¡Son cerca de las doce!—dijo.

—¡Este anda bien con la dueña del hotel y quiere demostrarle que le guarda fidelidad!—fué la burla de Forteza.

El veterinario sonreía a todos con sus ojillos claros, reducidos por aquella grasa que daba lustre al rostro rubicundo.

(1) Histórico.

Su cabeza se hubiera creído pequeña, embutida como se hallaba en unos hombros desmesurados, atléticos. Era de pelo rubio y miraba entornando los párpados, como si las pestañas de color pasto maduro protegieran insuficientemente las pupilas. Había en su aspecto un no sé qué de perezoso, que fracasaba en la realidad, pues era un hombre activísimo, con tiempo para todo. La causa batllista no tenía en aquella zona un elemento que se moviera tanto, yendo allí donde imaginaba posible toparse con un aliado. Su jovialidad hacíale simpático fácilmente. Forteza se le rió:

—¡No se vaya! ¡La reunión está muy linda!

Salazar se fué sin que los otros le imitasen. Valdeberg y Forteza bebían wisky sin interrupción; a Ribalta y Clemente, por el contrario, hubiéraseles creído abstemios. El militar justificaba su exceso:

—¡Es que la noche está muy fría! Los cuerpos necesitan calefacción.

Aznares volvió a hablar de los latifundios y los dos jóvenes le apoyaron.

—¡Qué lástima que yo no tenga cuarenta mil hectáreas como tiene Palomar en la estancia de Cerro Colorado!—era la queja del coronel.

Según Víctor, un capital tan grande en manos de un solo hombre era una rémora para buena parte del país.

—¡Pero si tiene haciendas inmejorables, si hace plantaciones!...

Aunque haga un palacio. ¡Para que yo me reconciliara con él tendría que pagar de su bolsillo todo el presupuesto del ministerio de Instrucción Pública!...—adujo Aznares.—En esa vasta extensión, mil hombres rutinarios harían obra más útil: ¡hijos! Iban a poblar la patria.

—Nuestra propaganda—insinuó entonces Víctor—debía reducirse a esa prédica.

—¡Alto ahí!—protestaba Valdeberg, que decíase amigo personal de Batlle.—A nuestro hombre lo combaten los adversarios diciendo que quiere traernos el soviet al Uruguay.

El dueño del café, con esa familiaridad de los hospederos lugareños, fué a echar a los clientes.

—¡Andiamo!... ¡E hora de andarse a dormir, per Dio!

Valdeberg le alargó un billete de 50 pesos con un ademán desdeñoso:

—¡Che, gringo, qué cosa bárbara!... ¡Tan viejo y tan mal educado!

A Valdeberg le brillaron mucho las pupilas, de iris azul celeste. Los pelos, largos y lacios, le caían como alas sobre las sienes, dándole un aspecto interesante de violoncelista. Sus canas eran muchas ya. Mientras le traían el cambio, Valdeberg, con su voz débil y apagada, de sordo, habló nostalgioso de Escandinavia, donde fué agente consular.

—Dejo esos gauchos que ustedes tanto admiran y me quedo con aquellos hombres de sangre fría, que no dan en su vida una puñalada. Permiten que todo el mundo viva en paz; por eso quien va a Noruega se encuentra con que allí no hay cárceles criminales. Allí el que da una trompada desembolsa diez coronas para los huérfanos. Es más ventajoso ir a que le tomen a uno medida de un traje. ¡Allí nadie mata ni se mata!...

—¿Ni por honor?—inquirió asombrado el poeta.

—¡Bah, bah, por honor!... Los hombres de sangre caliente tienen el culto de las palabras.

Valdeberg fingía parecerse a sus ascendientes, que eran suecos. He ahí acaso el origen de una sordera que, a la postre, resultaba cómoda, porque evitábale contestar preguntas que no le convenían.

En la calle, se separaron. "¡A dormire!" les había dicho paternal don Domingo, el viejo italiano. Víctor Ribalta convidó al poeta para que le acompañase hasta el puente, quince o veinte cuadras más allá de las afueras del pueblo. En Treinta y Tres, un paseo de esa índole a tal hora era una cosa insólita, extravagante. Forteza se reía despidiéndolos:

—¡Es algo de locos! ¡Dios los cría y ellos se juntan!

Y tiraba jaraneramente de aquellos bigotazos que la humedad de la noche ablandaba, como si fueran la cerda de un higrómetro. Todavía los asaetó de lejos:

—¡Poetas!... ¡Poetas!...

Víctor, alejándose ya, dijo al acompañante:

—En nuestros medios rurales, sin duda el calificativo de "poetas" ha de parecerle denigrante a muchos.

—¡Ofensivo!—corrigió Luis Clemente.—Se ríen en la forma burlesca que, aunque amistosamente, lo hace el coronel.

Seguían los dos jóvenes la calle principal, mientras los otros desaparecieron por mitad de la plaza. Los faroles públicos permanecían sin luz y bajaba del cielo una claridad débil y tristona. En las losas de piedra resonaban los pasos nerviosos de Víctor y el poeta. Una humedad fría obligábales a tiritar bajo los sobretodos. Ante el eco de aquellos pasos inusitados, un vigilante que dormía en pie desplegó los párpados con presteza. Llegaron a las afueras. Varios hombres espectrales descargaban el contrabando de una carreta con esa confianza que da la impunidad. Descendían los paseantes por una arteria amplia, junto a copudos eucaliptos que los saludaron con el murmurio perezoso de sus hojas. La luna, entre un círculo lácteo, era un brillante engarzado en ópalo. No se veían estrellas. En la paz de la noche, tras la ciudad dormida, sonaba el canto monótono y plañidero de las ranas, canto que parecía más recio con el silencio misterioso de la hora. A la izquierda, dejaron una veintena de ranchos sórdidos, los frentes puestos en línea recta. Detrás de esas miserables viviendas se hacinaban otras, aun más reducidas, hechas de paja, de tablas y de latas. Víctor, con aquella postración que le acometiera llegando a Treinta y Tres, expuso:

—¡Me apena esta miseria, como si fuese yo el que viviera ahí!

—¡Para el que tiene sensibilidad todo lo de la vida es triste!

—¡Y lo dice un poeta!

—¡Un poeta elegíaco!

Hubo un instante en que a los dos intelectuales les parecía que las ranas se mofaban de aquella aflicción, con el cristal vibrante de sus crótalos. Un perro, aullando lúgubre a lo lejos, les produjo un sobresalto ominoso. Luis Clemente tomó al amigo de un brazo:

—¡Estas noches me hacen mal!

—Si quiere damos vuelta.

—¡No, no!... Vamos a seguir hasta el puente. A eso hemos venido. ¡No me haga caso! Yo siempre fuí un muchacho triste, supersticioso... Las noches obscuras tienen algo de maléfico, de alucinante... ¡No sé, no sé! ¡Parecen embrujadas!

La escasa luz impedíale ver bien a Víctor la cara de su amigo. Debía marcar un rictus doloroso cuando expresó:

—Yo soy un ignorante, que no ha estudiado nunca. Siempre creo que mis inclinaciones literarias debieron manifestarse naturalmente al otro día de nacer. Muy niño, cuando cuidaba entre los chircales unas vacas lecheras, notábame con el alma oprimida. Era mirando el paso de un ave por el cielo; viendo flotar las nubes blancas, como ilusionees; oyendo el murmullo flébil de las arboledas... Si una mujer cantaba cerca, sobrecogíame la más dolorosa de las impresiones. Así transcurrió mi vida en esta tierra; siempre solitario, entre mi madre y mi hermanita. Solo y ensimismado en la calma augusta del campo, era feliz porque sufría. ¡Cuántas veces lloré sin saber la causa, mirando al cielo y haciendo versos de memoria! Más tarde comprendí que el motivo de mi congoja era una como anunciación de la fatalidad de mi destino.

Víctor subió el cuello de su abrigo, a pesar de lo cual tiritaba. Su epidermis habíase granulado como si la fría humedad traspasase las ropas. Sobre su alma, como un temporal de nieve, iban cayendo, punzantes y frígidas, las angustias del amigo.

Fuí bolichero—añadió el desgraciado.—Un comisario me enseñó a escribir a cuenta de que luego me marchara de auxiliar con él. No tengo maestros en poesía, no he conseguído hasta hace un par de años, libros. A los clásicos los conozco de nombre y mi bagaje se formó leyendo periódicos, mientras era escribiente de policía.

—¿Pero ahora?

—A más del Juzgado, tengo la tarea de la chacra, un pedacito de tierra que nos dejó un pariente; un pedacito de tierra sin cuyo cultivo no podríamos vivir. Mis versos son fruto de una imaginación enfermiza y llevan ese sello inconfundible de las tristezas irremediables. No tengo ideales. Canto como los pájaros. Mi concepto de la vida es demasiado pesimista para que forje una sola esperanza. Tengo la certeza de caer vencido y me resisto a luchar...

Iban aproximándose al río. Víctor sentía el alma desgarrada. Aquella noche obscura y aquella honda soledad complicaron, como un maleficio, el efecto de las palabras. Olvidó la carta del doctor Fulquet que pocas horas antes le diera ánimos:

"No te desesperes, porque si a tu hermano le cabe el derecho de expulsarte de sus campos, yo puedo hacer que permanezcas en los míos. Piensa en el plan de que te hablé y escríbeme para que ponga manos a la obra."

¡Ah, el espíritu bondadoso que, apenas llegado a la capital, le había conseguido dos cátedras en el Liceo!... Ahora pensaba ponerlo en el camino de la opulencia, sin pensar que su zozobra no provenía de la pobreza, sino de estar prendado de Raquel.

A ambos lados del terraplén por el cual avanzaban, crecían los árboles selváticos. Las ramas formaban espesa maraña, hasta invadir las márgenes del río. Las aguas del Olimar están quietas, dormidas. Suenan medrosos los pasos sobre el maderamen del puente. La luna no riela en la tersa superficie del río, sino que se refleja junto a un sauce como la cara de Pierrot en un espejo. Hay un fuerte perfume sensual, que viene de la espesura. Muy lejos, se divisa la fogata de unos carretilleros. A la izquierda, el puente ferroviario erige el triunfo de sus cinco arcos de acero como un gran encaje negro.

En un instante de absoluta sinceridad, bajo el sortilegio romántico de la luna, Luis Clemente sacrifica los últimos pudores del espíritu ante aquel camarada que con su varonil llaneza ha sabido apoderarse de su pecho.

—¡Perdóname!—y le tuteó.—¡Deja que te lo cuente todo! A mí me pasa algo terrible, tierno y dramático, ingenuo y perverso, santo y execrable... ¡Es una monstruosidad!

Y cae en los brazos del otro, para llorar amargamente.

—Estoy enamorado...

—¿De tu hermana?

—¡Sí!

—¡Oh, infeliz!

—¡Y la quiero!... ¡y la deseo!...

Sacudiéndolo con sus brazos, que han vuelto a ser vigorosos, Víctor no lo deja concluir.

—¡Vete lejos, muy lejos!... ¡A Francia!... ¡A Norte América!

En ese instante, un lucero atraviesa las nubes, les sorprende abrazados. El perro aúlla fatídico en la lejanía...

El verano más caluroso

El verano de 1878 fué tan caluroso que por todas partes se resgistraban frecuentes casos de insolación. En los Estados Unidos los extraordinarios calores ocasionaron muchísimas desgracias. En San Luis el termómetro subió el día 19 de julio a 42 grados a la sombra. Hubo que improvisar un hospital para atender únicamente a los atacados de insolación. Durante el día entraron 150 enfermos que al momento fueron tendidos sobre lechos de hielo. De los ingresados en el hospital perecieron 49, y se cree que fuera de él perecieron otros tantos. El trabajo fué suspendido aun en los telégrafos y ferrocarriles. Los caballos de los tranvías caían muertos; sofocados por el calor. Nadie quería salir a la calle y aún estando a la sombra muchos enfermaban. En las villas y aldeas vecinas ocurrieron también muchas desgracias. En Chicago el termómetro subió a 42'77 y en Dubnque marcó de 33 a 35, ocasionando tan extraordinario calor gran número de enfermos y muertos.

PARA LA GENTE DE CAMPO

Enfermedades del ganado

EL MIO-MIO O ROMERILLO

Los hacendados han atribuído siempre al romerillo o mio-mio ("Baccharis cordifolia"), una acción tóxica violenta, capaz de producir la muerte de los animales domésticos (equinos, bovinos, ovinos) en un período de pocas horas. Y citan muchos casos en apoyo de su creencia. En muchos lugares se recuerdan hecatombes famosas producidas por el mio-mio.

Las tropas de campos bajos, de las islas, o de los potreros muy tiernos donde no hay romerillo, quedan diezmadas al ser pastoreadas en campos donde crece el arbusto. La mortandad se produce siempre después de una marcha penosa. Los animales hambrientos, en el primer descanso comen el arbusto, beben en seguida y mueren seis o siete horas después con signos de envenenamiento. Puede sucumbir la mitad de la tropa. Y la mortandad cesa de pronto.

Síntomas.—Los animales que comen mio-mio se muestran enfermos seis u ocho horas después; sienten dolores intestinales más o menos violentos, escarban el suelo y se dejan caer con las pupilas dilatadas y la boca de espuma verdosa. Se desplazan difícilmente y tambaleando.

Si la cantidad ingerida es grande, la muerte se produce en pocas horas, con convulsiones y rales agónicos de congestión pulmonar.

La intoxicación es frecuente en los bovinos y en los ovinos. No lo es tanto en los equinos. El prodeso ofrece en todas las especies los mismos caracteres.

Los animales más o menos timpanizados, dejan de comer y rumiar, marchan lentamente, con la cabeza gacha y el tren posterior vacilante, se dejan caer y permanecen echados las últimas horas. Hay reacciones frecuentes. La temperatura se eleva hasta 40 grados. La muerte se produce en colapsos.

La diarrea se produce después de varias horas y suele ser copiosa, obscura, estriada de sangre. En los animales que salvan se observa la diarrea sanguinolenta durante varios días.

En los casos graves hay regurgitación de líquido verdoso, que ensucia los labios y la nariz.

Los dolores abdominales son constantes y suelen sentirse borborigmos.

Los animales inyectados por vía subcutánea, ofrecen hipertermia, convulsiones, rales congestivos y dilatación de las pupilas.

La duración del proceso está en relación con la cantidad de vegetal ingerida. En la pradera, en las condiciones habituales, los primeros síntomas aparecen a las seis o siete horas, y la muerte se produce después de cuatro a cinco horas de enfermedad.

En nuestras experiencias los dos términos han sido más largos, pero debe tenerse en cuenta que las dosis empleadas no fueron grandes.

La dosis mortal de baccharis varía con el estado de vegetación de la planta. En primavera, de agosto a noviembre, cuando está en pleno crecimiento, es más tóxica.

Hemos podido comprobar que la ingestión de agua, después de la comida, apresura la manifestación de los síntomas del envenenamiento. Eso no quiere decir que esa condición sea indispensable, como creen erróneamente muchos hacendados.

No todos los animales ofrecen la misma sensibilidad para el tóxico, pero la cantidad supera las resistencias individuales.

Se admite en la práctica que los animales procedentes de campos limpios mueren en la proporción de 30 al 40 por ciento en los campos de mio-mio.

Tratamiento. — El tratamiento debe intentarse cuando aparecen los primeros trastornos. Están indicados los purgantes salinos, como el sulfato de soda, que eliminan el contenido intestinal e impiden la absorción de toda la substancia tóxica. Puede emplearse también las reparaciones de goma o mucílago, que corrigen la irritación de la mucosa. Puede obtenerse buen resultado con el agua en un cocimiento de lino. Conviene emplear el opio cuando los cólicos no soy muy violentos.

Cuando se conozca el principio tóxico del mio-mio, podrá instituirse un tratamiento específico. Entretanto los clínicos deben, en cada caso, hacer el tratamiento de los síntomas, apelando a los medicamentos de acción más conocida.

Profilaxis.—Es posible, en la práctica, evitar el envenenamiento de los animales llevados a campos de mio-mio.

Corrientemente, en nuestra campaña se queman ramas de baccharis para que los animales aspiren el humo acre. Y según parece, no lo confunden después con las plantas alibles de la pradera.

Puede recurrirse, con más éxito, a la administración de un pequeño bolo o una gárgara de bacchari macerado, a los individuos que se quiere librar de la intoxicación. El vegetal en pequeñas cantidades no es tóxico, y los animales que lo han deglutido a la fuerza no lo ingieren después espontáneamente en el potrero.—**Dr. José María Quevedo.**


DOS SOMBREROS Y UNA DUDA

—¿Cuál de los dos es el mío?

Avicultura

Un dormidero no constituye siempre un hogar para las gallinas. El primero puede ser frío, obscuro y húmedo. El segundo es siempre con luz, limpio, alegre y confortable. El gallinero debe ser conveniente. Debe estar al lado de los otros edificios y fácil de limpiar. En un galinero bajo el trabajo es difícil; un gallinero alto es difícil mantenerlo caliente. Tenga siempre abundante luz en el gallinero, la luz solar es un buen destructor de todo germen. Deje abierto todo el lado N. E. o una parte de él para mantener el gallinero seco y bien ventilado. No permita entrar las corrientes de aire. Mantenga el gallinero limpio y libre de bichos. Un buen gallinero no necesita ser necesariamente un gallinero caro. Un gallinero barato, construído en forma adecuada y mantenido limpio, servirá tan bien como un gallinero caro.

No les dé a las gallinas meramente una casa, deles un hogar.—Existe una gran diferencia entre un gallinero meramente dicho y un hogar para las gallinas. Un gallinero puede ser frío, obscuro y húmedo o puede albergar piojos y piojos colorados. Un hogar para las gallinas tiene luz, es limpio, alegre y confortable. El profesor Rice, dice: "La gallina cantora es gallina ponedora".

Ustedes no tendrán gallinas ponedoras a menos que las mantengan confortables y felices.—Hay muchos tipos de gallinas. Con el tiempo limitado que tenemos, todo lo que podemos hacer es darles unos cuantos principios generales que debéis tener presente para que los apliquéis en el que ya tenéis o si construís uno nuevo.

El gallinero debe ser apropiado.—Esto es especialmente en su beneficio. No coloque el gallinero demasiado lejos de los otros edificios. Constrúyalo de material que sea fácil de limpiar. Ponga todos los recursos que pueda para ahorrar el trabajo. El trabajo es dinero. Todo lo que tienda a aminorar la cantidad del trabajo en el cuidado de su bandada de gallinas aumentará su ganancia. Los depósitos o tablas de deyecciones, nidos apropiados, un lugar para el surplus de la alimentación, un barril o depósito para las deyecciones, todo esto ahorrará el trabajo y el tiempo y hará más fácil y barato el cuidado de sus aves.

(Continuará).

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: PASEO COLÓN, 1266 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el exterior		En el Interior	
Trimestre . .	$ 2.50	Trimestre $ oro	2.00	Trimestre. .	$ 3.00
Semestre . .	„ 5.00			Semestre. .	„ 6.00
Año.	„ 9.00	Semestre. „ „	4.00	Año. . . .	„ 11.00
N.° suelto .	20 cts.			N.° suelto .	25 cts.
N.° atrasado.	40 „	Año. . . „ „	8.00	N.° atrasado.	50 „

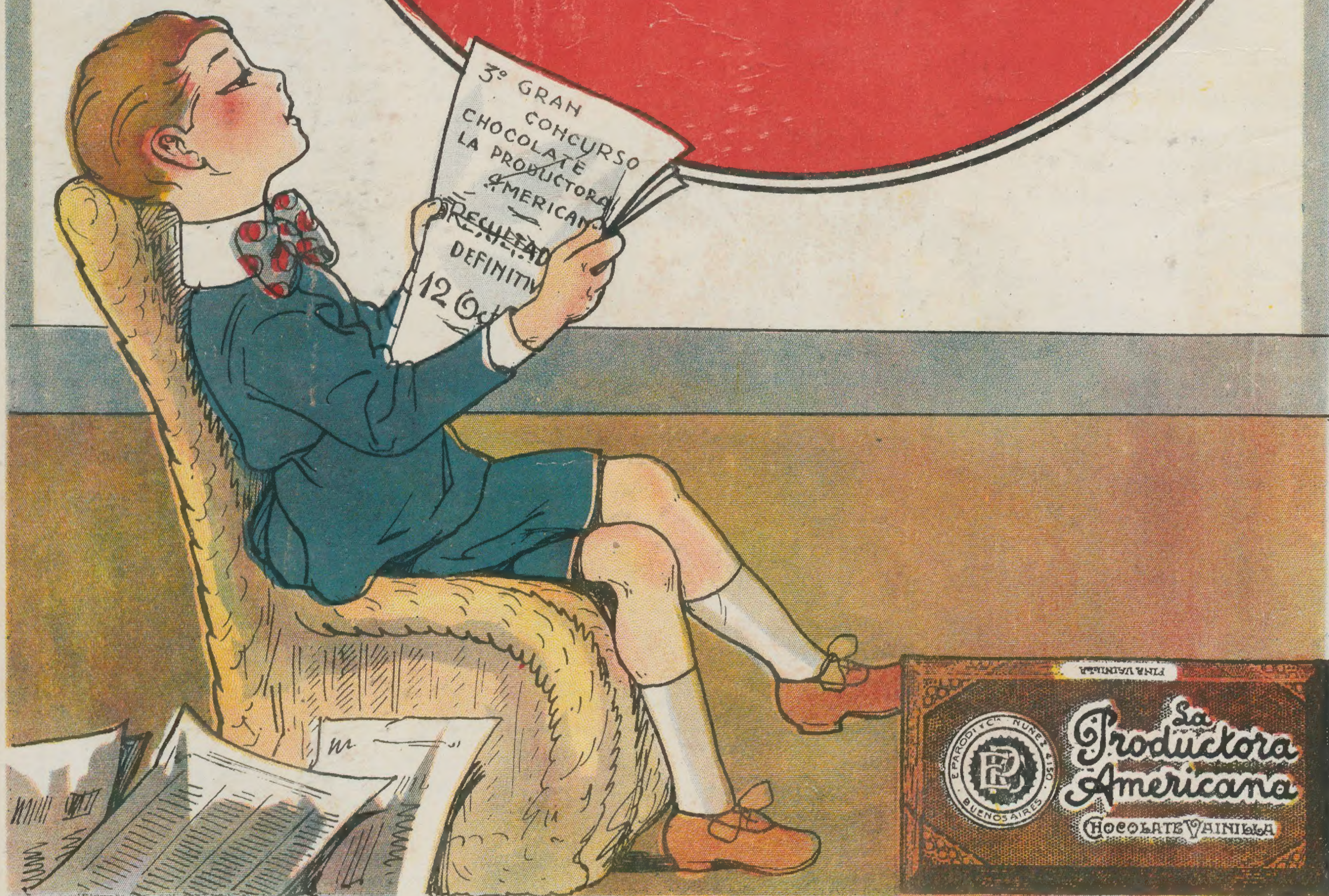
No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Dirección, Redacción y Admnistración: PASEO COLON, 1266
U. T. 184, Avenida

EL X SALÓN DE ARTE, por Alió.



Talleres Heliográficos Ricardo Radaelli, Paseo Colón 1266 — Buenos Aires



3° GRAN CONCURSO CHOCOLATE LA PRODUCTORA AMERICANA
RESULTADO DEFINITIVO
La Productora Americana
CHOCOLATE VAINILLA